

# LORI FOSTER

*En defensa del  
AMOR*

A45

elit

e<sup>lit</sup>

EN DEFENSA DEL AMOR

LORI FOSTER



 HARLEQUIN™

# Índice

EN DEFENSA DEL AMOR

Sinopsis

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

## Sinopsis

### NO ESPERABA TENER QUE DEFENDERSE DEL PROFESOR DE DEFENSA PERSONAL

Regina Foxworth no tenía la menor idea de por qué iba en su busca un peligroso desconocido, y tampoco entendía por qué la policía no se tomaba en serio su preocupación. Así que decidió tomar clases de defensa personal y hacerse con un perro guardián... bueno, en realidad se trataba de un pequeño chihuahua. Pero no era precisamente en defenderse en lo que pensó cuando el guapísimo profesor Riley Moore la puso contra el suelo.

Teniendo a la vulnerable Regina en el suelo bajo su cuerpo, Riley se dio cuenta de que la deseaba como no había deseado nunca a una mujer, pero lo primero era protegerla. Riley estaba perfectamente preparado para ayudarla... para lo que no lo estaba era para defender su corazón de ella.

Editado por Harlequin Ibérica.  
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.  
Núñez de Balboa, 56  
28001 Madrid

© 2003 Lori Foster  
© 2018 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.  
En defensa del amor, n.º 31 - junio 2018  
Título original: Riley  
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com

I.S.B.N.: 978-84-9188-703-4

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

# 1

—Levanta las rodillas.

—No —dijo ella. Lo miraba atónita y tensa y había hablado con una voz tan escandalizada que hizo sonreír a Riley Moore.

Eso era lo que tenía Regina. La hacía reír y sentirse alegre, cuando no había creído posible que pudiera volver a experimentar tales sentimientos. No era un mal comienzo.

Sin embargo, tenía otras cosas que conseguir, aparte de sonreír.

—No pienso dejarte en paz hasta que no lo hagas.

Diablos. Estaría encantado de quedarse así durante horas. Aquella mujer no sólo le divertía, sino que también lo excitaba más que ninguna mujer que hubiera conocido hasta entonces. Su cuerpo era ligero, pero muy suave, como un agradable cojín debajo de su cuerpo, más grande y pesado. La calidez que sentía entre el lecho que formaban sus muslos podría volverlo completamente loco.

—Riley, la gente está mirándonos —susurró ella mientras miraba a derecha y a izquierda con sus enormes ojos verdes.

—Lo sé —replicó él.

Después de todo, aquello era importante. Ella necesitaba aprender a enfrentarse a él. No había utilidad alguna en desperdiciar todas sus enseñanzas—. Están esperando para ver si has asimilado algo a lo largo de todas estas clases. La mayoría de ellos creen que no. Otros, tienen bastantes dudas.

Una cierta y nueva determinación le hizo fruncir el ceño. Se dibujó

una expresión de furia en sus ojos verdes. De repente, colocó las rodillas a lo largo de sus costados, sorprendiéndole con la propia carnalidad del acto. Mientras Riley se dejaba llevar por los pensamientos más picantes, ella se encabritó, se giró... y lo hizo caer de espaldas al suelo.

Llena de orgullo, ella comenzó a golpearle el abdomen y a lanzar gritos de alegría.

«Mal hecho, tesoro», pensó él. Con un diestro movimiento, la hizo caer en la misma postura de la que acababa de escapar, aunque aquella vez las piernas de la joven habían quedado atrapadas alrededor de la cintura de él. Contuvo el aliento, ya que se había quedado momentáneamente sin respiración.

Medio frustrado medio divertido, Riley se irguió. Como conocía su habilidad, aunque los demás no la conocieran, siempre utilizaba una cautela y un autocontrol muy estrictos, especialmente con las mujeres y muy en especial con Regina. Preferiría romperse una pierna que lastimarla a ella.

La hizo incorporarse, la obligó a levantar los brazos para ayudarla a respirar. Entonces, sacudió la cabeza.

—Cuando uno consigue dominar a un atacante, no se despista para congratularse.

Al ver que la exhibición se había terminado, la gente se dispersó y regresó de nuevo a su propio entrenamiento. Riley se puso de pie y ayudó a levantarse a Regina Foxworth. No era una mujer de baja estatura pero, a su lado, parecía muy menuda. Le llegaba a los hombros. Las muñecas eran delgadas. Estrechos hombros, con un porte muy delicado... y, a pesar de todo, quería que él le enseñara defensa personal.

Riley bufó. Cuando se acercaba tanto a ella, lo que se le pasaba por la cabeza estaba muy alejado de la autodefensa. Además, el hecho de que, a pesar de lo que él había tratado de enseñarle, Regina siguiera acabando de espaldas sobre el suelo, le hacía pensar en otra clase de

consideraciones, como lo que sería tenerla así, sin ropas que los separaran y sin que ella tratara de escapar.

«Muy pronto», se prometió. «Muy pronto». Con un resoplido, Regina se apartó de él y comenzó a recomponerse su gloriosa melena rojiza. Si se aplicara la mitad de lo que se preocupaba por su apariencia, habrían hecho muchos más progresos. Para las clases de aquel día se había recogido el cabello con una trenza gruesa que le llegaba hasta la mitad de la espalda. Se le habían soltado algunos mechones, pero su aspecto era impecable. Riley sacudió la cabeza, maravillado. Trabajaba con otras mujeres que sudaban con los ejercicios. Regina no. De algún modo, siempre lograba mantener un aspecto muy atractivo.

Los músculos se le tensaron sólo con observar cómo se atusaba la trenza. Un hombre podía fabricar muchas fantasías sólo con aquella trenza, por no mencionar el cuerpo delicado y extremadamente femenino que la acompañaba. Hasta las pecas que le adornaban la nariz le resultaban adorables.

—Déjate de hacer pucheros, Red —dijo él utilizando el apelativo cariñoso con el que aludía a su pelo rojo.

—No estoy haciendo eso —replicó ella, a pesar de que el labio inferior le sobresalía de un modo muy atractivo.

Normalmente, una princesa como ella no le habría atraído. Sin embargo, bajo aquella delicada apariencia, Red tenía agallas. Desde que la conocía, se había dado cuenta de que era una mujer amable, compasiva y comprensiva. La había deseado desde el primer momento.

Si aquel hubiera sido su único problema, habría encontrado ya un modo de llevársela a la cama. Era mucho más que eso. No habría creído nunca que volvería a desear estar con una mujer, pero con Red sí lo ansiaba.

Le pasó el brazo por los hombros y la llevó hacia las duchas, aunque ella no necesitaba asearse. La fragancia natural de su piel y de

su cabello era cálida y femenina. El cuerpo de Riley se tensó un poco más.

—Estamos perdiendo el tiempo con estas clases.

—Necesito poder defenderme.

Aquello era cierto. Tres semanas atrás, Regina se había visto atrapada en un edificio en llamas mientras estaba trabajando para el *Chester Daily Press*. Como periodista, le gustaba meter su preciosa nariz pecosa en lugares en los que no debía y aquel edificio en particular estaba en una parte poco recomendable de la ciudad. Aquella debería haber sido su primera pista para no estar allí. El hecho de que el distribuidor de fuegos artificiales hubiera tenido problemas en el pasado debería haber sido la segunda.

A pesar de todo, había proseguido en su empeño y había estado a punto de perder la vida. La mayoría se inclinaba a considerar que el fuego había sido un accidente debido a una imprudencia del dueño, que no tenía almacenados correctamente los productos pirotécnicos. Sin embargo, el asunto era mucho más complicado. Antes de que Red se viera atrapada en aquel fuego, había tenido miedo. Riley la conoció por primera vez cuando trataba de entrevistar a su amigo Ethan, por su admirable trabajo como bombero. Incluso entonces, se había mostrado muy nerviosa. Parecía estar tan tensa, que Riley había esperado que comenzara a gritar en cualquier momento.

El día después de la entrevista, ella había acudido al gimnasio de él y le había preguntado cómo podía protegerse. Al contrario de la mayoría de las mujeres que se acercaban a él con las mismas peticiones, Red había parecido estar completamente desesperada, como si necesitara aquellas clases para defenderse de una amenaza inmediata.

Antes del fuego, Riley había descartado sus miedos, como lo había hecho el cuerpo de policía del condado, para el que él trabajaba en calidad de técnico de investigaciones. Seguían sin creerla, pero, a sus treinta y dos años, gracias a la enseñanza que le había dado la vida y

algunas lecciones muy duras, Riley había aprendido a leer a las personas. Efectivamente, Red tenía miedo y él se apostaba a que tenía razones para ello.

El día en el que había estado a punto de morir en aquel fuego se había hecho una promesa. Red no lo sabía, pero Riley se había jurado que no permitiría que nadie le hiciera daño.

—¿Por qué no te duchas y luego hablamos al respecto?

—¿Otra vez? —replicó ella—. No hay nada más que decir. La policía no me cree. No ha ocurrido nada de importancia...

—¿Qué quieres decir con eso de «nada de importancia»? —preguntó él, sobresaltándose al escuchar aquellas palabras—. ¿Es que te ha ocurrido algo?

Regina se encogió de hombros, lo que provocó un interesante movimiento de sus pequeños pechos. Iba vestida con unos pantalones de ciclista muy ceñidos y una camiseta de tirantes a juego, por lo que no iba demasiado cubierta. Sin embargo, Riley se había peleado con ella lo suficiente para saber que tenía unos pechos pequeños, pero firmes, que atraían decididamente su mirada.

Con sus enormes manos podía abarcarle con facilidad la totalidad de la cintura, pero desde allí, sus curvas se hacían más rotundas. Tenía un trasero de hermosa forma, redondeado, como a él le gustaba. En realidad, sabía que aquello no importaba. Había aprendido que no se puede juzgar a las mujeres por su apariencia.

Efectivamente, Regina podría haber tenido una docena de aspectos completamente diferentes, pero él la habría deseado de todos modos. La atracción que sentía por ella iba más allá de la apariencia. Sentía una cierta afinidad, la sensación de que podía confiar en ella. Le parecía que la chispa había saltado en el momento en el que la había conocido. Sin embargo, ella lo había ignorado.

—Me mancharon la puerta de mi apartamento el otro día —confesó ella.

Riley se detuvo en seco, justo delante de la entrada de las duchas

femeninas.

—¿Por qué diablos no me lo habías dicho? —gruñó con incredulidad.

—Te lo estoy diciendo ahora.

—Ahora es demasiado tarde —le espetó él.

—Había otras tres puertas manchadas, así que me figuré que no se trataba de algo personal. En realidad, el hecho de que alguien te tire un huevo a la puerta de tu casa no es una amenaza, sino sólo una molestia.

—A menos que alguien esté tratando de molestarte lo suficiente como para obligarte a que te mudes.

El hecho de que ella viviera en un bonito bloque de apartamentos con buena seguridad y muchos vecinos a su alrededor había tranquilizado a Riley muchas noches. Precisamente por eso no la había obligado a mudarse. Como sentía que ella estaba segura por las noches, tenía la intención de dejar que Regina se acostumbrara a él a su propio ritmo. Poco a poco, le revelaría sus intenciones. A pesar de todo, se sentía obligado a señalar la importancia de aquellos hechos.

—No me importa lo que tú te figuraras, Red. De ahora en adelante, me lo dirás todo. Yo soy el experto.

Regina le miro el pecho, que estaba tan húmedo de sudor que hacía que la tela de la camiseta se le pegara a la piel. Llevaba toda la mañana dando clases, no sólo a ella.

—Sí, efectivamente eres el experto, Riley — replicó ella, tras levantar la mirada para contemplarle el rostro con sus grandes ojos—. En muchas cosas...

¿Estaría insinuándosele por fin? Riley no estaba seguro, pero le parecía que ya iba siendo hora. Se acercó a ella para que pudiera sentir el calor que emanaba de su cuerpo.

—¿Qué significa eso, Regina? —le preguntó con voz ronca, excitada.

Aquel era el efecto que ella tenía sobre él.

—Eres un hombre estupendo, Riley Moore. Eso es todo lo que quería decir. No conozco a ningún otro hombre que haya estado en un equipo de las Fuerzas Especiales de la policía, que trabaje como técnico de investigación en los lugares donde se comete un delito y que sea el dueño de su propio gimnasio.

—No.

—¿No qué? —preguntó ella, con inocencia.

—No voy a hacer esa maldita entrevista. Tendría que haberse dado cuenta. Se le daba muy bien descifrar los motivos de las personas, pero, cuando estaba cerca de Regina, su sentido de la perspectiva se veía nublado por el deseo. Ella llevaba más de una semana detrás de una entrevista, pero el pasado de Riley era precisamente eso, sólo pasado. No lo reviviría por nadie, ni siquiera por Regina.

—Pero...

En aquel momento, Rosie Winters salió de las duchas como un tornado y los obligó a ambos a dar un paso atrás. Rosie entrenaba a conciencia y, como Riley, ella siempre luchaba para ganar. En aquellos momentos, era lo suficientemente buena como para tener alguna oportunidad frente a un hombre que no tuviera el entrenamiento especial de Riley. Al haber sido miembro de los equipos especiales, él podía ser letal cuando fuera necesario. Además, no le gustaba perder. En nada.

Rosie era una de sus mejores amigas y acudía con frecuencia al gimnasio, para desesperación de Ethan. Ambos se habían casado la semana anterior, pero aquello no había disminuido el ritmo de los entrenamientos de Rosie.

—Eh, Riley —dijo Rosie, antes de darle un beso en la mejilla. Entonces, se volvió a Regina—. Me entretuve un rato en la ducha para poder hablar contigo.

—¿De verdad? —preguntó ella—. ¿Sobre qué?

—Prepárate. Se ha aceptado el préstamo. ¡Puedes comprar esa casa!

Aquellas palabras provocaron gritos de felicidad en las dos mujeres. Rosie se echó a reír. Al lado de Regina siempre se comportaba de un modo más femenino, como en aquel momento, en el que las dos mujeres se habían agarrado las manos y bailaban.

Sin dejar de observarlas, Riley se cruzó de brazos y se apoyó contra la pared. Le encantaban las mujeres, el modo en que reaccionaban, sus expresiones y modo de actuar. Regina y Rosie no podían ser más diferentes, pero no por eso dejaban de tener similitudes, sólo por ser mujeres.

Estuvo pensando en el placer que le causaba escucharlas hasta que cayó en la cuenta de lo que Rosie había dicho.

—¿Una casa? ¿Que has comprado una casa?

—Es preciosa —afirmó Regina, con una enorme sonrisa en los labios—. Justo del tamaño perfecto para mí.

—Y, además, ha sido toda una ganga —añadió Rosie—. Además, como está vacía, puede ocuparla inmediatamente.

—¿Ocuparla inmediatamente? ¿Estáis hablando de una casa individual, sin protección alguna, a la que se va a mudar inmediatamente? —preguntó él.

—Oh —susurró Rosie—. No había pensado en eso, pero está en un vecindario muy tranquilo, con un jardín bastante grande...

—Genial. Me parece genial.

—Mira, Riley —comentó Regina—. Te comportas como si fuera a acampar en el medio del campo, rodeada por osos salvajes. Sé cerrar las puertas y las ventanas. Incluso compraré un sistema de alarma, ¿de acuerdo? —añadió al ver que él entornaba los ojos.

—Es una pésima idea. ¿Os habéis olvidado las dos que alguien trató de quemaros vivas?

—Yo nunca lo olvidaré —respondió Rosie, temblando.

Había acompañado a Regina aquel día y había estado a punto de perder la vida—, pero pareció que la policía pensaba que, o habían sido unos vándalos a los que la situación se les había escapado de las

manos, una negligencia por parte del dueño o, en el peor de los casos, venganza contra el dueño, nunca contra nosotras.

—Creen que nosotros fuimos víctimas inocentes —añadió Regina observando a Riley muy cuidadosamente.

—Ya. Entonces ¿cuál es la razón de que se llevaran tu cámara y de que el dueño haya desaparecido?

Con aspecto de culpabilidad, Rosie se volvió a mirar a Regina.

—Tal vez tenga razón.

—No, no tiene razón. Tengo que vivir en alguna parte, así que es mejor que sea en mi propia casa. Mira Riley, te aseguro que haré que me instalen una alarma y me compraré un perro. ¿Qué te parece?

Al ver que no podía ganar, Riley dejó aquel argumento en particular. Al menos, parecía que Regina estaba dispuesta a tomar algunas medidas. Efectivamente, un pastor alemán o un doberman bien entrenado actuaría como medida disuasoria para cualquiera que estuviera pensando en hacerle daño. Mientras tanto, tendría que seguir avanzando en su intención de seducirla. Cuando ella cediera, Riley tendría el derecho de mantenerla a su lado y así poder vigilarla mejor. Regina pasaría todo su tiempo libre en la cama, con lo que tendría menos tiempo de meterse en líos.

Tras los precipitados planes de boda de Ethan y Rosie, se habían visto obligados a verse con más frecuencia. Como, además, Regina estaba tomando clases con él en el gimnasio, Riley llevaba casi tres semanas viéndola diariamente. Durante el tiempo que llevaban juntos, su relación había sido platónica, dado que no podía luchar con ella y tener pensamientos románticos sobre la joven sin avergonzarlos a ambos. Estaba seguro de que aquello no habría estado bien. Sin embargo, sabía perfectamente lo que sentía. Tal vez fuera siendo hora de que ella también lo supiera. No sería una mala idea vivir con ella hasta que pudiera estar seguro de que ella no correría peligro viviendo sola. Los beneficios de aquella situación eran más que evidentes para ambos.

—¿Cuándo se va a efectuar la compra de la casa? —preguntó.

Rosie se estremeció. Riley la miró resignado e insistió:

—¿Cuándo va a ser?

—Bueno... —comenzó Rosie, tras mirar rápidamente a Regina— como la casa estaba vacía y la situación económica de Regina es buena, tengo que decir que lo he precipitado un poco. Tenemos fecha para mediados de la semana que viene.

Regina lanzó un grito de felicidad, aunque, al ver a Riley tan taciturno, se contuvo enseguida.

—Estás comportándote como un verdadero aguafiestas, Riley —le dijo—. ¿Es que no te puedes alegrar un poco por mí?

Si el momento no fuera tan poco adecuado, estaría encantado por ella. Sin embargo, le preocupaba que estuviera lejos de su complejo de apartamentos. Quería protegerla, no dejar su seguridad pendiente de un perro y de una alarma.

La estudió durante un largo momento, pensando en cómo proseguir sin asustarla. Inmediatamente, se dio cuenta de que su mirada la incomodaba. Trató de sonreír, pero pareció más bien el gesto de un depredador que otra cosa.

—Te invitaré a cenar para celebrarlo —afirmó.

Era una orden más que una invitación.

—No sé... —dudó ella.

—Pues di que sí, Regina...

Mientras hablaban, Rosie los miraba con gran interés. Entonces, las mejillas de Regina se ruborizaron.

—Lo que ocurre es que quería comprarme hoy mi perro —dijo ella—. Creí que sería mejor acostumbrarle a que haga sus necesidades mientras yo esté en mi apartamento para que no me estropee la casa.

Riley no cedió. Esperó sin dejar de mirarla hasta que su incomodidad fue palpable. Al fin, ella suspiró.

—Está bien. Si puedes venir a mi casa sobre las seis, tendré preparado algo para que podamos cenar en mi casa.

Aquello sonaba prometedor. Mucho mejor para sus propósitos que un concurrido restaurante.

—Estoy de vacaciones durante las próximas dos semanas, así que estoy a tu disposición.

De repente, Riley se dio cuenta de que Rosie tenía una sonrisa en los labios. Lo conocía mucho mejor que Regina, así que probablemente se había dado cuenta de lo posesivo que se sentía sobre ella.

—Ahora tengo que volver al trabajo —añadió, tras mirar por encima del hombro—. Tengo tres horas más de clases hasta estar libre. Prométeme que tendrás cuidado, Red.

Ella parpadeó y dio un paso atrás. Entonces, esbozó una risa forzada.

—Estamos a plena luz del día. Te aseguro, Riley, que tú estas más inquieto que yo.

—¿Me lo prometes? —insistió él.

—Te lo prometo —le aseguró ella—. No llegues tarde.

Riley observó cómo desaparecía en la sala de duchas. Estaba completamente hipnotizado hasta que Rosie comenzó a reírse. Cuando se volvió para mirarla, ella se colocó una mano sobre el corazón y fingió desmayarse.

—Tonta —dijo Riley, tras inmovilizarla con una llave y darle con los nudillos en la cabeza. Aunque Rosie era muy hermosa y sexy, nunca había tenido pensamientos lascivos sobre ella, y mucho menos después de que Rosie se casara con Ethan.

—Eh —protestó ella—. No es justo. No quiero volver a ensuciarme. Tengo una exhibición esta tarde.

Riley la soltó cuando la joven le dio un codazo en el estómago. Mientras él lanzaba un gruñido, Rosie dio un paso atrás.

—Idiota —replicó ella con una sonrisa. Entonces, se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta.

Riley se echó a reír. Quería mucho a Rosie, pero no la deseaba. No ardía por ella del modo en el que lo hacía por Regina Foxworth.

Regina sabía que no era la decisión más sabia que había tomado en su vida. Para ser una mujer que se enorgullecía de tomar sólo decisiones acertadas, debería sentirse abrumada consigo misma. Sólo tenía dinero para decorar la casa e instalar la alarma que le había prometido a Riley.

Trató de convencerse para no hacerlo. De verdad. Sin embargo, mientras miraba a aquellos enormes ojos castaños, se enamoró locamente de ellos. Era tan mono, sobre todo cuando echaba las enormes orejas para atrás, cuando la miraba con aquellos prominentes ojos, temblando de miedo. Probablemente no fuera la clase de perro que Riley tenía en mente, pero el hombre de la tienda le había dicho que eran mascotas muy leales para con sus dueños.

—Me lo llevo.

Algunas veces, ciertas cosas parecen las adecuadas. Como ser periodista. Como comprar la casa. Como estar cerca de Riley.

Aquello también parecía lo adecuado. Tras haber visto aquel perro, sintió que no le serviría ningún otro. Por lo tanto, se sacó los seiscientos dólares de los que, en realidad, no podía prescindir. El amor era el amor y no se debía negarlo, aunque ella no supiera mucho sobre el amor. Lo que sí sabía era que lo deseaba más que nada y, para conseguirlo, estaba segura de que debía darlo. Y ella podía amar a aquel perro.

Mientras se lo llevaba al exterior, el animal no dejaba de temblar ni de mirarla con sus enormes ojos. Nunca había visto una mirada tan patética en toda su vida. Deseaba estrecharlo entre sus brazos, pero era tan pequeño que no se atrevía. Suavemente, le acarició la delgada espalda y le frotó el cuello.

Nunca había acariciado a un perro tan suave. Tenía un pelaje sedoso y cálido. Además, tampoco olía como un perro. Le frotó la nariz contra el cuello y, a cambio, el animal le lamió la oreja.

Cuando llegaron al coche, Regina lo colocó en su trasportín. En aquel momento, el animal comenzó a aullar. Verlo tan asustado

resultaba cómico y estremecedor a la vez. Los aullidos prosiguieron hasta que Regina estuvo a punto de sufrir un ataque de pánico.

—Shh... ¿Qué te pasa? Ahora tengo que conducir, bonito. No te puedo tener en brazos ahora porque no sería seguro, pero, en cuanto lleguemos a casa, te prometo que te sacaré de ahí.

Al oír la voz de la joven, el perro se calmó y sacó el pequeño morro por entre los barrotes de la jaula para poder olisquear el aire que la rodeaba. Seguía temblando, pero parecía algo más tranquilo.

Era tan adorable... Los ojos de Regina se llenaron de lágrimas. Efectivamente, había tomado la decisión acertada. Metió un dedo en el trasportín y comenzó a frotarle la oreja.

—Eres tan suave como un conejito, ¿lo sabías? El perro inclinó la cabeza, como si estuviera escuchándola. Parecía seguir algo triste, pero había dejado de aullar.

—¿Cómo debería llamarte? ¿Qué te parece Elvis? —le preguntó. El perro levantó las orejas y la miró de reojo—. ¿No? ¿Y Doe? Hmm... ¿Ese tampoco te gusta? En ese caso, escogeremos algo más masculino. Ya lo sé. Butch. O tal vez Butchie, ya que eres tan adorable.

Tranquilizado por la voz de Regina, el animal dio un excitado ladrido que pareció ser una afirmación, por lo que Regina asintió.

—Esta bien. Pues será Butch.

Durante el resto del viaje a casa, Regina alternó su atención entre la conducción y el perro. Además, examinaba constantemente la carretera, dado que seguía asustada de que alguien tratara de agredirla. Para tranquilizarse a sí misma y al perro, siguió hablándolo y utilizando constantemente el nombre, tal y como le había recomendado el criador, para que pudiera acostumbrarse a él.

Cuando llegaron al complejo de apartamentos en el que ella residía, el perro pareció sentirse más animado. A pesar de todo, no dejaba de temblar. Como había mucha gente en el aparcamiento, Regina volvió a sentirse segura. Agarró a su perro, junto con toda la parafernalia del animal, y se dirigió a su apartamento. Le había

comprado boles, comida, golosinas, un cepillo de dientes, un collar y una camita muy cómoda forrada de piel de oveja sintética.

Al entrar en el apartamento, dejó a Butch en el suelo. El animal volvió a encogerse, por lo que ella decidió que tenía que animarlo de nuevo.

El apartamento era muy pequeño. Sólo tenía un dormitorio, un cuarto de baño, una pequeña cocina y un salón.

—Volveré enseguida, Butch.

Se dirigió a la cocina y dejó todos los artículos que había comprado. Cuando regresó por él, se lo encontró haciendo pis sobre el sofá.

—Oh, no. Eso no está bien, Butch —dijo. El animal se acobardó y bajó la cabeza como si quisiera disculparse ante ella—. Venga, cielo. No importa.

Lo abrazó con fuerza y el animal le lamió la mejilla. Decidió que era el perro más precioso y más perfecto que hubiera podido escoger. Se lo llevó a la cocina, ya que allí sería donde pasaría más tiempo. Tras darle un beso en lo alto de la cabeza, lo metió en su cama y regresó al sofá para limpiarlo. Cuando regresó a la cocina encontró algunas gotas más sobre el suelo. Butch parecía estar muy afligido, por lo que Regina decidió no castigarlo. Comprendía que estaba nervioso y que necesitaba comprensión. En vez de recriminarle su conducta, lo tomó en brazos y lo acarició, tratando de transmitirle así que estaba a salvo y que ella lo adoraba.

Cuando ya había comenzado a preparar la cena y Riley estaba punto de llegar, Butch se había relajado lo suficiente como para empezar a jugar un poco. Seguía a Regina a todas partes. Encantada, ella no podía dejar de tomarlo en brazos, de besarlo y de abrazarlo.

Le colocó una caja en el balcón para que él pudiera utilizarla. Enseguida, el animal comprendió lo que debía hacer. Regina utilizó una pequeña correa para que el perro no pudiera caerse del balcón. Por supuesto, marcó su territorio por todo el interior del apartamento.

Regina no estaba segura de si no sabía del todo lo que tenía que hacer, si era un testarudo o no muy inteligente. Esperaba que fuera cualquiera de las dos primeras opciones, ya que la tercera no la tranquilizaba demasiado.

El pollo estaba cocinado y el puré de patatas ya hecho cuando sonó el timbre. Era Riley. Había llamado con una decisión muy propia de su persona.

Aunque no le gustaba admitirlo, sintió el vuelco en el corazón con el que ya se había familiarizado desde que estaba con él. Hacía tres semanas que se conocían y, hasta aquel momento, Riley se había mostrado como un hombre atento, cortés y comprensivo. Sin embargo, lo más importante de todo era que creía sus historias de acosadores y de amenazas cuando nadie más parecía hacerlo. Por supuesto, podría ser que la creyera sólo porque estaba aburrido. Había sido miembro de los Equipos Especiales de la policía. Estaba acostumbrado a la excitación y al peligro. Para un hombre con su preparación y experiencia, vivir en Chester, un lugar en el que no ocurría nada, tenía que suponer una gran frustración. Por eso, perseguir a sus fantasmas era seguramente mejor que nada.

A pesar de todo, no iba a quejarse. Fuera lo que fuera lo que le motivara, necesitaba su ayuda, así que estaba dispuesta a aceptar lo que pudiera obtener.

Había anticipado la emoción que la embargaría al verlo cuando abriera la puerta. Lo que no había esperado fue que una repentina oleada de frenesí hostil se apoderara de Butch. Ante sus mismos ojos, el animal se transformó de un pequeño y tembloroso perro en un diablo.

— ¿Regina? Soy yo. Abre la puerta.

— Un segundo.

Tomó en brazos al perro, pero sujetar a aquella pequeña masa de dos kilos, rígida y enfurecida, le resultó casi imposible. La rabia parecía haberse apoderado de cada músculo de su pequeño cuerpo y

no hacía más que luchar para soltarse y poder atacar al visitante.

¡Qué perro tan valiente!

Con una mano, Regina abrió la puerta y se esforzó por sujetar a Butch mientras Riley entraba en el apartamento. De repente, el perro se soltó y estuvo a punto de caerse, pero Regina consiguió dejarlo en el suelo, casi de cabeza. El perro giró, se puso de pie y, como una exhalación, se abalanzó sobre Riley.

Él permaneció inmóvil, con las cejas levantadas y una expresión atónita en el rostro mientras Butch trataba de rasgarle la pernera del pantalón.

—¿Qué diablos es esto? ¿Una ardilla rabiosa?

—Claro que no —replicó Regina, indignada, tras cerrar la puerta—. Es mi perro, Butch.

—¿Eso es un perro? —preguntó Riley con incredulidad—. ¿Estás segura? —añadió, sin dejar de mirar al animal furioso que no dejaba de tirarle de los pantalones—. ¿Cómo lo sabes?

Ofendida en nombre de su mascota, Regina lanzó un soplo. Soltó al perro de su presa y comenzó a calmarlo.

—Shh... Butchie. Tranquilo. Este hombre puede pasar. Qué perro tan bueno. Qué valiente...

Riley parecía estar a punto de vomitar.

—Entonces, eso es un perro. ¿Y qué demonios le pasa?

—Nada. Es perfecto —respondió Regina mientras se sentaba en el sofá.

—Pero si no puede pesar más de dos kilos. —Pesa dos kilos exactamente —replicó ella, sin dejar de acariciar al animal.

—Dios santo...

Regina no le prestó atención. Siguió acariciando al perro hasta que este se puso de espaldas de gusto y comenzó a mostrar su equipamiento sin modestia alguna. Ella se aclaró la garganta.

—El criador me dijo que debería castrarlo.

—Si lo haces, pesará medio kilo menos — comentó Riley con una

sonrisa en los labios.

Se sentó al lado de Regina y extendió la mano para acariciar al perro. Butch se puso de nuevo muy enojado. Parecía increíble que unas veces pudiera parecer tan dulce e inocente y otras tan furioso.

—Necesita tiempo para acostumbrarse a ti —explicó Regina, esperando que fuera cierto.

—¿De qué raza es?

—Es un chihuahua de pura raza. Su hermoso pelaje es único — dijo. Por lo menos a ella se lo parecía—. Rojo con manchas negras.

—¿Se va a hacer mucho mayor?

—No. Ya ha crecido todo lo que tenía que crecer. ¿No te parece precioso? —exclamó, encantada.

—No. Por favor, dime que esta no es la idea que tú tienes de un perro guardián.

—Pero es perfecto. Ya viste cómo te ha atacado.

—Y ya viste tú cómo tuve que quedarme muy quieto para no hacerle daño sin querer.

Lo había notado. Riley siempre tenía mucho cuidado con las personas. Regina sabía que, en gran parte, aquello se debía a su entrenamiento y a su habilidad. Sería tan fácil para él hacer daño a una persona que, naturalmente, se controlaba en todas las situaciones. Tal vez otros no fueran tan conscientes como ella de lo mucho que se contenía, pero Regina lo había visto en sus intensos ojos azules y lo había sentido durante las clases.

También se había dado cuenta de que ni siquiera se había inmutado por el ataque de Butch. La mayoría de las personas se habrían sobresaltado, pero Riley no. Ella no se imaginaba nada que pudiera hacerle perder la compostura. Con mucho cuidado, él se había hecho cargo de la situación y había reaccionado, sin prisa alguna, con cautela para no hacer daño al perro.

Era un hombre tan increíble...

—Ya lo he notado. Gracias.

Riley se recostó sobre el sofá y extendió un brazo sobre el respaldo hasta que estuvo a punto de tocarle el hombro. Sin dejar el regazo de Regina, Butch le lanzó una mirada malintencionada y comenzó a gruñirle como advertencia. Riley comenzó a hablar con Regina sin dejar de mirar al perro.

—¿Cuándo cenamos? Huele muy bien. Azorada por el cumplido, Regina se puso de pie con Butch en brazos, como si el perro se tratara de un niño.

—Ya está lista. Tenemos que cenar en la cocina, porque no tengo comedor. Cuando me haya mudado a mi casa, tendré comedor y podremos utilizarlo entonces. Es decir, si vienes a cenar a mi casa nueva...

Con eso, se dio la vuelta y, tras hacer un gesto de desesperación por las tonterías que estaba diciendo, se dirigió a la cocina. Riley se levantó y la siguió.

—Regina...

—¿Hmm? —respondió ella dándose la vuelta tras dejar en su cama a Butch.

El perro, al ver que Riley entraba en la cocina, se acercó a él cautelosamente, para olisquearlo. Cada vez que él avanzaba, el perro daba un salto atrás.

—Tomaremos muchas cenas juntos.

—¿Sí? —preguntó ella, algo distraída por el perro.

En aquellos momentos, Butch estaba a los pies de Riley y lo olisqueaba con más intención. Como probablemente sabía lo que Butch tenía la intención de hacer, Regina comenzó a buscarle una golosina. No quería que Butch marcara a Riley. No era parte del territorio permanente y lo más probable era que nunca lo fuera.

Riley se agachó y extendió una mano hacia el perro. El animal se la inspeccionó con avidez y, de repente, se le dibujó una expresión angelical en los grandes e inocentes ojos. Entonces, pareció que esbozaba una sonrisa e incluso permitió a Riley que le acariciara por

debajo de la barbilla.

— ¿Estás segura de que no es una rata? — bromeó Riley.

Regina se inclinó para darle al perro la golosina. En el momento en el que se agachó, el perro comenzó a gruñir a Riley a modo de advertencia. Entonces, se acercó a su dueña y aceptó la golosina que ella le ofrecía.

— Es un perro algo contradictorio — comentó Riley mientras volvía a erguirse.

— Se está acostumbrando a ti — replicó ella cuando vio que el animal se iba a su cama para comerse su galleta.

Riley la agarró de la mano para que se irguiera delante de él. El corazón de Regina comenzó a latir a toda velocidad cuando sintió que los fuertes dedos de él se entrelazaban con los suyos.

— ¿Y tú, Red? ¿Te estás acostumbrando a mí también?

Había muchas connotaciones en las palabras que Riley acababa de decir. En efecto, ella se había acostumbrado tanto a él, que lo echaba de menos cuando no estaba a su lado. Una locura. Regina Foxworth no se permitía enamoramientos caprichosos. Pensó en decirle que sí, que, efectivamente, se estaba acostumbrando a tenerlo a su lado. ¿Por qué no iba a ser así? No era muy diferente a cualquier otro hombre, pero cuando sintió sus dedos callosos sujetando los de ella, las palabras se le atascaron en la garganta. Sólo pudo encogerse de hombros.

De repente, Riley abrió la mano y comenzó a acariciarle suavemente el brazo, el hombro y el cuello. Sus dedos se deslizaron por su mandíbula hasta terminar enroscándosele en la nuca. Por donde quiera que la tocaba, se le ponía la carne de gallina.

— Respuesta equivocada — susurró él suavemente.

Regina contuvo el aliento, sorprendida por aquella respuesta, justo cuando él la obligó a ponerse de puntillas.

— ¿Riley?

— Necesitas aceptar unas cuantas cosas, Red.

Regina se sentía hechizada, ansiosa. Sin embargo, si seguía dudando, el pollo se le iba a quemar y aquello produciría una mala impresión.

—¿Como cuáles? —se obligó a decir.

—Como esta —susurró Riley. Entonces, se inclinó sobre ella y la besó.

## 2

El roce de sus labios fue breve, cálido y firme. Regina casi no tuvo tiempo para apreciar su sabor antes de que él se separara ligeramente de ella.

—Oh...

Con suavidad, y habiéndose olvidado ya completamente del pollo, ella le colocó las manos sobre el torso. Se había vestido con unos chinos muy informales y un jersey de cuello alto. Sin embargo, aquellas ropas tan corrientes no conseguían esconder la verdadera naturaleza de aquel hombre. La suave tela de algodón proporcionaba un atractivo contraste con los duros músculos, los largos huesos y el hirsuto vello se adivinaba por debajo.

En aquel momento, tenía los ojos más grises que azules y brillaban con pasión. No había nada corriente en el modo en el que la miraba.

—Más que nada —murmuró—, me gustaría llevarte a tu dormitorio, desnudarte y hacerte el amor durante toda la noche. Sin embargo —añadió, tras una breve pausa—, primero tenemos muchas cosas que aclarar.

Regina vaciló. ¿Hacerle el amor durante toda la noche? ¿Desnudarla? No hacía mucho que se conocían. A pesar de la fuerte atracción que sentía por Riley, no era el tipo de mujer que se lanzaba a ciegas a una aventura.

Dio un paso atrás y señaló la mesa. Le temblaba la mano y tuvo que aclararse la garganta dos veces antes de poder hablar.

—Creo que tendremos que tener una larga charla —dijo. Afortunadamente, la voz no le tembló demasiado—. Siéntate mientras sirvo la cena.

Riley la observó con indecisión antes de acceder en silencio. Cuando se inclinó para sacar el delicioso pollo del horno, Regina sintió que le miraba el trasero.

A medida que los deliciosos aromas del pollo fueron extendiéndose por la cocina, Butch se levantó y comenzó a olisquear el aire con mucho interés. Regina lo miró, pero Riley le dijo:

—Yo no lo haría. Si le das una sola vez comida de la mesa, ya no podrás parar nunca. Además, no es bueno para él.

—De acuerdo.

Ya lo sabía y, dado que siempre trataba de hacer las cosas bien, esperaba que su perro hiciera lo mismo. Sacudió la cabeza en dirección al perro y le llenó el bol de comida para canes. El perro se conformó y comenzó a comer mientras Regina llevaba la comida a la mesa. El pollo estaba colocado perfectamente sobre una bandeja. Las patatas tenían un aspecto delicioso y el brécol exhalaba un delicioso vapor con aroma a la mantequilla que se le deshacía encima. Tras dejar la comida encima de la mesa, encendió una vela para completar la escena. Precioso.

—¿Qué puedo hacer para ayudar?

Regina miró a Riley. Había esperado que él permaneciera sentado y que admirara sus habilidades para preparar una cena perfecta, pero si quería ayudar... ¿No solían los hombres trinchar los asados? Nunca había tenido un hombre a su lado el tiempo suficiente como para poder saberlo y su padre no había sido de la clase de los que se preocupaban sobre cómo se cortara la comida: Más bien solía engullirla.

Le entregó a Riley el cuchillo de trinchar y el tenedor.

—¿Te apetece té helado? ¿Leche?

—Té —respondió, mientras comenzaba a trinchar el pollo. Regina

notó que lo hacía admirablemente—. ¿Por qué estás tan nerviosa, Red?

—No estoy nerviosa.

—Claro que sí.

—No más de lo corriente —admitió ella—. Es decir, siempre estoy nerviosa —añadió. Aquella era una queja que solía recibir de los hombres. Siendo ese hombre Riley, el nerviosismo era el doble. A eso, había que añadir el hecho de que había un desconocido que había tratado de hacerle daño en varias ocasiones y que podría volver a intentarlo. Tenía razones más que suficientes para estar nerviosa.

—¿Porque estás preocupada?

—Sí —contestó Regina mientras servía el té. A continuación, volvió a levantarse para poner un poco de música—. Vuelvo enseguida.

Segundos después, una suave música sonaba desde la habitación, añadiendo una suave melodía al tintineo del cristal y la porcelana. Riley esperó a que regresara y le sujetó la silla para que se sentara. Sin embargo, cuándo ella lo hubo hecho, no se apartó de su lado, sino que se inclinó sobre la joven y le dio un suave beso en el cuello. Regina pensó que jamás se acostumbraría a los besos espontáneos. A gran velocidad, habían pasado de ser conocidos, tal vez incluso amigos, a convertirse en algo mucho más íntimo.

Se esforzó por no volver a contener el aliento, pero se tensó. Justo en el lugar en el que Riley le había depositado el beso, sentía un hormigueo delicioso. Un agradable pero extraño calor fue abriéndose paso a través de ella.

Riley le habló suavemente al oído, incrementando así su excitación.

—Tienes que sentirte cómoda al estar a solas conmigo, Red.

—¿De verdad?

—Sí... —susurró él mientras le acariciaba suavemente la nuca. Entonces, volvió a rodear la mesa y se sentó de nuevo, como si no

hubiera ocurrido nada, como si no hubiera estado torturándola, excitándola.

—Mmm... ¿Por qué?

Riley volvió a tomar el tenedor. Entonces, la miró a los ojos.

—Desde hoy, vamos a estar a solas con mucha frecuencia.

La comida era deliciosa. No sabía que Regina fuera tan buena cocinera. Durante un largo rato, estuvieron comiendo en silencio. Riley esperó para ver si ella respondía algo a la última afirmación que había hecho, pero la joven se limitó a seguir comiendo, observándolo con cautela.

—Supongo que quieres que me explique, ¿verdad?

—Te lo agradecería mucho.

—Muy bien —dijo él, tras limpiarse la boca con una servilleta—. No estás mostrando mejora alguna en el gimnasio.

—Lo sé —repuso ella, con un tono de voz que Riley no supo si era de alivio o de desilusión—. No soy una persona a la que se le dé bien el ejercicio físico.

—No necesitas fuerza física, Regina. Lo que tienes que hacer es dejar de preocuparte porque haya otras personas observándote.

—Lo sé... Es que no me gusta parecer una tonta.

—Cuando sepas lo que estás haciendo, parecerás una profesional.

—Sí, por supuesto. Me esforzaré más. Te lo prometo.

—Regina, a partir de ahora, voy a darte clases muy particulares. Estaremos solos los dos. Completamente solos. No habrá espectadores. —¿De verdad?

—Sí. No tienes mucho sitio aquí, en tu casa, así que no podemos empezar esta noche. Puedes venir a mi a casa o al gimnasio cuando las clases hayan terminado.

Regina se mantuvo inmóvil. Aquella noche llevaba su espesa melena recogida en la parte trasera de la cabeza con un pasador dorado. La luz del fluorescente de la cocina parecía profundizar el color rojo de su cabello y el verde de sus ojos. También, reflejaba la

cautela que se reflejaba en estos últimos.

Llevaba una camisa verde, recién planchada, con un escote en uve, y unos pantalones de algodón. Las sandalias que llevaba puestas mostraban su meticulosa pedicura. Desde los pies a la cabeza, su pulcritud era completa. Incluso había conseguido preparar la cena sin utilizar muchos cacharros y fregando los que sí había usado a medida que había ido terminando con ellos.

Riley quería verla perdiendo la compostura, sudando, gritando de placer sin pararse a pensar en el aspecto que tenía, preocupada sólo por el gozo...

Maldita sea... Tenía que apartar de sí aquellos pensamientos o se pondría a seducirla en aquel mismo instante.

Por fin, Regina asintió.

—Gracias —dijo con voz algo ronca—. Efectivamente, me avergüenza. Creo que será mucho más fácil sin que me estén mirando otras personas. Sin embargo, lo que más me preocupa eres tú, Riley.

—¿Yo?

—Sí. ¿Te sientes atraído por mí? —le preguntó de repente.

—Sí.

Regina pareció muy sorprendida por la inmediata respuesta de Riley. Entonces, se mordió los labios.

—Yo también me siento atraída por ti —admitió, casi como si hubiera confesado un asesinato.

—Lo sé —dijo él, aunque más que saberlo lo había esperado. Había querido que ella se lo confirmara.

—Me preocupa... me preocupa la idea de que me veas desarreglada y sudorosa.

—Al final, terminaré viéndote de todas las maneras —repuso Riley. Aquellas palabras habían acicateado su deseo—. Cuando tengamos relaciones sexuales, sudarás y estarás desarreglada. Así suele pasar cuando el sexo es bueno. Sin embargo, me apuesto algo a que también estarás muy hermosa.

La respiración de Regina se aceleró un poco. Entonces, frunció el ceño. Parecía sumida en sus pensamientos.

—Tú... Tratas a Rosie como si fuera una amiga.

—Es una amiga.

—También es una mujer muy atractiva. En eso estoy de acuerdo.

—Y, sin embargo, nunca has tenido pensamientos románticos sobre ella porque se ha convertido en amiga tuya.

—¿Quién dice eso?

—¿Que quién lo dice? —replicó ella, algo pálida—. Bueno, me lo ha dicho Rosie. Ella me aseguró que estaba enamorada de Ethan y que...

—Así es.

—...Y que Ethan es un buen amigo tuyo.

—Efectivamente —respondió. Con Harris y Buck completaban un buen cuarteto, pero era con Ethan con el que tenía más en común. Todos eran amigos, pero Riley confiaba en Ethan más que en nadie.

—Entonces...

—¿Crees que porque seamos amigos no debería tener pensamientos sexuales sobre ella? Tú y yo somos amigos y te aseguro que tengo muchos pensamientos sexuales sobre ti.

—¿Muchos? —preguntó ella, abriendo mucho los ojos.

—Sí. De hecho, todos los días.

—De eso precisamente se trata —repuso ella—. Pensé que sentías por mí lo mismo que por Rosie, a excepción de que estás más cercano a ella.

—Ni hablar.

—¿No estás más cercano a ella?

—Mucho, pero lo que siento por ti es completamente diferente. No tengo intención alguna de acostarme con Rosie —afirmó, sin poder evitar mirar los senos de Regina—. A ti, por el contrario, tengo la intención de desnudarte tan pronto como pueda.

Regina abrió los ojos como platos, aunque no pudo evitar que se le

notara cierto interés por el modo en el que se le aceleró la respiración. A pesar de todo, sacudió la cabeza.

—Deberías saber, Riley, que yo no voy por ahí acostándome con los hombres.

—¿Eres virgen?

—No —susurró ella, sonrojándose—, yo no he dicho eso. Por el amor de Dios, tengo veintiocho años.

—Entonces, ¿estás diciéndome que no te quieres acostar conmigo?

—Claro que quiero —admitió ella. Riley sonrió—, pero no voy a hacerlo. Al menos en un futuro próximo. Casi no nos conocemos.

—Ahora nos conocemos mucho mejor que hace tres semanas. No creo que eso sea precisamente poco tiempo. Además, por lo de las clases, hemos estado físicamente muy cerca.

—¿Tan en cuenta lo has tenido todo? —preguntó, atónita.

Efectivamente, asombraba a Riley la profundidad de lo que sentía; pero no quería que el pánico se apoderara de Regina, por lo que dio marcha atrás.

—Terminemos de cenar y entonces seguiremos hablando de todo esto. Por cierto, eres una magnífica cocinera. Estoy muy impresionado.

Aliviada por el cambio de tema, Regina asintió.

—Quería impresionarte. Es decir, trato de impresionar a todo el mundo.

—¿De verdad? ¿Y por qué es eso, Red? ¿Acaso no crees que sea suficiente con ser tú misma?

—Tal vez. En realidad, he pensado mucho en cómo soy. Muy a menudo desearía ser diferente porque, a veces, mi modo de ser tiene el efecto contrario y vuelve loca a la gente.

—¿A qué gente?

—A la gente con la que trabajo. A mis amigos. A los hombres.

—Pues a Rosie, a Ethan, a Buck y a Harris les caes muy bien —dijo él. No le importaba en absoluto lo que pensara el resto de los hombres

—. Y a mí me caes mucho más que bien, pero siento curiosidad por saber por qué te preocupa tanto lo que piensen otras personas. Es decir, si quieres hablar al respecto.

—En realidad, es una tontería. Tal vez sea una costumbre heredada de cuando era una niña.

—¿Eras una niña exigente?

—Sí. Muy exigente. Verás... Yo vivía en una... una granja muy sucia —dijo, mientras arrugaba la nariz con aquella confesión—. Y cuando digo sucia, no te estoy exagerando. Resulta terrible para mí admitir esto, pero vivíamos como cerdos.

—¿Erais pobres?

—Pobres y desaliñados no es la misma cosa, pero sí, también éramos muy pobres. Nunca he sabido si era necesario, si no teníamos suficiente dinero o si simplemente malgastaban lo que ganaban. Mis padres gastaban todo el dinero. Si se nos acababan las cosas a mitad de la semana, o surgía algo, solían tomar prestado o pedir.

—Eso tuvo que ser muy duro para ti...

Lo odiaba y me sentía muy avergonzada por ello.

—Por eso has trabajado tanto para cambiar tu vida. Eso no tiene nada de malo.

—Nunca fue mi vida. Era la de mi madre, la de mi padre y la de mi hermano pequeño, pero no la mía.

—No aceptaste las circunstancias de tu juventud, ¿verdad?

—Desde que tengo memoria, hasta cuando era una niña, siempre trataba de ser diferente. Todo lo que yo poseía estaba viejo y manchado, pero hacía todo lo posible para mantenerlo limpio y bien planchado. Mi hermano solía burlarse de mí por ser tan meticulosa. Los otros niños que conocíamos... Les gustaba insultarnos y burlarse de nosotros.

—Los niños pueden ser bastante crueles cuando nadie les enseña lo que no se debe hacer.

—Tal vez, pero si hubieras visto nuestra granja, nuestro coche o

cómo se comportaban mis padres en público comprenderías perfectamente por qué el resto de los niños nos trataban de aquella manera. Yo lo comprendía y sabía que mi familia no cambiaría nunca. Cuando terminé el instituto, me marché. Conseguí un trabajo como chica de los recados en un pequeño periódico y trabajé duramente hasta lograr convertirme en reportera.

Riley sonrió. Lo de reportera era una pequeña exageración, considerando lo pequeños que eran los artículos que escribía. Sin embargo, sus historias siempre resultaban entretenidas. Había escrito un artículo sobre Ethan que había hecho que el departamento de Bomberos y toda la ciudad se sintiera muy orgullosa.

—Mi madre no es tampoco demasiado ordenada —confesó él.

—¿No?

—Tiene la casa ordenada, pero sin excesos. Tengo dos hermanos menores y uno mayor.

—¿Cuatro chicos? Dios Santo.

—Sí. Mi madre siempre sintió lo mismo — comentó, con una sonrisa—. Los otros viven muy cerca de la casa y suelen pasarse con frecuencia con sus familias. Entre los tres, tengo diez sobrinos y sobrinas.

—Vaya. Es una familia muy grande.

—Sí. Mi madre es algo chapada a la antigua, del tipo de mujer que quiere darte de comer en el momento en el que te presentas y que no deja de mimarte durante todo el tiempo que estés en su casa. Hace algún tiempo que no he ido a verla —confesó, decidiendo que aquello era algo que debía remediar muy pronto—. Tal vez la próxima vez que vaya a verla podrías venir conmigo.

—¿Quieres que conozca a tu madre? —preguntó ella, sorprendida.

—Sí. Y a mi padre también. Te caerán muy bien. ¿Y tú? ¿Visitas con frecuencia a tus padres? —preguntó, aunque no le sorprendería que ella hubiera decidido cortar todo vínculo con ellos.

—Ya han fallecido —respondió Regina con tristeza en la voz—. Mi

madre murió hace años de cáncer y mi padre falleció a causa de un infarto cerebral dos años más tarde. Se vendió la granja y mi hermano y yo nos dividimos los beneficios. Así ha sido como me he comprado mi casa. Llevaba algún tiempo guardándome ese dinero.

—Lo siento...

—Fue hace mucho tiempo. Los quería mucho pero nunca me sentí muy cercana a ellos.

Nuestra relación era algo... tensa. Ellos pensaban que yo era algo altiva.

Altiva, ¿eh? Yo diría tal vez que discreta y meticulosa, pero no altiva.

—Gracias. Mi hermano sigue acusándome de pensar que yo soy mejor que ellos.

—¿Y es así?

—No, pero creo que he sabido cómo manejar mejor mi vida. Mis padres tenían una estupenda granja que dejaron caer en la ruina porque se negaron a trabajar en ella de verdad. Deberíamos haberla vendido por cinco veces más, pero nunca se ocuparon de nada. La casa estaba tan destartada, que tuvieron que demolerla. No había nada que mereciera la pena salvar.

—¿No conservaste ningún recuerdo?

—Unas cuantas fotografías que nos dividimos mi hermano y yo. Mis padres no creían en conservar el pasado ni en planear el futuro. Tenían la cobertura médica mínima y, por supuesto, aquello no fue suficiente. Mi hermano se parece a ellos. Va de un trabajo a otro, de una mujer a otra. Ya se ha gastado su herencia y no tiene nada. Le pregunté qué pensaba hacer cuando se jubilara, pero se echó a reír y me dijo que tiene una vida entera para preocuparse por aquello. No ha aprendido nada.

—¿Y tú sí?

—Por supuesto. La casa es una inversión para mi futuro, pero tengo otras también. Si me pongo enferma, podré cuidarme de mí

misma sin tener que confiar en otros ni terminar en la beneficencia del estado. Soy muy cuidadosa con todo lo que hago y no cedo fácilmente a los impulsos.

¿A los impulsos como el deseo sexual? ¿Esperaba Regina negar la química que había entre ellos? Riley no la contradijo, pero sabía que no sería así. Podría ser muy persuasivo y no se rendía fácilmente.

—¿Y tú? —preguntó ella, después de una pausa.

—¿Y yo qué?

—¿Tienes un plan para cuando te jubiles? ¿Eres el dueño de tu casa o la tienes alquilada? —Dime una cosa, Red —le dijo, tras soltar una carcajada—. ¿Te preocupa eso por razones personales dado que estás sopesando mis posibilidades como futuro marido, o porque estás trabajando mentalmente en ese maldito artículo?

—Tal vez un poco de las dos cosas —admitió ella, tras ponerse algo tensa—, aunque es demasiado pronto para pensar que pueda haber algo serio entre nosotros.

—¿De verdad lo crees?

El rostro de Regina palideció para luego sonrojarse. A pesar de todo, siguió hablando. —Y te aseguro que no escribiría un artículo sin tu permiso. Es sólo que el enfoque de héroe de la comunidad funcionó tan bien con Ethan, que sé de muchas personas que se morirían por tener la historia de tu vida.

—Pero a ti te interesa personalmente, ¿verdad?

—No estamos juntos, Riley, así que es más curiosidad que otra cosa.

—Yo sí quiero que estemos juntos.

—¿Sabes una cosa? —preguntó ella, antes de recostarse contra el respaldo de la silla—. Creo que las cosas se podrían enturbiar un poco.

—¿Cómo?

—Me dijiste que me creías cuando te hablé de los ataques.

—Así es.

—En ese caso, ¿no te parece que sería mejor separar la vida profesional de la personal? ¿No te resultaría a ti muy difícil ser objetivo si... si nos estuviéramos acostando juntos?

La objetividad había desaparecido a las pocas horas de conocerla. Se terminó el té helado y señaló el plato de Regina.

—Lo que creo es que deberías comer algo de esta maravillosa cena que has preparado.

—Estoy comiendo —dijo, tomando dos bocados más. Inmediatamente, siguió hablando—. ¿Por qué me crees tú cuando no me cree nadie más?

—Resulta muy fácil de comprender. Termina de comer y te contaré una historia, ¿de acuerdo?

—Muy bien.

Sólo tomó unos bocados más, pero Riley se sintió un poco mejor sabiendo que no le había arruinado completamente la cena.

—Cuando era técnico de investigaciones, antes de hacerme miembro de las Fuerzas Especiales de la policía, tuve que ir a un edificio en el que un hombre había entrado en la vivienda de su novia de diecisiete años. La madre había prohibido a la muchacha que siguiera viendo a aquel tipo, pero, cuando ella se fue de compras, se metió en la casa. Cuando la muchacha trató de obligarlo a que se marchara, él se puso hecho una furia, la agarró por el cuello y comenzó a golpearle la cabeza contra una pared.

—Dios Bendito...

—La madre llegó a la casa a tiempo para apartarlo de ella —dijo, amargado y enfurecido como siempre por sus recuerdos—. Los detectives llegaron antes de que lo hiciera yo, pero el novio ya había huido. Estaban hablando con la madre, con la hija y con el padre, que acababa de llegar a la casa. Se me comunicó que la madre quería presentar cargos contra el agresor, pero que la hija no. Cuando les expliqué que el muchacho había cometido un delito muy grave, que podría llevar la misma condena que un asesinato, la madre se echó

también atrás.

—Pero su hija...

—La hija tenía las marcas de los dedos en el cuello y hematomas en la mejilla y en la sien. A pesar de todo, no hacía más que decir que lo amaba y que, seguramente, el muchacho no quería hacerle daño.

—¿Y qué diablos creía entonces que estaba haciendo cuando la maltrató de aquel modo? A los hombres así no les preocupa la víctima. Sin embargo, con las afirmaciones de la muchacha, no pudimos hacer nada más. El padre guardaba silencio. Al final dijo que todo se solucionaría si hablaba con el muchacho.

—Increíble.

—No, cielo, desgraciadamente es algo que los policías se encuentran todos los días. Tuvimos que marcharnos sin poder presentar cargos. Yo estaba furioso. Una de las mujeres policía dedujo que el padre había pegado a la madre algunas veces y que la hija lo sabía. La madre no quería decir nada porque podría recibir otra paliza y la pobre muchacha creía que era un comportamiento normal porque llevaba años viviendo así.

Riley apretó los puños contra la mesa. No quiso decir a Regina que la muchacha había terminado escapándose con el novio... y muriendo por ello.

Abrumada por lo que acababa de escuchar, Regina se levantó y se acercó a Riley. Inmediatamente, Butch hizo lo mismo. Se acercó a su dueña y suplicó que lo tomara en brazos. Ella no pudo resistirse. Comenzó a frotar la nariz contra la suave piel del animal, aunque no dejaba de mirar a Riley.

—Lo siento —dijo.

Riley le dio un abrazo y la estrechó contra su cuerpo. Como seguía sentado, tenía el rostro al mismo nivel que los senos de Regina. De los senos y de un irritado Butch, que no parecía querer que Riley la tocara. El perro era muy posesivo, pero él comprendía perfectamente cómo se sentía el animal.

—Sí, yo también —comentó, obligándose a mirarla a la cara—, pero, ¿sabes una cosa, Red? Me enseñó algo. Hay muchas perspectivas y muchas cosas que nunca vemos y las mujeres, que Dios las bendiga, son muy intuitivas. Si tú dices que hay alguien que va por ti, yo sería un idiota si no te tomara en serio. Créeme, no soy ningún idiota.

—Gracias —susurró ella, con una trémula sonrisa—. Sólo saber que hay alguien que no me considera una loca me hace sentir mucho más segura.

Riley se puso de pie.

A ver qué te parece esto, Red. Recojamos los platos y luego vayamos al salón para que me puedas decir todo lo que está ocurriendo.

—¿Todo?

—Desde el principio. Tal vez podremos solucionarlo todo —dijo. Le colocó la mano en la parte inferior de la espalda y la obligó a apartarse de la mesa—. ¿Crees que Asesino podrá entretenerse un rato solo?

El perro lo miró de reojo, pero, cuando Regina lo dejó en su cama, se quedó dormido casi inmediatamente.

La cocina estaba tan inmaculada, que no tardaron nada en recogerlo todo. Regina era tan ordenada, tan limpia, que ponía algo nervioso a Riley. ¿Esperaría que todo el mundo fuera tan ordenado? Tenía curiosidad por saber lo tolerante que podría llegar a ser, por lo que le preguntó:

—Has estado en casa de Rosie, ¿verdad?

—Sí, ¿por qué?

—¿Te gustó? —preguntó.

Rosie era ordenada, pero no tanto como parecía serlo Regina.

—Desde el primer momento en el que entré en casa de Rosie —respondió ella, con una sonrisa—, me sentí muy cómoda, como si estuviera en mi casa, pero así es Rosie. Muy cálida, abierta y simpática. La aprecio mucho.

—Sí, yo también —repuso él, satisfecho. Juntos fregaron los platos. Regina limpiaba y Riley secaba. Parecía increíble, pero se estaba divirtiendo bastante haciéndolo. Sólo estar al lado de Regina tranquilizaba su lado más turbulento y le hacía sentirse más en paz consigo mismo. Sin embargo, lentamente la serenidad del momento fue desapareciendo para convertirse en un deseo más incrementado. No poder tenerla estaba suponiendo una tortura para él.

Cuando Regina tenía las manos totalmente sumergidas en el agua jabonosa, Riley se le acercó por la espalda. Le agarró la cintura para que ella no pudiera zafarse y se apretó contra ella, sintiendo así el trasero de ella contra su entrepierna. Un gruñido le resonó en el pecho. Muy pronto, cuando ella lo hubiera aceptado, la poseería así, por detrás, hundiéndose profundamente en ella, sintiendo el trasero de Regina contra su abdomen y sus muslos. Podría cubrirle los pechos con las manos, jugar con los pezones erectos, deslizarle las manos por el vientre hasta llegar a...

—¿Riley?

Trató de ignorar la erección que le habían producido aquellos pensamientos. Sin poder contenerse, dejó que la lengua le acariciara suavemente la oreja, estimulándole las sensibles terminaciones nerviosas y los músculos del cuello.

—Todavía no quieres acostarte conmigo, Regina, pero lo harás muy pronto. Mientras tanto, unos besos no harán daño a nadie, ¿no te parece?

Antes de que ella pudiera responder, le hundió la lengua en la oreja y comenzó a chuparle muy suavemente el lóbulo de la oreja.

—No.

Ella dejó las manos sobre el fregadero, aunque sin meterlas en el agua. Echó la cabeza hacia atrás hasta apoyarla sobre el hombro de Riley y cerró los ojos. Él se inclinó un poco para poder mirarle el rostro.

—¿No qué, cielo? —susurró.

Le colocó una mano sobre el vientre, extendiendo los dedos todo lo posible a modo de masculina posesión. Le hundió el pulgar en el ombligo a través de la tela de la camisa y apretó suavemente, simbolizando así algo más. Pocas personas comprendían las zonas erógenas de una mujer y cómo las pequeñas caricias, cuando se combinaban adecuadamente, podían producir reacciones muy carnales.

Debido a su preparación física, Riley había aprendido mucho sobre los puntos de presión que podían dejar tullida a una persona, pero que también podían tener el efecto opuesto. Conocía los lugares en los que el contacto era exquisito, en los que el placer ocasionado era casi insoportable.

Podría hacer que Regina alcanzara un orgasmo allí mismo sin esforzarse, y ser consciente de aquello hizo que su cuerpo entero se tensara de necesidad. Sin embargo, no quería obligarla y aquella contención le hizo temblar.

—¿Quieres decir que no quieres que haga esto o que no hay nada malo al respecto?

—Que no hay nada malo al respecto...

Un temblor se apoderó de él. Regina parecía tan cautelosa en el tema de la implicación sexual, que cualquier capitulación en aquel asunto parecía un triunfo.

De repente, ella se giró y se apretó contra él, con los senos contra su tórax y el vientre contra la entrepierna.

—Quiero besarte, Riley, pero no quiero que esperes que eso nos puede llevar a la cama.

—Muy bien.

—¿Muy bien? —preguntó ella, llena de sorpresa e inseguridad.

Riley le colocó las manos en las caderas y la animó a acercarse un poco más y así poder sentir sus femeninas formas.

—Muy bien. Puedes besarme. Adelante.

—Oh...

Regina miró los labios de Riley y se lamió los suyos. En aquel momento, él estuvo a punto de perder el control

—Date prisa, Red.

—Muy bien.

Le deslizó las manos, aún cubiertas de jabón, por el cuello y se puso de puntillas. Entonces, la boca de Regina rozó la de él. Riley esperó, con el corazón luchando por salirse del pecho, con una potente erección y los testículos muy tensos. Se armó de todo el autocontrol que pudo reunir y trató de mostrarse relajado, aunque, en realidad, sus emociones bordeaban lo salvaje. Nunca había deseado a ninguna mujer del modo en el que deseaba a Regina.

Suavemente, ella le lamió los labios.

—¿Riley?

—¿Sí?

—Abre la boca.

Aquello terminó con su control. Tan cuidadosamente como pudo, teniendo en cuenta el furioso ardor que sentía en el interior, Riley la estrechó un poco más contra sí. Abrió la boca, pero no esperó a que ella tomara la iniciativa. Le deslizó la lengua entre los labios, profunda y lentamente, uniéndose a la de ella, mostrándole con la boca lo mucho que deseaba poseer su cuerpo. Sus cálidos alientos se mezclaron al tiempo que se asían de las manos. El cuerpo de Regina se relajó y se vertió en un suspiro tan suave y tan femenino, que el cuerpo de Riley se tensó aún más de pura lujuria.

Se había prometido sólo unos besos cuando empezaron aquello, pero no había contado con el efecto que tendría en él la entusiasta implicación de Regina. Antes de que tuviera tiempo de pensarlo, tenía uno de los pequeños senos en una mano y una firme posadera en la otra.

Los gruñidos de placer de ambos resonaron al mismo tiempo. El pezón de Regina se le irguió contra la palma, una súplica que Riley no pudo ignorar. Con la mano abierta, le pasó la palma por encima una y

otra vez, estimulándose. Regina, que tenía las manos hundidas en el cabello de él, se tensó y apartó la boca para tomar aire.

—¿Riley? —preguntó ella, pronunciando su nombre como una invitación, como una petición.

—Regina...

Los furiosos ladridos del perro los sobresaltaron a ambos. Como si sólo se hubiera dado cuenta en aquel momento de la cercanía física de ambos, Butch comenzó a dar carreras a su alrededor, tratando de mordisquear la pierna de Riley sin hacerlo en realidad y mostrando así su descontento.

Riley comprendió en aquel momento que había estado a punto de perder el control. Durante un breve instante, se había comportado basándose sólo en su necesidad. Nadie, ni siquiera su esposa ni la escena más horrible había provocado que perdiera el control. Hasta entonces lo había considerado una parte innata de él.

Sólo con mirar el acalorado rostro de Regina hizo que quisiera maldecirse.

—Lo siento...

—No hay razón alguna para disculparse, Riley —dijo, mientras se pasaba las manos por la pechera de la blusa. Tenía una sonrisa falsa y avergonzada—. ¿Te apetece un café?

Riley se sintió insultado. Habían compartido un apasionado beso, había estado tocándola de arriba abajo y, después de todo aquello, quería seguir comportándose como la perfecta anfitriona.

—Lo que me gustaría es terminar lo que hemos empezado —susurró, en voz muy baja.

—¿Cómo dices?

—Nada.

Necesitaba una distracción y rápido. Lo más evidente fue ocuparse del perro, que, en aquellos momentos, lo tenía agarrado del talón y gruía furioso. Se agachó para recoger el perro con una expresión tan sombría, que el pobre Butch se sintió atemorizado y trató de

escaparse, pero él lo atrapó antes de que pudiera hacerlo. Regina parecía una nerviosa madre tratando de recuperar a su hijo. El perro, por su parte, no dejaba de gruñir.

—Shh —le dijo Riley mientras le acariciaba suavemente el lomo con un dedo—. Buen chico. ¿Ves? —añadió, cuando el minúsculo animal se hubo calmado un poco—, no soy tan malo. Sé que no me estabas mordiendo en realidad, sino que sólo tratabas de asustarme. No quieres confiarme a Regina, pero vas a tener que acostumbrarte a que la toque, compañero, porque pienso hacerlo con mucha frecuencia.

—¿Sí? —preguntó Regina.

—Dado que hemos terminado aquí, vamos al salón —repuso Riley, mirándola de reojo—. Cuando antes pueda averiguar qué diablos quiere tu atacante, antes podremos dejarlo atrás.

—¿Y entonces qué? —quiso saber Regina mientras se secaba las manos con un paño de cocina.

—Entonces, podré concentrarme en ti —respondió, sonriéndole por encima del hombro.

Regina se detuvo un momento, parpadeó y luego lo siguió. Ella también sonreía.

### 3

—Todo comenzó después del reportaje del parque —dijo Regina.

En el momento en el que se sentó, el perro volvió a gruñir a Riley antes de saltar sobre el regazo de su dueña.

—¿Qué parque? ¿Está por aquí cerca?

—No, donde trabajaba antes de mudarme a Chester. Era la inauguración del parque. Había habido muchos problemas porque algunos de los comercios querían utilizar aquella zona como aparcamiento. Había buenas razones por ambas partes: por un lado embellecer la zona para atraer visitantes o utilizarla para proporcionar un aparcamiento adecuado para la gente que acudiera a comprar a la zona comercial y que, por lo tanto, gastara dinero.

—Y el parque ganó.

—Sí. Salió todos los días en las noticias. El ayuntamiento tuvo más movimiento de lo que había tenido en meses. El periódico para el que yo trabajaba publicó varios artículos al respecto y me enviaron a mí a hacer unas fotos y a escribir un artículo una semana antes de la inauguración oficial del parque. Fue mi artículo más importante. Me ocupó dos páginas.

Riley sonrió al notar el entusiasmo de Regina. Al estar sentado tan cerca de ella y verla tan animada, le resultaba imposible no tocarla. Extendió una mano hacia ella, pero Butch saltó del regazo de su dueña como un torbellino. Riley no apartó la mano. La mantuvo extendida mientras Butch pretendía morderla. Estuvo cerca, pero no le clavó los

dientes.

—Lo que me había parecido. Sólo un fanfarrón. Veo que eres muy feroz y que estás siempre a la defensiva, ¿verdad, canijo? Me gusta — dijo. Entonces, a pesar de las protestas del perro, comenzó a acariciarle la cabeza. Butch se rindió por fin y cedió a las atenciones que Riley le proporcionaba—. Bueno, ¿qué ocurrió en el parque?

—Todo iba bien al principio. Yo tomé algunas fotos de una elaborada fuente que habían puesto, de los nuevos columpios y del estanque con patos y gansos. En realidad, es un lugar muy bonito. Incluso llegué a conocer a mi político favorito.

—¿S? ¿Y de quién se trata?

—Del senador Welling. Estaba allí con una becaria, que hacía lo mismo que yo. Por supuesto, el senador era de los que apoyaba el parque, dado que siempre apoya la conservación de las tierras cuando sea posible. Yo llevaba tanto tiempo admirándolo, que incluso le hice unas fotos. Hasta saludó a la cámara.

—¿Qué ocurrió, Red? ¿Te atacó alguien en el parque? ¿Trató el senador de...?

—¡No! El senador Welling no es de esa clase de hombres. La razón por la que lo admiro tanto es porque es un dedicado hombre de familia. También es un maravilloso político, por supuesto, y yo estoy de acuerdo con la mayoría de sus posturas políticas, pero su verdadero atractivo es la dedicación que demuestra por su esposa y sus hijos.

—Te creo —dijo Riley, aunque no sentía ninguna simpatía por aquel hombre. A pesar de todo, no quería entablar una discusión política con Regina.

—Muy cortésmente, posó para mis fotografías e incluso hice una con la becaria y él a ambos lados de la fuente. A continuación, me acompañó a mi vehículo e incluso me abrió la puerta del coche.

—Entonces, ¿qué ocurrió en el parque que te hizo sentirte amenazada?

—Bueno, todo ocurrió cuando me disponía a marcharme del parque. Estaba a punto de llegar a la carretera principal cuando alguien me tiró a la cuneta.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Yo conduzco un Escort plateado y un todoterreno muy lujoso trató de adelantarme, pero no dejó la suficiente distancia cuando volvió a ocupar el carril por el que yo circulaba. La parte trasera de su vehículo me dio en el parachoques delantero e hizo que mi coche comenzara a dar vueltas sobre sí mismo y que se saliera de la carretera. Yo me choqué contra un árbol, pero el conductor del otro coche ni siquiera paró.

—¿Y tú crees que, de algún modo, está relacionado con...?

—Si me lo permites, terminaré de contarte lo que ocurrió.

—Lo siento. Adelante, por favor.

—No me resultó fácil, pero conseguí sacar el coche de la zanja y lo acerqué bastante a la carretera. Probablemente perjudiqué más al coche, pero no me gustaba la idea de quedarme allí sola, especialmente dado que estaba empezando a oscurecer.

—Bien pensado.

—Eso me pareció a mí. Mi teléfono móvil se había quedado sin batería, así que pensé que me esperaba un largo camino a casa. Sin embargo, en aquel momento, el senador pasó por allí y me acercó a un teléfono. Incluso se ofreció a esperar conmigo, pero yo le dije que siguiera su camino. ¿No te parece que fue muy amable?

—Se supone que tiene que servir a la gente, cielo.

—Pero no de taxi. Bueno, en todo caso, yo llamé a mi jefe desde un restaurante. Él avisó a una grúa y luego vino a recogerme en su coche para llevarme de nuevo hasta donde estaba el mío. No te vas a imaginar lo que encontré.

—¿Qué?

—Alguien había entrado en su interior.

—¿Es que no habías cerrado la puerta con llave?

—Claro que sí, pero el cristal de la ventanilla del conductor estaba hecho pedazos. Di por sentado que mi radiocasete, los altavoces y los Cds habrían desaparecido.

—Y no fue así, ¿verdad?

—No. Habían registrado el coche, habían vaciado la guantera y todos los papeles estaban revueltos, pero no faltaba nada.

Riley frunció el ceño. Tenía que admitir que aquello sonaba bastante extraño. ¿Habrían estado buscando algo en concreto?

—¿Qué dijo la policía al respecto?

—Que había regresado a tiempo para asustar a los ladrones.

—¿Y tú tienes otra teoría?

—Sí. Tras considerar lo ocurrido, creo que ese todoterreno me echó a propósito de la carretera. Creo que regresó más tarde para buscar algo en mi coche.

—Si eso es así, si tan decidido estaba, ¿por qué no te siguió a casa?

—sugirió él, aunque no quería ni pararse a pensar en lo que habría ocurrido en aquel caso.

—Yo no soy una delincuente y, por lo tanto, no sé cómo funciona la mente de un delincuente, pero, tal vez, sabía que yo vivía en un complejo muy concurrido, por lo que registrar mi coche no habría sido tan fácil una vez hubiera llegado a casa. Lo importante es que no me puedo imaginar qué podría tener yo que deseara alguien con tanto ahínco, pero me alegro de que el senador Welling pasara por allí para llevarme a la ciudad. Si no lo hubiera hecho...

—Podrías haber estado sentada en tu coche, completamente sola, cuando se presentara el ladrón. Podría ser que tu presencia lo hubiera disuadido.

—Y podría ser que no lo hubiera hecho. Me echó de la carretera sin preocuparse demasiado de mí, así que tal vez me hubiera golpeado en la cabeza o algo por el estilo. Tal vez incluso...

—No digas eso —le ordenó, a pesar de que a él ya se le hubieran ocurrido el resto de las posibilidades.

—Bueno, después de todo lo demás que ha ocurrido...

—¿De qué estás hablando?

—Una noche me marché a casa después de hacer algunas investigaciones. Se trataba principalmente de llamadas por teléfono. Eran aproximadamente las ocho de la tarde y ya estaba oscuro en el exterior. Justo cuando acababa de bajarme de la acera, un Porsche negro estuvo a punto de atropellarme. Tuve que dar un buen salto atrás para evitarlo. Me caí al suelo, me rompí las medias, dos uñas y me torcí el tobillo.

—Jesús... Te podrían haber matado.

—Yo creo que eso era precisamente lo que querían, pero la policía lo atribuyó a un conductor poco cuidadoso y no a un intento deliberado de matarme. Pensaron que no estaba relacionado con el otro incidente y me dijeron que no había nada que pudieran hacer al respecto, dado que no conseguí quedarme con el número de matrícula. Entonces, una semana después de eso, un ladrón trató de quitarme el bolso. Yo traté de impedirselo...

—¿Que trataste de impedirselo? —repitió él, atónito.

—Por supuesto. Se trataba de mi bolso. No iba a dejar que me lo robaran tan fácilmente.

—Te podrían haber hecho mucho daño, maldita sea.

—Y me lo hizo.

—¿Cómo has dicho? —gruñó él.

—Bueno, me pegó un puñetazo y me puso un ojo morado.

—Hijo de perra.

—¡Riley!

—¿Y qué dijo la policía al respecto? —preguntó, muy afectado.

—Ocurrió hace semanas, Riley. No hay razón para disgustarse tanto ahora.

—Estoy furioso, no disgustado. Son las mujeres las que se disgustan.

—Tienes los hombros encorvados, los ojos entornados y un

extraño tic en la mandíbula.

— Es furia.

Muy bien, entonces no te pongas furioso. Eso no va a servir de nada.

Sabiendo que Regina tenía razón, Riley respiró profundamente y trató de calmarse.

— Está bien. Dime que te dijo la policía.

— Bueno, esa vez se preocuparon un poco más, porque, después de que ese tipo me pegara, se me cayó el bolso, pero él no robó nada. Mi cartera tenía dos tarjetas de crédito y unos cuarenta dólares, pero él se limitó a revolverlo todo, a maldecirme y, cuando oyó que se acercaba gente, salió corriendo sin llevarse nada.

— ¿Qué aspecto tenía ese hombre?

No estoy segura. Estaba lloviendo y llevaba un impermeable que lo cubría hasta la barbilla. Además, llevaba un sombrero y gafas de sol, aunque no había ni un rayo de sol. Noté que era moreno, porque tenía la sombra de la barba y unas patillas oscuras. Tenía las manos muy bronceadas.

— ¿Trató de seguirle la policía?

— Para cuando llegaron hacía mucho tiempo que se había marchado. No supieron lo que pensar hasta que yo les expliqué el resto de las cosas que habían ocurrido. Entonces, quisieron que yo les hablara de mis artículos más recientes. Sin embargo, no se ha tratado de nada que pudiera disgustar a nadie. Yo no escribo nada que pueda resultar insultante. Sólo me ocupo de nuevos parques, de libros de cocina y de grupos de interés especial.

— ¿Qué habías escrito hasta entonces?

— Veamos. Había hecho el artículo sobre el parque...

— No, antes de eso. Todo comenzó el día de la inauguración del parque, ¿no? Así que tuvo que ser algo que hubieras hecho antes.

— Bueno, hice un artículo sobre un jugador de fútbol profesional que había sido arrestado por consumo de drogas, pero mi artículo se

centraba en el tiempo que ya había dedicado a los niños más desfavorecidos antes de cumplir su servicio comunitario. También hice una entrevista con la autora de un libro de cocina muy popular. El libro fue todo un éxito, pero resultó que la autora había robado algunas de las recetas de la tatarabuela de su suegra. A cambio, la autora donó la mitad de sus derechos de autor a la organización benéfica favorita de su suegra y todo se resolvió amigablemente.

—No se trata de noticias muy escandalosas, ¿verdad?

—He hecho algunos artículos más críticos —replicó Regina, algo a la defensiva.

—¿Como cuáles?

—Aproximadamente un mes antes había cubierto la historia de un albergue de perros que no trataba a los animales adecuadamente. Estaban hacinados, sucios, mal alimentados y, como es natural, yo me sentí furiosa. Escribí un artículo muy breve, pero que terminó recibiendo mucha atención. El albergue tuvo que cerrar y yo lideré una campaña para encontrar casas para todos los perros. Al final, lo conseguimos. Me habría encantado quedármelos todos, pero entonces no tenía ni esperanza de poder comprarme una casa, y un pequeño apartamento no es lugar para un perro.

Riley miró a Butch y extendió la mano. El perro lo miró y comenzó a lamérsela. A continuación, Riley se lo colocó en el regazo.

—A menos que el perro sea muy pequeño —comentó con una sonrisa. Cada vez le gustaba más Butch.

—Míralo. Ya te quiere mucho.

Al oír el tono de voz con el que Regina se refería al animal, Riley tuvo una idea. Podría acercarse más a ella mostrando más simpatía por el perro.

—Sabe que lo respeto —dijo—, pero me imagino que si yo te tocara en estos momentos, volvería a gruñirme. Va a tener que aprender a compartir —añadió, tras dedicarle una larga e íntima mirada—, pero tendré paciencia... contigo y con él.

Regina separó los labios y contuvo el aliento. Entonces, miró la boca de Riley. Estaba suplicando que la besara. Incapaz de resistirse, él se inclinó suavemente hacia ella. Cuando Butch saltó entre ellos, terminó besando al perro. El animal mordió la boca y la nariz de Riley y montó un terrible estrépito.

—Eres un chucho desagradecido —le espetó él, irritado.

El animal, al ver que no se iba a producir beso alguno, se recostó de nuevo contra Riley y lo miró lleno de inocencia.

—¿Cómo puede alguien hacer daño a un animal? —preguntó Regina, tras ahogar una risa—. No puedo comprenderlo. Yo no lamento lo que ocurrió con lo del albergue, pero los dueños mostraron mucha animosidad hacia mí. Por supuesto, es comprensible, porque yo hice que comenzara la contestación social que les hizo perder su negocio. Sin embargo, aunque quieran acosarme, no creo que fueran unos posibles sospechosos porque yo no tengo nada que quisieran robar.

—¿Se te ocurre algo más por lo que alguien pudiera sentir antipatía por ti?

—¿Y por qué iba a sentir alguien antipatía por mí?

—¿Has tenido problemas con las personas con las que trabajas? De hecho, ¿por qué te viniste a vivir aquí?

El modo tan cuidadoso con el que enmascaró la expresión de su rostro le dijo a Riley que había encontrado un punto débil.

—Me llevaba bien con casi todos en el trabajo.

—¿Con casi todos?

—Había un tipo que insistía mucho para conseguir que yo saliera con él. Cuando más me negaba, más hostil se ponía.

—¿Te marchaste por él?

—En parte sí. Empezó a presentarse en mi casa a deshoras, a observarme todo el tiempo. Sin embargo, no era una amenaza, sólo una molestia. Principalmente, me marché porque pensé que podría estar más segura aquí. No me gusta admitir que soy una cobarde, pero

me asusté. No estoy acostumbrada a que me peguen...

—Diablos, espero que no...

—... y cuando ese tipo lo hizo, fue más que suficiente para mí. Tuve que llevar gafas de sol durante una semana antes de que el hematoma se difuminara lo suficiente como para poder cubrirlo con maquillaje. Por eso, dejé mi trabajo, me vine a Chester y me puse a trabajar para el periódico local.

—Sin embargo, seguiste con problemas.

—Eso es, a menos que lo que dice la policía local sea cierto y todo no sea más que una coincidencia. Tal vez el fuego fue un accidente.

—Yo no lo creo, Red.

—¿No? ¿Por qué? Riley Moore —añadió, en tono de sospecha—, ¿sabes tú algo que yo no sepa?

—Probablemente sé un montón de cosas que tú no sabes, en especial sobre las situaciones peligrosas, pero en concreto sobre el fuego no sé nada.

—Entonces, ¿por qué dices eso?

—No lo sé. Es sólo que el día del fuego tú estabas tan nerviosa... Llámalo intuición femenina, pero creo que, instintivamente, sabías que algo estaba a punto de ocurrir.

—Efectivamente me sentía algo inquieta, como si alguien me estuviera vigilando.

—Tal vez así fue. Yo creo que esas cosas se presienten.

—¿Y por eso tú estabas siguiéndome?

—Sí.

Riley había sabido que Regina iba a encontrarse con Ethan para terminar la entrevista, así que él había ido también, aunque tomando un segundo plano para que nadie se diera cuenta. Cuando se encontró con Rosie primero y luego habían ido al distribuidor de fuegos artificiales, el nerviosismo de Riley había ido en aumento. Y con un buen motivo.

—Me alegro de que me siguieras. Si no lo hubieras hecho, quién

sabe lo que podría haber ocurrido.

Las alarmas habían llevado a Ethan al edificio, y había descubierto que Rosie estaba en el interior. Habría entrado por ella si Riley no se lo hubiera impedido. Regina y Rosie habrían estado a salvo, pero Ethan podría haber muerto.

Riley decidió olvidarse de aquellos horribles recuerdos y tocó suavemente la comisura de la boca de Regina. Tenía un aspecto tierno y suave y le apeteció besarla. Sin embargo; primero tenían que hablar.

—Me sentía posesivo incluso entonces — susurró, mientras observaba cómo los ojos de Regina se oscurecían. Entonces, sonrió—. Ojalá hubiera echado al guante al canalla que trató de hacerte daño. Probablemente es el mismo que te robó la cámara.

—Es probable, dado que había tomado algunas fotos muy buenas de lo que suponía un peligro de incendio. Si me hubiera dado cuenta de lo graves que eran, podría haberle ahorrado un buen susto al pobre Ethan.

—Y también a mí.

—¿A ti?

—Por supuesto —afirmó Riley. La imagen de Regina sentada en el borde, con la frente cubierta de sangre y la mirada extraviada no se le olvidaría nunca—. Me sentí como si me hubieran dado una patada en el estómago.

—No parecías estar asustado, al menos no como Ethan.

—Ya te había encontrado a ti y, aunque estabas herida, sabía que te ibas a poner bien. Ethan creía que Rosie estaba en el interior...

Desde aquel día, no se podía mencionar delante de Ethan el fuego que había estado a punto de arrebatarse a Rosie. Riley no quería tener nunca tanto miedo como para perder la capacidad de razonar y la disciplina. No amaba a Regina del modo en el que Ethan quería a Rosie, pero sentía simpatía por ella. La deseaba y, por lo tanto, haría todo lo posible por mantenerla a salvo.

—Tal vez no debería decirte esto, porque podría ser que sólo

estuviera alimentando tus temores, pero creo que es posible que tengas buenas razones para estar asustada. No estoy dispuesto a arriesgarme.

—Dices eso como si tuviera algún significado oculto o algo así.

—Así es. Regina, no quiero que estés sola hasta que no descubramos lo que está pasando.

—¿Crees que deberías quedarte conmigo? —preguntó ella al comprender a lo que él se refería.

—Si te vas del apartamento, sí.

—No.

—Aquí estás rodeada de personas —prosiguió él, como si ella no hubiera dicho nada—. Cualquiera puede ayudarte y se te escucharía a través de estas paredes tan finas. En una casa, estarías tú sola.

—Soy una mujer hecha y derecha, Riley. Tendré mucho cuidado, pero no...

—Nunca se puede tener el cuidado suficiente. ¿Acaso tienes la intención de estar en tu casa antes de que oscurezca todos los días? ¿Y qué importa eso cuando, según has dicho tú misma, te han atacado a plena luz del día? Ni siquiera te imaginas de cuántas maneras diferentes puede entrar un intruso en tu casa sin que tú ni siquiera te des cuenta. ¿Y si esa persona no quiere robarte nada? ¿Y si sólo quiere vengarse por algo?

—Basta ya —afirmó ella, poniéndose de pie. Tenía las manos apretadas, lo que evidenciaba que estaba preocupada—. Estás tratando de asustarme.

—Tonterías —replicó Riley. Dejó el perro a un lado y se puso también de pie—. Te estoy asustando. ¿Y sabes por qué, Red? Porque eres lo suficientemente inteligente como para darte cuenta de que tengo razón —añadió.

La había agarrado por los brazos y la había estrechado contra su pecho. El cabello le olía muy bien. Ella olía bien. Era suave, femenina y delicada. Destruía el autocontrol y las intenciones de Riley sin ni

siquiera esforzarse.

—¿Acaso vas a comprobar cada habitación, cada armario y cada rincón de la casa cada noche? ¿Qué harás si encuentras a alguien acechando en la oscuridad, esperándote?

—¡Basta ya! —exclamó Regina, tratando de zafarse de él.

—No. Tú dices que la amenaza es cierta — observó Riley. Le colocó las manos sobre los hombros y la hizo ponerse de puntillas—. Yo te creo, así que no seas tonta, Regina.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer? —preguntó ella, muy asustada—. ¿Esconderme? ¿Dejar de vivir? Tengo trabajo, amigos, cosas que hacer...

—Déjame ayudarte.

—¿Viniéndote a vivir conmigo? No, no lo haré. No sería...

—¿Decente? Al diablo con la decencia.

—¿Quién lo va a saber además de nuestros amigos? —le espetó él—. Es mejor ser indecente que estar muerto.

En aquel momento, el perro comenzó a ladrar y trató de encontrar el modo de saltar del sofá, aunque era demasiado pequeño.

—Estás molestando a mi perro.

—Ya se le pasará.

Entonces, la besó. Al principio lo hizo con dureza, pero, cuando ella se quedó inmóvil, comenzó a hacerlo más suavemente. Le colocó las manos sobre el tórax, como diciéndole que le gustaba aquel beso casi tanto como a él. Riley le tomó el rostro entre las manos y la mantuvo inmóvil mientras le introducía la lengua entre los labios. Los latidos del corazón de Regina vibraban contra su pecho.

Con mucho cuidado, Riley se apartó de ella. Regina mantuvo los ojos cerrados y los labios separados.

—Escúchame, Red. Haré todo lo que pueda para solucionar este asunto antes de que tengas que mudarte, te lo juro, pero no quiero que vivas sola.

Lentamente, ella abrió los ojos. Entonces, se alejó de él para ir a

recoger a su perro. De espaldas a Riley, comenzó a tranquilizar a Butch.

—Si estás tan cerca de mí, ya sabes lo que ocurrirá.

—Que nos acostaremos juntos...

—Cada vez que me tocas, se me olvida quién soy.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que no soy el tipo de mujer que se deja llevar por el momento, pero, cuando me besas, nada me importa.

—Va a ocurrir pase lo que pase, Red. Lo sabes perfectamente.

—Sí, lo sé —afirmó ella, tras tragar saliva. Sin embargo, no parecía muy contenta ante tales perspectivas, lo que hizo que Riley frunciera el ceño.

Un verdadero caballero le habría dicho que no se preocupara al respecto, que se controlaría y la protegería. Sin embargo, Riley no era un caballero y la deseaba demasiado como para poder prometérselo.

—Iremos muy despacio —sugirió.

Mientras tanto, Regina se acercó al balcón y miró hacia el exterior.

—Lo siento, no quiero ser... tímida. Es que no puedo ir a la ligera en el tema del sexo.

—No tienes que disculparte por ser sincera conmigo, pero los dos somos adultos y los dos estamos libres —afirmó Riley—. No quiero presionarte...

—Pues es precisamente lo que estás haciendo —afirmó ella, con una tensa risotada.

—En lo que se refiere a tu seguridad, sí. Yo tampoco voy a la ligera en lo del sexo. De hecho; nadie en su sano juicio debería hacerlo en los tiempos que corren.

—En ese caso, yo conozco a muchos hombres que no están en su sano juicio.

—No te puedo prometer que no te vaya a tocar, Red, porque lo haré...

Regina respiró profundamente. Entonces, esperó, ansiosa e

inmóvil. Al ver su respuesta, Riley dio dos pasos al frente.

—¿Merece la pena por tu seguridad? ¿Merece la pena arriesgar tu vida sólo por evitarme? ¿Merece la pena arriesgar la vida de Butch? —añadió, sabiendo que adoraba al perrito.

Riley esperó y, finalmente, ella se dio la vuelta. Tenía un aspecto triste, resignado.

—No. Traté de ignorar la amenaza. Traté de creer que todo era una coincidencia como todo el mundo me decía. Quería seguir con mi vida, continuar haciendo lo que siempre había hecho, seguir con mi trabajo... Y casi conseguí que mataran a Rosie. Ahora conozco los riesgos, Riley, pero, a pesar de todo, no puedo esconderme. Amo mi trabajo y no lo voy a dejar. Sin embargo, es precisamente cuando parece ocurrir todo lo que me pasa...

—Sobre eso se me ocurre una idea a mí también —dijo Riley. Sabía que era una idea estúpida, que seguramente lamentaría. Sin embargo, tenía que asegurarse de que Regina estaba a salvo—. Tú querías entrevistarme a mí.

Una repentina excitación iluminó los ojos de la joven. Tanto el perro como ella lo miraron fijamente, los ojos de ella con la sorpresa reflejada en la mirada y los de Butch simplemente con curiosidad.

—Bien, pues aquí tienes tu oportunidad. Estoy de vacaciones durante las próximas dos semanas. Mientras termines los trabajos que ahora tengas entre manos, yo te acompañaré. No pienso negociar ese punto si es que quieres entrevistarme a continuación.

—Eso es chantaje —señaló ella, aunque no parecía demasiado disgustada al respecto.

—O lo tomas o lo dejas.

Durante una brevísima pausa, Regina guardó silencio. De repente, una cálida sonrisa se le dibujó en la mirada.

—Lo tomo.

Riley asintió.

—Durante toda la tarde, trabajaremos en tu preparación física.

Quiero que, al menos, tengas las nociones básicas de autodefensa. Mientras sigas en el apartamento, yo trabajaré en las cosas que te han ocurrido para ver si puedo descubrir algo.

—Pero, ¿no crees que ha pasado demasiado tiempo?

—Tal vez sí y tal vez no. La policía tiene que rellenar sus informes, así que los repasaré todos para ver si encuentro algo que me llame la atención. En los primeros incidentes, se te consideró una mujer histérica. Yo los examinaré como verdaderas amenazas. Son dos perspectivas muy diferentes.

—Pero ocurrieron en Cincinnati, no en Chester.

—No te preocupes. Encontraré lo que necesito para poder empezar. Intenta no preocuparte, ¿de acuerdo? Todo va a salir bien.

—¿Y si no has encontrado nada cuando llegue la hora de mudarme?

—En ese caso, tendrás que venirte conmigo.

—¿Contigo? Pero yo creí que tú...

—¿Que tenía la intención de mudarme a tu casa? No. La mía es mucho más segura. Además, míralo de este modo. Podrás utilizar el tiempo para acondicionar la tuya.

Y mientras tanto, él la tendría a ella... en su casa, bajo su protección... y en su cama. Aquella situación le iba a las mil maravillas.

## 4

A Butch no le gustaba dormir solo.

Regina lo descubrió aquella misma noche, después de pasarse horas escuchando cómo lanzaba penosos aullidos desde la cocina. Por fin, a las dos de la mañana, cedió. Se levantó, fue a recoger al perro a la cocina y se lo llevó a su cama.

Butch examinó el perímetro de la cama, olisqueando la almohada y la ropa de cama antes de meterse entre las sábanas. Regina vio cómo el pequeño bulto recorría la cama de un lado a otro hasta que finalmente se acomodó al lado de ella, justo detrás de las rodillas. Ella no se podía mover sin provocar que el perro comenzara a gruñir. Para ser un perro tan pequeño, tenía mucha personalidad a la hora de elegir dónde dormía.

A las seis de la mañana, cuando sonó el despertador, Butch salió de debajo de las sábanas, bostezó y quiso comenzar a jugar. Cuando Regina se mantuvo inmóvil, comenzó a ladrar y le mordisqueó suavemente la nariz. Ella gruñó, lo que el animal tomó como un signo de vida y entonces empezó a saltar por todas partes como si fuera un conejo. A pesar de que estaba medio dormida, Regina sonrió.

—De acuerdo...

La verdad era que a Regina le costaba madrugar. A lo largo de los años había intentado acostumbrarse a hacerlo, porque parecía que era lo que había que hacer. Las personas buenas y decentes se marchaban a la cama a una hora sensata y se levantaban temprano para comenzar

el día. No se quedaban en la cama durante horas, haraganeando. Ella era buena y decente, pero le costaba mucho estar alerta a primera hora de la mañana. Hacían falta al menos dos horas y una cafetera para que consiguiera despabilarse.

Sin encender la luz, se dirigió al cuarto de baño. A continuación, encendió la cafetera, que siempre dejaba preparada la noche anterior, y le puso a Butch la correa para sacarle al balcón a hacer sus necesidades. Como, a pesar de estar a finales de julio, la mañana era algo húmeda, el perro terminó rápidamente.

A continuación, Regina regresó a la cocina y se tomó su primera taza de café. Butch se le sentó en el regazo, encantado de poder estar con ella... hasta que, de repente, alguien llamó a la puerta.

Regina se quedó inmóvil, pero Butch no.

En su ya típico frenesí, saltó al suelo y fue corriendo como una furia hacia la puerta. Hizo tanto ruido, que Regina comprendió que la posibilidad de ignorar a quien había llamado a una hora tan temprana era casi imposible. Se acercó a la puerta y, a través de la mirilla, vio que Riley esperaba impacientemente en el descansillo. Dios Santo, ¿qué estaba haciendo allí a una hora tan temprana?

—Abre, Red. Oigo a Butch, así que sé que ya estás levantada.

—¿Qué deseas? —preguntó ella. No estaba dispuesta a abrir.

—A ti, pero me conformaré con una conversación.

—A las seis de la mañana no, Riley. Vete hasta las ocho —replicó. Solía marcharse a trabajar a las ocho y media y sería algo precipitado, pero para las ocho podría estar preparada.

—Ni hablar, Red. Abre la puerta ahora mismo. Tengo un regalo para Butch.

—¿S? —preguntó Regina.

Volvió a mirar por la mirilla y vio que Riley tenía entre las manos un peluche de chihuahua. Se parecía mucho a Butch. Regina se tapó el rostro con las manos. Riley le había llevado un regalo a su perro. Sin saber qué hacer, lanzó un gruñido.

A su lado, Butch seguía ladrando y gruñendo.

—Si te dejas entrar, ¿me prometes que no me mirarás hasta que yo haya tenido oportunidad de desaparecer por el pasillo?

—¿Por qué? ¿Qué llevas puesto, Red? —añadió, en un tono más sensual.

Regina se miró. Iba vestida con un pijama de algodón de flores azules. El pelo, completamente despeinado, le caía por el rostro. Aún sin un espejo, sabía que tenía los ojos hinchados y somnolientos.

—Estoy esperando.

Aquello era ridículo. La mitad de sus vecinos iban a terminar por oírle si no hacía algo muy rápido. Encendió la luz del recibidor, descorrió los cerrojos y abrió la puerta.

—¿Riley?

—¿Sí?

—Puedes entrar, pero hablo muy en serio. Ni siquiera te atrevas a mirarme. Estoy hecha un asco y no me gusta que la gente me vea cuando estoy así.

—Muy bien, cielo. Tranquilízate. Te lo prometo.

—La puerta está abierta, así que dame treinta segundos para...

A sus espaldas, el estallido de un cristal rompió el tranquilo silencio de la mañana. Tras lanzar un grito, Regina salió corriendo para ver las ruinas en las que se habían convertido las puertas de su terraza. Había cristal por todas partes.

—Dios mío...

Rápidamente, tomó en brazos a Butch, que no dejaba de ladrar histéricamente. Riley entró en el salón como una exhalación, la apartó a un lado y examinó rápidamente lo ocurrido.

—Cierra inmediatamente esta puerta con llave y llama corriendo a la policía.

Tiró el peluche encima del sofá y echó a correr. Salió por la puerta y, para su sorpresa, saltó por encima del balcón.

—Riley...

Sólo estaban a poco más de dos metros del suelo, pero, a pesar de todo... Regina cerró la puerta y trató de acercarse para mirar, pero todo el suelo estaba lleno de cristales. Además, estaba descalza. El corazón le latía con tanta fuerza que casi le dolía. Con mucho cuidado, se subió al sofá, con Butch aún aferrado entre los brazos.

—Dios mío, Dios mío, maldito seas, Riley... Dios mío...

Se bajó del sofá por el lado que quedaba más cerca de la cocina y, con mucho cuidado de no pisar los cristales rotos, llamó a la policía.

Riley regresó en menos de dos minutos, aunque a ella le parecieron una eternidad. Aquella vez, volvió a entrar por el balcón. Regina no tuvo que preocuparse por su aspecto, porque casi no le dedicó ni una sola mirada.

—Necesito una linterna. Todavía está todo muy oscuro y no quiero estropear ninguna prueba.

—Fue una piedra —comentó ella, señalando una roca que había sobre el suelo, en medio de los cristales.

—Lo sé, cielo. ¿Dónde tienes una linterna?

—Creo que hay una en mi habitación, en el cajón de la mesilla de noche —acertó a decir, aunque se sentía algo desorientada.

—Quédate aquí.

Rápidamente desapareció hacia el dormitorio. Entonces, cuando ya era demasiado tarde, Regina recordó qué más tenía en el cajón de la mesilla de noche. «Oh no». El alma se le cayó a los pies y comenzó a andar por el suelo, sin preocuparle que hubiera cristales por todas partes.

En aquel momento, volvió a aparecer Riley. No pareció revelar que hubiera encontrado nada que no hubiera sido la linterna. Se acercó a ella y le entregó una bata y unas zapatillas.

—¿Te encuentras bien?

—Sí.

—La policía debería llegar enseguida. Diles que he vuelto a salir. No quiero que me confundan con el agresor y que me disparen.

—Riley, espera —dijo ella, alarmada ante aquella posibilidad. Rápidamente, lo agarró por el brazo y notó la tensión y la fuerza de sus músculos.

—No tienes por qué preocuparte, Red. Sé lo que hago. Quiero que Butch y tú esperéis en la cocina.

—No. No te vayas.

—Deberías preparar un poco más de café. Los oficiales de policía te lo agradecerán. ¿Café? Aquello tenía sentido, al menos para ella.

—Oh. Está bien.

Durante un breve momento, Riley la miró, despertando en ella una cierta calidez. Se detuvo en sus labios, en sus senos y luego sacudió la cabeza, muy apenado.

—Volveré enseguida.

Butch se rebulló para que Regina lo dejara en el suelo, pero ella no se atrevió con tantos cristales por todas partes. Rápidamente, se dirigió a la cocina para preparar el café.

Cuando alguien volvió a llamar a la puerta, no se asustó. Sin soltar a Butch, se dirigió de nuevo a la puerta. Dos oficiales de uniforme la saludaron. Inmediatamente, Butch comenzó a gruñir.

Tras tratar de hacer callar al perro sin conseguirlo, Regina invitó a los policías a pasar a su apartamento. El primero de los dos se quitó el sombrero y señaló al perro.

—¿Qué es eso?

Es mi perro, Butch.

—¿Qué es lo que le pasa?

—Que ustedes no le gustan. ¿Les apetecería un café?

—Claro —dijeron ambos—, aunque primero preferiríamos que nos contara lo que ha ocurrido aquí —añadió uno de ellos.

—Oh. Han arrojado una piedra. Riley Moore ha salido con una linterna. Tengan cuidado de no dispararlo.

—¿Riley? ¿Por qué está aquí?

—Había venido para... para visitar a Butch —dijo, al recordar el

juguete que había llevado.

—¿Cómo dice? —preguntó uno de los policías, tras intercambiar una mirada de comprensión con su compañero.

—Riley es un amigo. Acababa de llamar a la puerta cuando alguien lanzó la piedra.

En aquel momento, Riley entró por la puerta.

—Te dije que echaras la llave —gruñó.

—Lo hice, pero llegaron estos policías.

—Dermot, Lanny. Muchas gracias por venir —dijo Riley, al reconocer a los oficiales.

—¿Café? —repitió Regina.

—Sí, gracias, nena —comentó Riley. Entonces, le dio un beso en los labios, anulando así la explicación que ella les había dado a los policías—. Nosotros te esperaremos aquí —añadió.

Entonces, tomó a Butch, que había estado hasta entonces en brazos de Regina y comenzó a acariciarlo. El perro se calló como por arte de magia, aunque siguió observando a los policías con cierto recelo en la mirada.

Regina se dio la vuelta y se marchó a la cocina, aunque, desde allí, podía escuchar cómo los tres hombres hablaban en voz muy baja.

Riley esperó y dio a los dos policías la oportunidad de inspeccionar la sala. El que se llamaba Lanny iluminó con una linterna el pequeño balcón y sacudió la cabeza. Entonces, regresó sobre sus pasos y miró el cristal que se extendía por todas partes.

—Es mejor llamar a alguien para que arregle esa ventana —dijo Dermot—. Malditos vándalos.

—Sin duda alguna, es el trabajo de unos chavales —añadió Lanny—. Ya nadie los educa bien. Es mis tiempos, mi madre me habría dado un buen escobazo por algo como esto.

Para cuando los tres hombres entraron en la cocina, Regina ya tenía el café preparado.

—Siéntense, por favor.

—Gracias —comentó Lanny—. Haré un informe, pero quien ha hecho esto se ha escapado hace ya mucho tiempo —añadió, algo decepcionado.

Riley se recostó en su asiento. Estaba muy silencioso. Seguía teniendo en brazos a Butch, al que no dejaba de acariciar. Por su parte, Dermot tomó la taza entre las manos y se calentó las manos con ella. A continuación, tomó un largo tragó de café y luego preguntó:

—No le hicieron daño alguno, ¿verdad? Esa piedra no la golpeó a usted, ¿no?

—No, estoy bien...

—Lo siento mucho, señorita...

—Foxworth. Me llamo Regina Foxworth.

—Bien. Hizo lo adecuado al llamarnos, pero, desgraciadamente, no hay mucho que podamos hacer aparte de conseguir que pase un coche patrulla regularmente por esta zona para vigilar hasta que se haga de día.

«Lo mismo de siempre», pensó Regina.

—Lo comprendo...

—Pues yo no —replicó Riley, furioso—. Ninguno de los dos ha salido fuera para examinar el exterior.

¿Para qué? Sólo era una piedra —dijo Dermot.

—Sí, Riley. Ya sabes que nos llaman por este tipo de cosas constantemente —afirmó Lanny.

—Eso no es cierto y, aunque lo fuera, no hay excusa alguna para no ser meticuloso.

—Mira, Riley, sé que tú tienes más preparación que nosotros, pero... —repuso Lanny. La tensión se palpaba en el aire.

—Pero nada. Yo fui al exterior para mirar, tal y como deberíais haber hecho vosotros. Alguien estuvo al otro lado de ese balcón, mirando, durante más o menos una hora.

Al oír aquellas palabras, Regina se irguió, muy alarmada.

—No fue un grupo de chavales, sino un solo hombre. Y es un tipo

muy paciente. Personalmente creo que esperó a que ella se despertara para arrojarle esa piedra.

—Efectivamente, todo ocurrió después de que yo encendiera las luces —afirmó Regina—. Antes de eso, me había estado tomando un café a oscuras.

—Probablemente pensó que te asustaría más si tiraba esa piedra justo cuando te acabaras de levantar —dijo Riley—. No te asustó demasiado, ¿verdad, nena?

Le había hablado con cierto tono de broma, algo que Regina no terminó de comprender.

—No —susurró ella, a pesar de lo que le temblaban las manos.

Riley sonrió. Entonces, se volvió a los dos hombres y reemplazó la sonrisa con un gesto de enojo.

—Si hubierais investigado el tema, habríais sabido que la señorita Foxworth ha tenido últimamente varios incidentes de este tipo. A la luz de eso, no creo que nada, y mucho menos una piedra que se arroja contra su ventana, debiera tomarse a la ligera.

—A mí me parece que tú tienes una implicación demasiado personal en este asunto — dijo Lanny.

—Así es.

Regina estuvo a punto de atragantarse con el café. ¿Por qué no ponía un anuncio en la prensa? Así se enteraría todo el mundo.

—Sin embargo, eso es irrelevante —prosiguió él—. Lo que me fastidia es que ninguno de los dos hayáis hecho vuestro trabajo correctamente.

Regina pensó que aquel podría ser un momento bastante favorable para interceder antes de que Riley se pusiera demasiado insultante.

—Por Dios Santo, Riley, ¿has desayunado?

—Estoy segura de que un mal genio como ese sólo puede provocarlo el hambre. ¿Te apetecerían unas tortitas? ¿Y a vosotros, Lanny y Dermot? Puedo preparar unas cuantas si os apetecen.

—No vas a darles de desayunar —dijo Riley, incrédulo.

—Si tienen hambre claro que voy a hacerlo Estos oficiales sólo están intentando hacer su trabajo.

—Pues no lo están haciendo muy bien.

—Es culpa mía, dado que no les mencioné los anteriores incidentes.

—Las víctimas se asustan y se olvidan de detalles importantes. Se supone que un oficial debe saberlo y hacer las preguntas pertinentes.

—¿Estás diciendo que estoy asustada, Riley? En aquel momento, Dermot se puso de pie, interrumpiendo así la discusión de ambos.

—¿Cómo es que has sacado esas conclusiones tan brillantes, Riley? Eso es lo que yo quiero saber.

Casi moviéndose a cámara lenta, Riley se puso de pie y le entregó el perro, que estaba casi dormido, a Regina. Sin dejar de mirar a Dermot dijo:

—Yo tomaré tortitas. Estos dos se marchan... después de que les haya explicado mis conclusiones.

A Regina no le quedó más remedio que ceder. Entonces, observó cómo Riley se acercaba a Dermot.

—Hay un montón de colillas, que suponen casi una cajetilla entera, debajo de su ventana. Red no fuma...

—¿Red?

—Se refiere a mí —aclaró ella.

—Oh —comentó Dermot, tras mirar el cabello de Regina—. Ahora lo entiendo.

—Así que seguro que no son de ella —prosiguió Riley con su explicación—, pero son recientes. De hecho, una de ellas sigue encendida. ¿Sabes lo que eso significa, Dermot?

—¿Que alguien estaba allí de pie hace unos momentos? —sugirió el aludido.

—Además, hay huellas en el suelo. Son huellas de un hombre adulto. No hay piedras cerca del apartamento del tamaño de la que se encuentra en estos momentos en el salón, así que, quien la tirara,

probablemente la trajo con él. Eso significa que este acto fue premeditado, no una travesura decidida en un instante.

Los dos oficiales de policía parecieron algo asombrados y tremendamente admirados.

— ¿Se pueden sacar huellas de esa piedra?

— No — respondió Riley —. Para poder sacar huellas, las superficies tienen que ser lisas, así que no hay razón para comprobarlo siquiera.

— Entonces, ¿qué tenemos?

— Especulaciones. Cuando me puse de pie, a unos siete metros del balcón, pude ver perfectamente el salón. Creo que estaba observando y que vio que se encendía la luz.

— Yo saqué el perro al balcón antes de eso.

— ¿Con la luz encendida?

— No.

— Menos mal. Necesitas un foco ahí fuera, Red. Además, no deberías abrir nunca la puerta en la oscuridad.

— Muy bien — replicó Lanny, colocándose las manos sobre las caderas —, tú eres un investigador muy experimentado y nosotros no.

— Aprended entonces — le espetó él. Aquello cayó como una losa sobre los dos oficiales. El silencio se adueñó de la cocina e hizo que Regina se pusiera más nerviosa que nunca.

— Creo que voy a hacer esas tortitas ahora mismo — dijo.

— Haz muchas — le pidió Riley —. Yo estoy muerto de hambre.

A continuación, sin volverse para mirar a Regina, acompañó a los dos oficiales a la puerta, donde les dio toda la información que necesitaban para rellenar su informe. Regina sólo distinguía el rumor de sus voces.

Estaba completamente despierta. Comenzó a batir la mezcla de las tortitas con furia. Pensó en todo lo que tendría que hacer para dejar el salón como había estado antes del incidente. Probablemente tendría que llamar al trabajo para decirles que iba a llegar tarde.

Butch estaba sentado a sus pies, mirándola. Estaba esperando que

su dueña se volviera a sentar para acomodarse de nuevo en su regazo.

—Creo que hoy no me voy a sentar mucho, Butch.

Riley regresó justo cuando ella ponía la sartén sobre el fuego. Se acercó rápidamente a ella y la tomó entre sus brazos. Sin advertencia previa, la besó tan impulsivamente que la sorprendió.

Sus enormes manos, cálidas y callosas, la agarraran con fuerza. Tenía la cabeza inclinada para que la boca encajara perfectamente con la de ella. Sus labios se apretaban contra los de Regina, separándose, para permitir el acceso de la lengua, húmeda e insistente.

A pesar de su sorpresa, ella se animó rápidamente. Dejó que él le rodeara la cintura con un brazo y que le revolviera el cabello con la otra mano, y hacerle así que inclinara la cabeza con más fuerza. Se frotó contra ella, gruñendo de placer, hasta que levantó ligeramente la cabeza para darle a Regina un respiro.

—Dios, estás tan guapa...

—¿Cómo? —susurró ella. Sin esfuerzo alguno, la excitaba hasta el punto de quitarle el sentido.

Comenzó a besarle suavemente la garganta, a lo largo del hombro, donde la bata se había abierto ligeramente para dejar al descubierto la sedosa piel que había bajo el pijama.

El pijama.

—¡Riley!

—Eres tan hermosa —susurró él, sin dejar de acariciarle las mejillas.

¿Hermosa? Aquel comentario era absurdo. Tenía el cabello enmarañado, los ojos somnolientos y —no tenía ni un gramo de maquillaje sobre la piel. Además, el pijama no era en absoluto bonito.

Yo... tengo que ir a vestirme.

—No. Me gusta como estás en estos momentos.

Antes de que ella pudiera protestar, volvió a besarla. Aquella vez lo hizo más apasionadamente. Regina era consciente de sus

movimientos, de sus caricias, del cálido aliento de su boca, de su sabor...

Riley retiró la lengua y le lamió con ella los labios antes de volver a hundírsela en la boca. Sabía que le estaba acariciando toda el cuerpo con sus enormes manos. De repente, la bata cayó a sus pies. Resultaba muy difícil pensar con las caricias que Riley le estaba proporcionando. Aquella mañana tenía un olor delicioso, una mezcla de jabón y del aroma propio de él. Era tan cálido... El suave algodón de la camiseta que llevaba puesta se plegaba sobre unos músculos de acero. Poco a poco, los dedos encontraron camino para introducirse bajo el pijama y dibujar así la suave curva de la cintura de Regina. Fue subiendo lentamente hasta que llegó por debajo de los senos y debajo de los pezones. Sin necesidad de tocárselos, hizo que estos vibraran y experimentaran una sensibilidad casi extrema. Regina contuvo el aliento. Deseaba más, lo deseaba todo...

Inmediatamente, sintió el contacto de los dedos de Riley sobre los pezones. El roce fue tan eléctrico, tan deseado, que ella vibró bajo sus manos, gimiendo de gozo. No quería que dejara de tocarla así nunca. De hecho, deseaba mucho más y trató de indicárselo apretándose más contra la solidez de su cuerpo. Aunque Riley no la había tocado por debajo de la cintura, todo su cuerpo estaba experimentando una excitación de placer extrema.

De repente, él apartó las manos y le hizo apoyar la cabeza sobre su hombro. Comenzó a acunarla un poco y a frotarle la espalda de un modo tranquilizador.

—¿Riley? —preguntó Regina. No comprendía el porqué de aquella reacción.

—Tengo que parar, Red. Cuando accedas a acostarte conmigo, quiero que tengas la cabeza completamente despejada para que no quede lugar para las lamentaciones.

Regina no lograba comprender aquello. Apretó la nariz contra la garganta de él y aspiró su esencia masculina, llenándose así de ella.

Quería saborearle la piel, pero sabía que no debía hacerlo.

—Mientras tú preparas las tortitas, yo recogeré los cristales del salón y llamaré a alguien para que venga a reemplazarlo —anunció él, rozándole ligeramente la oreja con la lengua. La excitación que Regina sintió hizo que casi se deshiciera—. Después, podrás hacer tus maletas.

—¿Hacer las maletas?

—Sí —respondió él. Le deslizó la mano muy lentamente por la espalda, hasta llegar a la base. Entonces, la apretó ligeramente contra su cuerpo, para que Regina pudiera sentir su erección.

—¿Qué quieres decir con eso? —replicó ella, apartándose de su lado bruscamente.

—Ya no puedes seguir viviendo aquí. Red, ese hombre se está haciendo muy osado. Si eso no sirve para alarmarte a ti, mira a Butch. Regina miró al perro. Tenía sus pequeñas patitas cruzadas sobre el enorme pie de Riley, con la cabeza apoyada sobre ellas. Sus enormes ojos castaños la miraban a ella con adoración. Estaba tan asustado, que ni siquiera había protestado ante la intimidad que habían compartido.

—¿De verdad quieres volver a sacarlo a ese balcón para que haga sus cosas sabiendo que alguien podría estar acechando allí, que podrían secuestrarlo o, peor aún, utilizarlo para hacerte sufrir?

—No —admitió ella, antes de tomar rápidamente al perrito en brazos.

—Míralo. Sigue temblando.

—Siempre está temblando y tú lo sabes — replicó Regina. Le daba la sensación de que Riley sólo había mencionado al perro para obligarla a admitir que él tenía razón.

—Yo tengo mucho sitio en mi casa. Estarás más segura conmigo.

Regina lo estuvo pensando durante unos instantes. El sol ya estaba saliendo y hacía brillar los trozos de cristal que había por todas partes de la que había creído una casa segura. Comprendió que no le quedaba ninguna otra opción. Si se marchaba con Riley, no sería sólo

un acuerdo para compartir una casa y lo sabía. Sería el inicio de una relación entre ambos.

—De acuerdo —dijo.

Riley los abrazó a ambos con fuerza. Butch le mordió la nariz, pero no le importó. Después de haber conseguido lo que quería, comenzó a sonreír como un chiquillo.

—Te aseguro que estás guapísima con ese pijama y con el cabello suelto y alborotado Muy sexy...

De repente, el calor se adueñó de ella. Se dio la vuelta y dejó al perro en el suelo.

—Ni siquiera me había dado cuenta...

—Como te dije antes, estabas muy asustada.

—No puedo creer que haya estado así delante de esos dos hombres.

—Yo creo que pensaron que estabas muy guapa. Me pregunto si pensaron que nos habíamos acostado.

—Tú te esforzaste mucho por darles esa impresión —replicó ella, dedicándole una afilada mirada.

—No tuve elección. Por como te estaban mirando los dos, tuve que dejar claro que no podían hacerse idea alguna sobre cortejarte a ti —dijo él. Rápidamente, le besó la oreja y le apretó un poco la cintura.

Sintiéndose como una estúpida, Regina se alisó el cabello y se ató de nuevo el cinturón de la bata.

—Supongo que debería llamar a mi trabajo, dado que parece que voy a llegar tarde.

—Adelante. Mientras lo haces, creo que iré a dejar esa linterna de nuevo en tu mesilla de noche.

Regina se dio la vuelta con tanta rapidez que estuvo a punto de caerse. Entonces, agarró a Riley por la parte posterior de la camisa.

—No.

—¿No?

—Eso es. Yo misma lo haré —anunció. Entonces, le arrebató con

fuerza la linterna—. Encárgate tú de lo del cristal.

—Está bien, pero pensé que ibas a utilizar tú el teléfono para llamar a tu trabajo —replicó él con fingida confusión.

—Has estado husmeando en mi cajón, ¿verdad?

—¿Husmeando? ¿Y por qué iba a hacerlo, Red? ¿Qué escondes ahí?

—No tenías ningún derecho —dijo ella, irritada.

Con eso, se dirigió directamente a su dormitorio. Pisoteó el cristal que había sobre el suelo, pero casi no se dio cuenta. Riley iba pisándole los talones.

—¿El Kama Sutra, Red? Está un poco pasado de moda, ¿no te parece? Pero ese otro libro... ¿Cómo se llamaba? Ah, sí. Disfrutar al máximo en la cama. Ese es mucho más moderno, ¿no?

Regina se detuvo en seco al lado de la cama y le señaló la puerta con el dedo.

—Fuera.

—Y hay también por lo menos una docena de preservativos. Mujer, ¿pero qué estás planeando? —preguntó mientras se acercaba a ella hasta que la acorraló contra la cama—. Más importante, ¿lo estabas planeando conmigo?

Con repentina claridad, Regina comprendió que no había visto la foto. Como cualquier otro hombre, sólo se había fijado en un libro y en unos preservativos.

—No.

—¿No qué? ¿Que no lo estabas planeando conmigo?

—No.

—Ya me pareció que no. Además, esos preservativos son de talla pequeña. No me valdrían. Regina sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Entonces, se lamió los resecos labios.

—¿No?

—No. Pero tampoco creo que sea un hombre fuera de lo corriente, Regina.

—Te aseguro que no hay nada corriente en ti.

—Tal vez deberías esperar hasta que hiciéramos el amor para emitir ese juicio...

La oleada de deseo que Regina experimentó estuvo a punto de hacerle caer de rodillas. Estaban en su dormitorio, al lado de la cama deshecha. El corazón le dio un vuelco.

Riley se acercó un poco más, con una seductora sonrisa en los labios.

—Te pones tan bonita cuando te sonrojas, Red. Venga, dime. ¿Qué es lo que habías estado planeando y con quién?

—Los libros son sólo... curiosidad.

—¿Curiosidad sobre el sexo?

—Sobre... la variedad. Compré los preservativos y los libros hace meses, cuando estuve prometida —explicó.

—¿Prometida? —preguntó él, con expresión furiosa en el rostro.

—Sí.

—¿Estabas enamorada de alguien? —quiso saber Riley. Su voz sonaba casi como una acusación.

—No —respondió ella. Había decidido explicar la verdad—. Yo no estaba enamorada de él, pero pensé que podría amarlo. Me encantaba la idea de casarme y de poder comenzar una familia... El compromiso concluyó casi tan rápidamente como había comenzado —añadió, al verlo tan tenso—. Me di cuenta de que había sido una estupidez y él me dejó muy claro que nunca me había querido y que nunca me querría. Creo que utilizó el compromiso como un engaño, como una manera de...

—¿De meterte en su cama?

Regina se encogió de hombros. Sonaba tan estúpido y ella había sido tan inocente...

—No he abierto los preservativos, pero tampoco he tenido el valor de tirarlos. No quería que nadie los viera en la basura.

Lentamente, Riley se relajó. Dejó de fruncir el ceño y su gesto de

enojo se vio reemplazado por una tierna expresión, algo incongruente con el hombre tan duro que podía ser.

—No sería decente, ¿verdad?

—Es algo íntimo. Eso es todo.

Comenzó a acercarse un poco más a ella, pero Butch comenzó a aullar desde la cocina. Riley miró hacia atrás y luego la miró a ella.

—Voy por él —susurró, antes de darle un dulce beso—. Es mejor que te vistas antes de que me olvide de mi dudoso código de honor y del hecho de que tenemos muchas cosas que hacer en las próximas dos horas.

En el momento en el que desapareció por la puerta, Regina abrió el cajón y sacó la fotografía enmarcada. A continuación, buscó un lugar en el que esconderla. Acababa de levantar el colchón para meterla debajo cuando Riley entró de nuevo en el dormitorio con Butch entre los brazos. Al verla, se detuvo en seco y frunció el ceño. Sin poder evitarlo, Regina ocultó la fotografía a sus espaldas.

—Está bien, Red. ¿Qué estás tramando ahora?

Riley observó a Regina mientras ella trataba de esconder la fotografía.

—No es nada —respondió ella, con la inocencia reflejada en la mirada.

—Está bien.

Se acercó a ella, pero, al ver cómo Regina rodeaba rápidamente la cama para irse al otro lado, sus sospechas crecieron. Dejó al perro encima del colchón. Este, rápidamente, se dirigió a Regina y se puso a dos patas para suplicarle que lo tomara en brazos.

—Si haces el favor de marcharte, voy a vestirme.

—Tengo mucha curiosidad, Regina, por saber qué es lo que me ocultas cuando ya he visto los sucios libros y los preservativos que guardabas en el cajón.

—No son libros sucios... Son educativos.

—Sí, claro.

—Además, eso no es asunto tuyo.

—Alguien está tratando de hacerte daño. Todo es asunto mío.

—Esto es... personal —susurró ella, sonrojándose—. No le importa a nadie.

—No confías en mí.

—Claro que sí.

—Entonces, déjame ver.

—Riley...

Regina observó cómo él rodeaba la cama. Dio un paso atrás mientras acariciaba a Butch con gesto ausente.

Sin poder evitarlo, Riley pensó que era una mujer muy afectuosa. No hacía falta mucho para conseguir que se sonrojara. Cuanto más estaba con ella, más la deseaba y más ansiaba conocer sus secretos. Le había ocultado ciertas partes de su vida, como su compromiso, sus inseguridades... pero ya no ocurriría más.

Se detuvo delante de ella y extendió la mano.

—Esto es una tontería...

Riley se limitó a esperar. Por fin sin elegancia alguna, ella le colocó la fotografía encima de la mano con brusquedad. Lleno de curiosidad, él le dio la vuelta y se encontró con la carismática sonrisa del senador Welling. Supuso que debía ser la fotografía que ella había tomado en el parque, dado que se veía una fuente y unos árboles a sus espaldas. Al pie, Regina había escrito *Senador Xavier Welling* junto con la fecha.

El senador tendría unos cincuenta años. Era alto, con cabello gris, porte aristocrático y una buena forma física. Ver su rostro puso furioso a Riley.

—¿Tienes una foto del senador en tu mesilla de noche y al lado del maldito *Kama Sutra*?

—No me levantes la voz.

—¿Qué diablos significa esto? —preguntó Riley, controlando su ira a duras penas.

—¿Que qué significa qué?

—No te hagas la despistada, Red. Tienes esta fotografía en el cajón de tu mesilla de noche, al lado de tu cama, con un par de libros sobre sexo y un montón de preservativos. ¿Es que te gusta ese tipo?

—Claro que no —respondió ella—. Es un hombre maravilloso y muy respetable, con una esposa a la que adora y una familia a la que quiere mucho.

—No me hagas vomitar. Antes de todo eso, es un político.

—Sí, claro que es un político. Y un maravilloso senador. Ha

luchado mucho para conseguir la salud y el bienestar de los niños. Apoya el cumplimiento de las leyes locales y ha ganado numerosos primeros y honores por su liderazgo...

—Jesús, estás loquita por él...

—Eso no es cierto —le espetó ella—. El senador Welling es una inspiración. Lo admiro, igual que admiro a su familia, sus aspiraciones y sus creencias. Admiro todo lo que él representa.

—¿Y qué es lo que representa, Regina? — rugió.

—La familia. La comunidad. Todo lo que es bueno. Cuando lo ves haciendo campaña con su esposa y sus hijos, sabes que todo es como debería ser. Todos se muestran sonrientes, felices, seguros de sí mismos... Los veo a todos juntos y sé que puede ocurrir porque lo tengo delante de los ojos, vivo y real...

De repente, Riley se sintió como un completo estúpido y la estrechó entre sus brazos. Butch se rebulló hasta que consiguió estar entre los rostros de ambos, como si quisiera asegurarse de que no se besaban. Sin embargo, a Riley no le importó. Se sentía contento sólo con abrazarla. Al menos por el momento.

—Lo siento...

—¿El qué?

—Haber husmeado y no haber comprendido.

—No importa. No es ningún secreto que admiro mucho al senador y lo que él representa.

—Algunas veces, las apariencias pueden resultar engañosas, ¿sabes?

—Ser político no le convierte automáticamente en un hipócrita, Riley.

—No, pero el mundo está lleno de mentirosos que resultan tener menos escrúpulos de los que uno hubiera imaginado.

—¿Es que has conocido a personas así? — quiso saber Regina, dando un paso atrás para mirarlo pensativamente.

—Soy policía, Red. He visto lo peor de los seres humanos.

—Efectivamente —dijo ella, mientras le acariciaba suavemente el torso con la mano—, tú tratas con lo peor de la sociedad, pero él es parte de los buenos, Riley.

Él quería sacarla de su ingenuidad. Sabía de primera mano lo difícil que era ser crítico con las personas a las que uno aprecia. La confianza ciega nunca ha sido nada bueno, pero, dado que era eso precisamente lo que esperaba conseguir de Regina, decidió guardar silencio.

—¿Te puedo hacer una pregunta, cielo? —le dijo, antes de colocarle un rizo detrás de la oreja.

Ella se echó a reír.

—¿De qué te ríes?

—Eres tan divertido, Riley. Ordenas unas veces y otras pides.

—Me alegro de que te divierta. Entonces, ¿no te importa?

—Claro que no. A estas alturas, ya no tengo ningún secreto.

Riley la soltó para que ella pudiera sentarse en la cama. Butch se le sentó sobre el regazo, luego terminó por acomodarse debajo de la bata, justo contra su vientre.

—¿Quién pagó la factura cuando tus padres enfermaron? —le preguntó Riley, tras sentarse a su lado.

—Bueno —respondió ella, con aspecto algo confuso por aquella pregunta—, yo hice lo que pude, pero no tenía mucho dinero y no era suficiente. Por eso, me pasé días tratando de encontrar el modo de proporcionarles la ayuda que necesitaban y no me resultó fácil. Esa es una de las cosas buenas del senador Welling. Sus programas para la salud les habrían venido muy bien a mis padres.

—¿Y tu hermano? ¿No te ayudó?

—Ya te expliqué que él es exactamente igual que ellos. Tuve que prestarle dinero para que se comprara un traje y tuviera algo decente que llevar puesto a los entierros.

—¿Se lo prestaste o se lo diste? —insistió él. Regina se encogió de hombros, lo que fue toda la respuesta que Riley necesitaba—. ¿Y tu

prometido? ¿Qué hizo él?

—Un momento, Riley. ¿Quién es aquí el reportero? ¿Tú o yo?

—Sólo me estaba preguntando si podría ser él quien te estuviera molestando —dijo con sinceridad.

—Oh... No, él no me ayudó con lo de mis padres. Nuestro compromiso se produjo después de sus muertes. Y no, no es él.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Confía en mí —dijo Regina, poniéndose de pie después de tomar a Butch de nuevo en brazos—. No tiene razón para estar enfadado conmigo.

Riley le quitó al perrito de los brazos. Rápidamente, este encontró el modo de meterse por debajo de la camisa y alojarse debajo de la tela. Allí, el pequeño Butch se quedó inmediatamente dormido. Riley sacudió la cabeza y colocó una mano encima del perro.

—Los hombres ven las cosas de un modo muy diferente a las mujeres, Regina. Tal vez tú no te tomaste la ruptura del mismo modo que él.

—No lo creo, pero, además, eso no tiene nada que ver con este asunto.

—¿Quién rompió, tú o él?

—Yo, pero a él no le importó.

—¿Cómo pudo no importarle? Eso no tiene ningún sentido. Si te pidió que te casaras con él...

—No me deseaba —replicó ella—. ¿Estás contento? Dijo que yo era una puritana y que resultaba poco atractiva. Quería que cambiara y yo no puedo hacerlo. Me dijo que ningún hombre me desearía, y mucho menos en la cama, así que le dejé. Fin de la historia.

Completamente atónito, Riley observó cómo ella salía del dormitorio como una exhalación. Durante algunos minutos, se quedó sentado en la cama, tratando de tranquilizar a Butch, que se había puesto algo nervioso al escuchar la alterada voz de Regina. Había subido por el torso de Riley hasta conseguir sacar la cabeza por la

abertura de la camisa, justo debajo de la barbilla de Riley.

—Su prometido parece un completo idiota, ¿no te parece, Butch?

El perro comenzó a gimotear.

—Me preguntó si esa es la razón de que comprara esos libros. ¿Se había dado cuenta de que las cosas no iban bien entre ellos? En realidad, no es que me importe escuchar lo que ocurrió, porque, si ella no lo hubiera dejado, podría haberse casado con él.

Butch gimoteó un poco más fuerte.

—Estoy de acuerdo, compañero —prosiguió Riley, como si de verdad estuviera hablando con el perro. Entonces, se quitó la camisa para poder sacar al animal—. ¿Crees que sigue enamorada de él?

Butch no respondió. Cuando Riley entró en la cocina, Regina estaba hablando con su editor por teléfono, explicándole lo que le había ocurrido. Ni siquiera miró a Riley. Cuando colgó, se marchó inmediatamente al salón sin siquiera mirarlo.

—No voy a ir a trabajar hoy en todo el día. La mayoría del trabajo que tengo que hacer para el artículo en el que estoy trabajando ahora se puede hacer por teléfono y redactarlo en mi ordenador. ¿Te importa si me llevo mi ordenador? —le dijo.

—Puedes llevarte lo que quieras —respondió Riley, con cautela.

—Gracias —replicó ella. Entonces, sacó un directorio telefónico del armario y regresó a la cocina.

—¿Qué estás haciendo?

—Buscando un número para que me vengan a cambiar el cristal. Quiero arreglarlo cuanto antes.

—Yo me ocuparé de eso.

—Eso lo dijiste hace media hora.

—Ahora lo digo en serio —afirmó él, tras quitarle la guía de las manos—. Ve a darte una ducha y recoger todo lo que te quieras llevar. Yo me ocuparé de lo del cristal, te llevaré a mi casa y luego regresaré aquí para recoger tu ordenador y todo lo que necesites. ¿Te parece bien?

—No soy una inútil.

—Ni yo creo que lo seas —comentó con una sonrisa que ella no le devolvió—. Venga ya, Red. Pareces estar muy estresada y cansada. Yo sólo quiero ocuparme un poco de ti, ¿de acuerdo?

—Terminaré mi trabajo en el artículo en el que estoy trabajando hoy mismo.

Aquel repentino cambio de tema de conversación lo asombró un poco.

—Muy bien.

—Eso significa que mañana, o incluso esta misma noche, puedo comenzar tu entrevista. —Muy bien —repitió él, aunque la sonrisa se le heló un poco en los labios.

—Tengo tantas preguntas que podría llevarme... unos cuantos días.

—Me parece bien.

—Sí, ya lo sé. ¿Te importa ocuparte de Butch mientras yo me doy una ducha y me visto? Gracias.

Riley y Butch observaron cómo ella volvía a marcharse. Él comprendió que quería vengarse por el interrogatorio al que ella le había sometido y se preguntó cuántas respuestas podría darle sin decirle datos que no quería revelar. Le resultaría difícil, pero podría conseguirlo.

Si le fallaba todo, podría distraerla con un beso... y algo más. Después de todo, ya le había advertido lo que podía esperar de él y, a pesar de todo, ella había accedido.

Aquello le hizo volver a sonreír. Se dio cuenta de que, al final, conseguiría lo que más deseaba: Regina. Eso hacía que todo lo demás mereciera la pena.

—Bueno, esto responde a una pregunta, ¿no? —afirmó ella.

Riley había aparcado su furgoneta detrás del Escort de Regina en su plaza de garaje asignada en un edificio de apartamentos de alquiler. Entonces, se reunió con ella.

Al contrario de las mujeres que conocía, Regina no se había entretenido demasiado en la ducha. Butch, que no quería esperar en la cocina mientras Riley se ocupaba del cristal, se había puesto a aullar sin parar hasta que Regina había sacado la cabeza por la puerta del cuarto de baño y le había pedido a Riley que se lo diera.

Al cabo de pocos minutos, Regina había salido vestida con unos pantalones blancos, una camiseta sin mangas y unas sandalias. Como siempre, se había recogido el cabello con una trenza y llevaba muy poco maquillaje, lo que le daba un aspecto distinguido y sexy.

Llevaba una enorme bolsa con archivos y notas sobre la historia en la que estaba trabajando. Riley no se había dado cuenta de que acumulaba tanta información para escribir un artículo.

Habían decidido ir cada uno en su coche para que Regina pudiera disponer de su vehículo. No era que Riley quisiera que ella fuera conduciendo sola por ahí hasta que no se resolviera aquel asunto, pero tampoco deseaba que se sintiera atrapada o que dependiera excesivamente de él.

—¿Estás desilusionada? —le preguntó, mientras sacaba a Butch del coche y se lo entregaba.

—¿De que no tengas tu propia casa? No, claro que no. Sin embargo, ¿por qué no es así?

—Así es más fácil. Tiene menos mantenimiento —afirmó, mientras lo acompañaba hacia la entrada—. Vamos, te lo enseñaré todo y luego bajaré a por tus cosas.

Se había llevado unas cuantas mudas de ropa, su ropa de cama, dado que había afirmado que no podía dormir sin su almohada, las cosas de Butch y el material para el artículo en el que estaba trabajando. En su apartamento, había dejado más cosas preparadas, entre las que se encontraba su ordenador, que Riley recogería cuando regresara para ocuparse del cristal del balcón.

Dado que su apartamento estaba en el primer piso, todo resultaría mucho más conveniente para Butch. Sólo esperaba que al pequeño

perro le gustara el golden retriever de los vecinos de al lado.

Al llegar a la puerta del apartamento, la abrió para que Regina pudiera pasar.

—Oh, Riley, esto es muy bonito.

Observó cómo Regina miraba a su alrededor. Afortunadamente, era un hombre ordenado. Ella tocó suavemente la tapicería de piel marrón del sofá y deslizó los dedos sobre la mesa de mármol.

—¿Te ocupaste tú solo de la decoración?

—Sí.

—Sólo hay un baño, pero nos alternaremos. En cuanto a Butch, le prepararé una correa para que pueda correr un poco por el exterior. Ah, y si necesitas que te compre algo de comida, dímelo. Yo suelo tomar mucha comida preparada —dijo—. Y tú, compañero —añadió al ver lo excitado que observaba Butch todo el mobiliario—, prohibido hacer pis en los muebles, ¿de acuerdo? Ah, casi se me había olvidado, con todas las emociones de hoy.

Se sacó del bolsillo el peluche de chihuahua y lo lanzó para que el perro fuera a recogerlo. Butch se mostró muy excitado, aunque se detuvo en seco antes de salir corriendo detrás de él. Después dio un salto de conejo antes de atacar por fin al peluche. Regina comenzó a reír al ver las travesuras de su mascota.

El perrito no dejaba de correr como un loco de un lado para otro.

—Todavía no conoce tu casa. ¿Cómo puede estar seguro de que no se va a chocar con nada?

—Los machos tienen muy buenos reflejos —respondió él, tras pasarle un brazo alrededor de los hombros.

—¿Y las mujeres no? —preguntó ella, frunciendo el ceño.

—Algunas sí

De repente, alguien llamó a la puerta. Regina se sorprendió mucho, pero Riley la tranquilizó inmediatamente. Abrió la puerta y vio que se trataba de Ethan, Rosie, Harris y Buck.

Harris era un bombero compañero de Ethan. Parecía estar muy

cansado y, aunque seguramente se había duchado, llevaba el olor a humo pegado a la piel.

—Eh, Harris, deberías estar en la cama — bromeó Riley.

—De hecho, acabo de levantarme —respondió Harris, tras lanzar un bostezo. Su sonrisa satisfecha decía que acababa de despedirse de una mujer.

—Tal vez deberías haber probado a dormir un rato...

—Esto también lo hice... después —confesó—. Sin embargo, anoche fue un tormento, así que estoy agotado.

—Sí. Hubo una colisión múltiple en la autopista. Se incendiaron tres coches. Gracias a Dios, nadie murió, pero estuvimos trabajando toda la noche.

Buck rodeó a Harris con un brazo y estuvo a punto de tirarlo al suelo. Al ser el dueño de un almacén de madera, estaba acostumbrado al esfuerzo físico y se encontraba en una espléndida forma. Como Harris, era soltero y disfrutaba de su libertad.

A Harris no le importa trabajar por la noche porque las damas caen en sus brazos al día siguiente —bromeó.

—¿Es que estás celoso? —preguntó Harris.

—No. Yo también acabo de levantarme — replicó con una enorme sonrisa y un fingido bostezo.

Riley se echó a reír y los invitó a pasar. Rosie estaba a punto de saludar cuando Butch dobló corriendo la esquina e hizo de los recién llegados el blanco de su furia.

—¿Qué diablos es eso? —preguntó Ethan.

—¡Oh! ¡Es tan mono! —exclamó Rosie.

—¿Mono? —repitió Harris mientras se escondía detrás de Buck fingiendo estar asustado—. ¿Qué es?

—Sea lo que sea, parece un demonio — añadió Buck.

Riley vio que Regina estaba frunciendo el ceño y se echó a reír.

—Creo que es mejor que te acostumbres a escuchar eso, Red —dijo—. Parece ser el modo en el que la gente reacciona ante tu perro.

—¿Perro? —preguntaron Buck y Harris al unísono—. ¿Estás de broma?

Riley levantó a Butch, al que parecía disgustarle mucho que Ethan estuviera abrazando a su esposa. La mayor parte de su ira iba dirigida a él.

—¿Qué he hecho yo? —preguntó Ethan.

—¿Qué es lo que no has hecho? —bromeó Rosie.

—Eh, Butch —le dijo Riley al perro—. Ahora puedes relajarte un poco. Son amigos.

Sin embargo, Butch no parecía estar nada convencido. Rosie se atrevió a acariciarlo, pero el perro se le subió a Riley prácticamente al hombro en su intento por escapar. Cuando tenía a todo el mundo acorralado, era tan valiente como un pastor alemán, pero si alguien trataba de tocarlo metía la cola entre las piernas.

Regina tomó en brazos a su perro.

—Todavía se está acostumbrando a Riley y a mí —explicó—. Es... tímido.

—¿Sí? —preguntó Buck—. ¿Es así como se llama?

—Yo diría más bien que es rabioso —comentó Ethan.

—Es asqueroso —dijo Harris, haciendo una mueca.

—Yo creo que es adorable.

—Sí, Rosie, pero tú también crees que Ethan es adorable, así, que, evidentemente, tienes muy mal gusto —bromeó Harris.

—Ahora que estáis aquí, puedo explicaros una cosa...—comenzó Riley, con la intención de que todos se olvidaran del perro.

—¿Explicar qué? —quiso saber Regina. Se había quedado completamente inmóvil.

—Lo que está pasando, por supuesto. Ellos son mis amigos, Red. Quiero que Harris y Buck me ayuden a recoger algunas de tus cosas.

—¿Se va a mudar contigo? —preguntó Ethan, tras lanzarle una mirada significativa a Rosie.

—Temporalmente —se apresuró Regina a explicar.

—Se va a mudar conmigo —aclaró Riley.

—Es genial —comentó Rosie, con una sonrisa—, pero, ¿y tu casa?

—En cuanto sea mía, yo...

—En cuanto sea seguro, se mudará allí — afirmó Riley—. Rosie, ¿por qué no ayudas a Red a hacer la cama de la habitación de invitados? Mientras tanto, yo haré que esos haraganes me ayuden a mí a descargar sus cosas.

—¿Y por qué no puede ayudarla Harris a hacer la cama? Yo prefiero enterarme de lo que está pasando —dijo Rosie.

—Oh, sí, yo la ayudaré —comentó Harris, muy interesado.

—Necesito hablar contigo —le espetó Riley, tras agarrarlo del cuello de la camisa—. Regina te contará lo que está pasando —añadió, refiriéndose a Rosie.

—Sí, bueno, pero creo que escucharé una historia completamente diferente de la vuestra.

Los hombres siempre tienen una versión diferente.

—Mira —dijo Regina. Parecía verdaderamente molesta—. Yo puedo hacer la cama sola y, además, no creo que haya tantas cosas que subir.

Ethan agarró a su esposa y la besó. No fue un beso rápido ni tímido.

—Riley está sufriendo —susurró, contra los labios de Rosie—. Sé amable por una vez, ¿quieres?

—Soy muy amable todas las noches —replicó ella con ojos soñadores.

—Eso es cierto —afirmó Ethan.

—Dios Santo —protestó Harris, tras hacer un gesto de desesperación con los ojos—, ¿cuándo va a terminar la luna de miel?

Con un rápido movimiento, Rosie empujó a Harris, que fue a caer encima de Buck. Entonces, se dio la vuelta y agarró a Regina por el brazo.

—Venga. Vamos a hacer esa cama.

Las dos mujeres se dispusieron a marcharse. Butch les dedicó a los hombres un ladrido de despedida.

—Muy bien —dijo Ethan cuando los cuatro amigos se quedaron solos—, ¿qué es lo que está pasando?

—Vamos fuera. No quiero que Regina me oiga.

—¿Por qué siempre que un hombre empieza a sentir algo por una mujer complica las cosas? —protestó Harris.

—Se convierte en un culebrón, ¿verdad? — afirmó Buck.

Ethan y Riley los hicieron salir por la puerta. Cuando llegaron al coche de Regina, Riley dijo:

—Alguien está tratando de hacerle daño o de asustarla. No estoy seguro de qué se trata ni sé por qué.

—¿De verdad? —preguntó Harris.

—¿Y está ella bien? —quiso saber Buck.

—Sí. Lo está llevando bien. Regina es más dura de lo que parece.

Harris lanzó un bufido. Cuando Riley lo miró con frialdad, él levantó las manos a modo de rendición.

—¡Eh! Que no estaba tratando de criticarle, pero es que me resulta difícil imaginarme que esa mujer tenga algo de dura.

—Tiene aspecto de ser una mujer muy dulce —comentó Buck con una sonrisa.

Ethan hizo un gesto de desesperación con los ojos.

—Dejad de incordiarle los dos —dijo—. Ya tiene suficiente en lo que pensar.

Todas las bromas se desvanecieron cuando Riley dijo:

—Alguien tiró una piedra contra el ventanal de su balcón esta mañana. Y eso no es todo. Tan rápido como le fue posible, explicó a sus amigos todo lo que le había pasado a Regina.

—Podría ser una coincidencia —señaló Ethan—, pero, por la expresión que tienes en el rostro, me da la sensación de que tú no piensas así.

—No.

—¿Tienes alguna idea? —inquirió Harris.

—Voy a hacer algunas averiguaciones sobre su antiguo prometido. La historia terminó hace unos cuantos meses.

—¿Estás diciendo que Regina estuvo prometida? —preguntó Ethan, sorprendido por aquella revelación.

—Sí, y hay un idiota que la estuvo molestando en su antiguo trabajo. Conseguiré que me diga los nombres esta noche.

Riley también tenía intención de hablar con el senador Welling. Si había visto algo el día que ocurrió el primer incidente, Riley quería saberlo. El senador tenía una aparición programada para una ceremonia en la sociedad histórica. Estaba seguro de que no le resultaría difícil hablar con él en aquel momento.

—¿Y mientras tanto? —quiso saber Ethan.

—No quiero que se quede sola.

Aquella era la principal razón de que les hubiera pedido ayuda a sus amigos. No podía vigilarla constantemente, así que esperaba que ellos lo ayudaran.

—Por el momento —añadió—, me imaginé que Rosie se podría quedar aquí con ella mientras nosotros vamos a recoger sus cosas. Además, no quiero que entre nadie a reparar ese cristal sin tener una supervisión constante. Van a llegar dentro de una hora.

—Si hay peligro, no quiero que Rosie se implique en esto.

—¿Crees que yo pondría a Rosie en peligro? —replicó Riley.

—No lo creo.

—Entonces, relájate. Aquí están a salvo, especialmente dado que nadie conoce que Red se va a alojar conmigo.

—Ella ha dicho que es algo temporal —comentó Ethan sin dejar de mirar atentamente a su amigo.

Riley contuvo el aliento.

—Por ahora —replicó. Entonces, se dispuso a regresar al apartamento con los cachivaches de Butch—, pero estoy en ello.

## 6

En el momento en el que Riley abrió la puerta del apartamento de Regina, sintió la tensión. Levantó una mano e hizo callar a sus amigos. Entonces, entró en silencio. No había ruido alguno, pero el silencio resultaba amenazante, como si estuviera vivo. Automáticamente, registró todos y cada uno de los lugares en los que podría haber alguien escondido. Rápidamente, notó una sombra que resultaba poco familiar al lado de la puerta del dormitorio. Mientras la miraba, la sombra se movió un poco, haciendo que sus sentidos se pusieran en estado de alerta.

—Quedaos aquí —le dijo a Ethan. —Ni hablar —susurró su amigo.

Riley comenzó a caminar. Entonces, un tablón del suelo crujió bajo sus pies. Un segundo después, estalló el movimiento a su alrededor. Se oyó un golpe y un hombre alto, vestido todo de negro, salió como una exhalación del dormitorio. Con un movimiento fluido, saltó por las puertas del balcón y cayó a la calle, igual que Riley había hecho anteriormente.

Sin pensarlo ni un segundo, Riley se fue tras él. A sus espaldas, oyó que Ethan gritaba:

—¡Llamad a la policía!

Cuando saltó al suelo, recuperó rápidamente el equilibrio y comenzó la persecución. El hombre estaba pocos metros delante de él, pero Riley era muy rápido y estaba lleno de determinación. Aquel podría ser el hombre que había estado aterrorizando a Regina y, además, lo habían encontrado escondido en su apartamento. Riley

sería capaz de destrozarlo con sus propias manos, pero era policía y sabía muy bien lo que debía hacer, aunque le costara cumplirlo.

Cuando estaba a punto de alcanzarlo, no extendió las manos para agarrarlo. Lanzó una patada y le hizo caer al suelo. El hombre cayó al suelo y Riley se tiró sobre él. Los dos rodaron por el suelo, pero Riley consiguió colocarse encima del desconocido e inmovilizarlo.

—Quieto —le ordenó Riley. Entonces, levantó la vista y vio que Buck y Harris estaban a su lado.

—Yo no soy policía, Riley —dijo Buck, lleno de odio—. ¿Quieres que le pegue una buena paliza?

—No será necesario, pero si se mueve, dale una buena patada en la boca.

—Está bien —replicó Buck, colocándose en posición al lado de la cabeza del hombre.

—¿Eres policía? —le preguntó el desconocido a Riley.

—Así es, pero estoy fuera de servicio. Sin embargo, los que sí lo están vendrán enseguida para llevarte a la comisaría.

—Dios Santo, hombre. Me estás rompiendo el brazo.

—Tiene razón, Riley —comentó Harris, al ver la posición tan poco natural en la que Riley tenía inmovilizado al intruso—. Y creo que también la pierna.

—No me tientes —le espetó él al intruso—. ¿Cómo te llamas? Dilo, maldita sea —añadió, al ver que el hombre guardaba silencio— Y no me mientas.

—¡Earl! Me llamo Earl.

—¿Earl qué?

En vez de responder, el hombre lanzó un grito de agonía.

—Sólo Earl, ¿eh? —replicó Riley. En aquel mismo momento, se empezó a escuchar en la distancia el sonido de las sirenas de la policía —. Bueno, Earl, ¿quieres decirme qué estabas haciendo en ese apartamento?

—Sólo vi que estaba abierto. Sólo quería echar un vistazo...

—Muy bien. Probemos de nuevo. ¿Qué estabas buscando?

—Nada. Maldita sea, te estoy diciendo la verdad.

—¿Estás diciéndome que eres sólo un caco corriente? ¿Que no estuviste aquí antes, tirando piedras?

—¿Piedras? Yo no.

Sin soltar el brazo del hombre, Riley se puso de pie e hizo que el intruso se levantara también. Earl trató de zafarse, pero sólo consiguió hacerse más daño.

—Buck, regístrale los bolsillos.

Earl comenzó a lanzar patadas y a resistirse, lo que obligó a Riley a ejercer un poco más de presión. El hombre lanzó una maldición ahogada. En aquel momento, Ethan llegó hasta donde ellos estaban. Parecía más furioso que el propio Riley.

—¿Qué diablos estás haciendo, Riley?

Buck metió las manos en los bolsillos del hombre y sacó una cajetilla de cigarrillos, algunas monedas y una navaja

—Lo siento, Riley. No lleva cartera.

—Dame uno de esos cigarrillos —le ordenó Riley.

—¿Crees que este es el momento de comenzar a fumar? —replicó Buck, sacando un cigarrillo—. Es un mal hábito, compañero. Fumar mata.

—La policía está a punto de llegar —dijo Ethan—. ¿Creéis que deberíais estar haciendo esto?

—Dado que no deja de resistirse, tiene suerte de que no le haya hecho ya pedazos.

Desgraciadamente, Dermot y Lanny doblaron la esquina. Al ver la escena, se tensaron.

—Dios Santo, Riley. ¿Qué diablos está pasando aquí?

Riley obligó al hombre a que se tumbara en el suelo y le colocó una rodilla entre los omóplatos.

—Dame unas esposas —le dijo a Dermot. Dermot hizo un gesto de desaprobación, pero hizo lo que él le había pedido. Cuando el hombre

estuvo inmovilizado, Riley volvió a registrarlo, sin encontrar más armas. Entonces, se lo entregó a Lanny.

—Léele sus derechos.

—Conozco mi trabajo, Riley. ¿Quieres decirme por qué diablos lo vamos a arrestar?

—Por supuesto. Estaba en el apartamento de Regina cuando entramos —contestó Riley. Entonces, le entregó los cigarrillos—. Además, fuma la misma marca de las colillas que encontré debajo de su balcón.

—¿Y qué hizo dentro? ¿Ha robado algo? —Eso es todo lo que tenía encima —contestó Riley, señalando las cosas que Buck tenía en las manos—, y no creo que la navaja sea de Red, así que debe de ser de él. Además de irrumpir ilegalmente en una casa, podéis añadir el hecho de que lleva armas. Creo que hemos interrumpido lo que estaba haciendo, pero iré a echar un vistazo por el interior. Vosotros llevadlo a la comisaría. Yo iré enseguida. No lo soltéis, ¿de acuerdo?

—El juez Ryde se ha ido de pesca y no va a regresar hasta el lunes —dijo Dermot, con una sonrisa—. Creo que puedo asegurarte que, al menos, estará con nosotros hasta entonces.

Lanny y Dermot agarraron al detenido cada uno de un brazo y comenzaron la habitual letanía de leerle sus derechos. A continuación, llevaron al tal Earl al coche patrulla. Riley observó la escena muy atentamente y no se relajó hasta que vio que el detenido estaba en el interior del vehículo.

Después, miró a sus amigos y notó el silencio tan profundo que lo rodeaba.

—¿Qué?

—Eres un salvaje, Riley, ¿lo sabías?

—Déjate de tomarme el pelo, Ethan.

El bombero se echó a reír. Rápidamente, Buck se colocó delante de él y le agarró con fuerza por los bíceps.

—De puro acero —comentó—. Como un héroe de la vida real.

Harris se colocó las manos por debajo de la barbilla y dijo imitando la voz de una mujer:

—Mi héroe...

Tras lanzar un gruñido, Riley se zafó de sus amigos y regresó al balcón del apartamento de Regina. Cuando se subió de un salto y consiguió agarrar la barandilla, los tres amigos comenzaron a reírse y siguieron con sus bromas. Cuando estuvo en el interior del balcón, notó que sus tres amigos lo seguían.

Varios vecinos los estaban observando con gran curiosidad, por lo que Riley decidió dirigirse a ellos.

—No ocurre nada de importancia, amigos. La gente lo miró con escepticismo. A continuación, habló de nuevo a sus amigos. — Quedaos aquí. Creo que habrá menos posibilidad de que se destruyan pruebas si entro yo solo.

—Si necesitas algo, da un grito.

En primer lugar, Riley se dirigió al dormitorio. Inmediatamente, vio que el hombre había abierto los cajones de su cómoda. Las braguitas y los sujetadores de encaje estaban esparcidos por todas partes, con el aspecto de mariposas caídas. Sus pijamas y sus camisetas también estaban por el suelo.

Todo lo que tenía encima de la cómoda, que incluía cepillos para el cabello, joyas y perfume, había sido tirado al suelo. Además, había tirado de la ropa que cubría la cama.

Lo que más llamó la atención a Riley fue que los malditos preservativos estuvieran por todas partes. Se colocó una mano en el rostro y trató de considerar la situación, pero cedió antes de que tuviera tiempo de pensarlo. Rápidamente, recogió todos los preservativos y se los metió en los bolsillos. Tenía más de una razón para hacerlo.

Si sus amigos los veían, podrían creer que eran de él y las bromas serían interminables, considerando el tamaño de los malditos anticonceptivos. De hecho, tenía intención de tirarlos para que no le

sorprendieran con ellos en los bolsillos. Sin embargo, la razón más importante para hacerlo se debía al hecho de que Red se llevaría un buen disgusto si alguien se enteraba de que los tenía. Evidentemente, no tenían nada que ver con lo que el maldito Earl, si era aquel en realidad su verdadero nombre, había estado buscando.

Los cajones de la mesilla de noche estaban completamente vacíos. Riley miró a su alrededor, pero no vio la fotografía de Welling ni los libros por ninguna parte. Earl no los tenía encima. Además, ¿para qué los iba a querer? Aquello sólo podía significar que Red se los había llevado.

No le importaba lo de los libros, dado que estaría encantado de leerlos con ella, pero lo último que quería en su casa era el rostro sonriente de Welling, especialmente dado que sabía que era un ídolo para Regina. Si esperaba que Riley pudiera compararse con él, estaba seguro de que la defraudaría.

— ¿Todo va bien, Riley? — le preguntó Ethan.

— Sí, sí. Podéis entrar.

Ethan entró en el dormitorio, seguido de Buck y Harris.

— ¡Vaya! Se puede decir que alguien está buscando algo.

Harris miró la ropa interior y, utilizando sólo el dedo meñique, levantó un minúsculo tanga de color rosa.

— Yo creía que las pelirrojas no llevaban rosa.

Riley le arrebató la prenda y se la metió en el bolsillo con los preservativos. Ya le estaba resultando a él bastante difícil no imaginarse a Regina con aquella ropa interior tan sexy. No quería que Harris hiciera lo mismo.

— ¿Recogemos esto o lo dejamos tal cual? — preguntó Buck.

— Tengo una cámara en mi furgoneta — respondió Riley—. Tomaré algunas fotos y luego lo recogeremos todo antes de que Regina lo vea. Sólo conseguiría disgustarla más.

— Visto lo visto, creo que voy a llamar a Rosie — dijo Ethan—. Vamos a estar aquí un rato y quiero asegurarme de que se encuentra

bien.

—Dile que te dé la lista de la compra que quiere Regina. De camino a casa, pasaré por el supermercado.

—¡Vaya! —exclamó Harris, con una sonrisa en los labios—. Pues sí que te ha domesticado —añadió mientras extendía la mano para agarrar un sujetador de raso.

—Deja eso a Riley antes de que te rompa un brazo —le dijo Buck, aunque estaba también muerto de la risa.

Riley les lanzó una mirada de desaprobación a los dos, pero muy pronto se olvidó de sus alocados amigos. Habían detenido a un hombre. Tenía a Red en su apartamento. Las cosas iban saliendo como había pensado.

Regina oyó que se abría la puerta principal y el corazón se le puso en la garganta. Se puso rápidamente de pie y fue corriendo a saludar a Riley. Con la lengua fuera por el esfuerzo, Butch salió también a recibirlo.

Ella sabía que había sido una tontería preocuparse por Riley, ya que Ethan le había dicho que estaban bien, pero quería asegurarse por sí misma.

Riley acababa de entrar por la puerta, con las llaves en una mano y las bolsas de la compra en la otra cuando Regina se detuvo delante de él.

—¡Eh! —exclamó Riley, muy sorprendido—. ¿Qué pasa?

—Estaba preocupada —admitió Regina, algo avergonzada.

—¿Por mí?

—Sí, pero no te sientas insultado. Sé que te puedes cuidar muy bien solo.

—¿Y sigues preocupada?

Ella asintió, lo que hizo que la expresión que Riley tenía en el rostro se suavizara un poco más. Sin dejar de mirarla, cerró la puerta con la pierna y se colocó todas las cosas que llevaba en un mismo brazo. Entonces, la agarró con el otro y la besó.

—Gracias, Red, pero no tenías por qué preocuparte.

—No eres invencible —suspiró ella—. Además, Ethan llamó a Rosie y le dijo lo que había ocurrido...

—Y estoy bien.

La estrechó un poco más contra su cuerpo. Empezó a deslizar la mano por la espalda en dirección al trasero de Regina, pero, en aquel momento, miró más allá. Detuvo la mano inmediatamente. Rosie los estaba observando.

—Hola, Rose. Ethan sube ahora mismo.

—Ya me lo había imaginado. ¿Qué tal estás, héroe?

Riley hizo un gesto de desaprobación con los ojos y entregó a Regina una de las bolsas. De repente, Butch lanzó un ladrido. Cuando Riley lo miró, vio que el animal estaba de pie sobre las patas traseras, tratando de conseguir su atención.

—¡Vaya! Menudo saludo —comentó él, tomando en brazos al perrito—. Me reciben en la puerta una hermosa mujer y un fiel chihuahua. ¿Qué más podría pedir un hombre?

—Riley, por favor —dijo Regina—. Dime que no es cierto que te lanzaste a perseguir a un maníaco que había entrado en mi apartamento.

Él no contestó. Se limitó a dirigirse a la cocina. Regina lo siguió.

—Riley...

—Sí, cielo —dijo él—. Dado que tú cocinaste anoche, yo lo haré hoy. ¿Prefieres filetes o unos espaguetis? Son mis dos especialidades. En realidad, son mis únicas especialidades, así que he comprado para hacer de las dos cosas. También podemos decidirnos por una cena ligera y tomar sólo unos bocadillos. ¿Qué te apetece?

—¿Tienes o no tienes a ese hombre arrestado? —preguntó Regina, volviendo a su anterior conversación.

—Sí, claro que sí. Lo que ocurre es que ese canalla no quiere hablar. Ni siquiera tenemos su nombre, pero, por suerte, el juez Ryder se ha marchado a pescar.

—¿Y?

—Esta ciudad es muy pequeña. Aquí las cosas se hacen de un modo diferente. Ryder lleva toda una vida en el puesto y nadie se atreve a llevarle la contraria. Por eso, se toma de vez en cuando unos días libres, cuando el tiempo se pone bueno para pescar.

—¿Qué tiene que ver que el juez esté pescando con el tipo que entró en mi casa?

—Que no se le puede soltar hasta que el juez regrese. Eso nos da un poco más de tiempo para investigarlo. Me da la sensación de que, si dejamos que se marche con una fianza, desaparecerá.

—¿Y de qué se le acusa?

—Para empezar, de entrar ilegalmente en una casa y de ir armado. Además, registró de arriba abajo tu dormitorio, cielo, pero no robó nada ni dañó nada.

—Eso significa que estaba buscando algo.

—Yo diría que sí. Sea lo que sea, no lo encontré antes de que lo interrumpiéramos. Los chicos me ayudaron a recogerlo todo.

Los chicos. Consciente de que Rosie los estaba observando desde la puerta, Regina se acercó un poco más. El corazón le latía a toda velocidad y tenía las palmas de las manos muy húmedas.

—¿Estás diciendo que puso patas arriba mi dormitorio?

—No te preocupes —susurró Riley—. Confisqué los preservativos antes de que nadie pudiera verlos.

—Gracias —musitó ella, aliviada.

—Harris recogió tus braguitas. Son muy sexys... Tanto que me hace preguntar lo que llevas puesto esta noche.

Rosie se aclaró la garganta.

—Es una grosería susurrar delante de invitados —dijo.

—¿Y desde cuándo eres tú una invitada, Rosie? —replicó Riley—. Por cierto, ¿no debería haber llegado ya Ethan?

—¿Es que estás tratando de librarte de mí? —repuso Rosie con una sonrisa—. Y yo que estaba a punto de sugerir que cenáramos filetes.

En aquel momento entró Ethan.

—En cuanto descargue todo de la furgoneta, voy a llevarte a casa, esposa mía.

Rosie se volvió a él y le rodeó el cuello con los brazos.

—¿De verdad? ¿Y para qué?

Entonces le tocó susurrar a Ethan y fue Rosie la que se sonrojó. Rápidamente, ella añadió:

—Te ayudaré a descargarlo todo.

Pasó otra media hora antes hasta que Regina tuvo oportunidad de arrinconar a Riley para tratar de conseguir algunas respuestas. Tras haber colocado todas las cosas de Regina en su lugar, los dos se sentaron en el pequeño jardín del bloque para que Butch pudiera corretear un rato.

—¿Y si hubiera tenido una pistola, Riley? ¿Y si te hubiera clavado esa navaja?

—Si hubiera sido tan estúpido como para sacar esa navaja, le habría... lo habría desarmado —añadió, cambiando sus palabras originales, al ver el horror que se reflejaba en el rostro de Regina.

—¿De verdad eres tan bueno?

—Sí.

Había contestado sin presumir. Era una afirmación de hecho, que revelaba lo que él creía que era una verdad. Regina sacudió la cabeza tras escuchar aquella confidencia.

—Más tarde —añadió él—, te voy a mostrar lo bueno que soy.

—¿De verdad?

—Creo que es mejor que comencemos con tu preparación física, ¿no te parece?

Regina sintió cierta desilusión. Había tomado sus anteriores palabras como una cierta invitación sensual. A pesar de todo, comprendió que él estaba en lo cierto. Además, las clases se desarrollarían en la intimidad, no en el gimnasio, por lo que pensar que iba a estar a solas con Riley, sintiendo su cuerpo sobre el de ella,

tocándola en los lugares más sensuales, la hizo quedarse sin aliento.

—Supongo que sí.

—Vaya entusiasmo.

La hizo levantarse de su asiento y la acomodó en su regazo, algo que nunca habría hecho en su gimnasio. Regina pensó que iba a besarla y eso era precisamente lo que ella deseaba. En el breve tiempo que él se había ausentado, lo había echado mucho de menos y se había preocupado mucho por él.

—Dime el nombre del tipo que solía acosarte en tu anterior trabajo y del tipo con el que estuviste comprometida —dijo él, en vez de besarla.

—¿Por qué?

—Voy a tener una charla con ellos. No, no discutas conmigo, Red. No voy a avergonzarte. Te lo prometo.

—No sé qué es lo que crees que pueden añadir a la ecuación.

—Tal vez nada, pero no puede hacernos ningún daño hacerles algunas preguntas, ¿no te parece?

—El hombre con el que trabajé se llama Carl Edmond. Es un hombre bastante agradable —respondió, al darse cuenta de que Riley era un profesional y que conocía muy bien su profesión—, aunque resulta demasiado intenso. Es diferente.

—¿Intenso en qué sentido?

—No en un sentido malo de la palabra.

Muestra un celo exagerado sobre todo. Sobre su trabajo, su vida...

—¿Y sobre ti?

—Durante un tiempo, tal vez. Tenía cierta fijación conmigo. Me dijo que me amaba, pero yo sabía que no era cierto. Su insistencia se convirtió en una molestia, pero nunca me resultó amenazadora.

—¿Y el otro tipo?

Regina no quería hablar sobre él. No podía mencionar su nombre sin verse invadida por los recuerdos y verse abrumada por la humillación.

—Se llama Luther Finley —dijo. Sentada en el regazo de Riley, rodeada por sus brazos, hacía que se le resultara más fácil. De todos modos, rezó por que Luther no revelara nada de su pasado más íntimo a Riley. Desgraciadamente, Luther no consideraba que nada fuera íntimo, algo que ella había descubierto demasiado tarde—. Supongo que Carl seguirá trabajando en el periódico. Adora su trabajo. Luther debería seguir en el edificio de seguros de enfrente. Es uno de los comerciales. ¿Quieres que te escriba los nombres?

—No hace falta. No se me olvidarán.

Riley comenzó a frotarle suavemente el brazo. Se mostraba silencioso, pensativo, a pesar de que seguía tocándola como si no pudiera evitarlo. De repente, Regina levantó el rostro para mirarlo y Riley le capturó los labios para darle un largo y profundo beso.

—Sabes tan bien... —murmuró él.

Riley también sabía muy bien. De hecho, era delicioso, tanto que Regina le introdujo la lengua entre los labios y profundizó de nuevo el beso, haciendo que él gruñera de placer.

De repente, bajo el cálido sol de la tarde, Regina comprendió la verdad. Estaba demasiado implicada. Conocerlo mejor sólo había logrado empeorar las cosas. Riley había llegado a ponerse en peligro por ella. Por ello, y porque parecía capaz de ocuparse de cualquier situación, la fascinaba. De hecho, se había dado cuenta de que estaba medio enamorada de él.

—Quiero preguntarte una cosa, Red —susurró él, cuando rompieron el beso.

—¿Hmm? —musitó ella. Se sentía flotando.

—¿Por qué te trajiste los libros y la foto aquí?

La bruma de sensualidad que los había envuelto hasta entonces desapareció de repente. Regina abrió los ojos y comprobó que Riley la estaba observando.

—Venga, Red, dímelo —añadió. Cuando ella comenzó a erguirse, negó con la cabeza—. No. Me gusta que estemos aquí. Me gusta

abrazarte.

—Oh —dijo ella.

Cuando se movió un poco para sentirse más cómoda, notó la erección de Riley. Oyó un pequeño gruñido de placer e inmediatamente se quedó inmóvil. Nadie la había tocado como Riley lo hacía. De hecho, ni siquiera su prometido había querido abrazarla de aquella manera.

—Me traje los libros porque pensé que... bueno, vamos a estar aquí juntos. No soy ninguna idiota. Sé que lo que haremos tarde o temprano.

—Hoy —murmuró él, tras besarla de nuevo suavemente—. Va a ocurrir hoy, pero te aseguro que no vas a necesitar un libro.

—Creo... Creo que tal vez sí —admitió ella, muy a su pesar.

—¿Cómo vas a necesitar un libro cuando todo lo que haces me pone caliente? Te vistes elegantemente y yo pienso en lo mucho que deseo desnudarte. Te sorprendo con un pijama de algodón y deseo sentir lo suave y cálida que es tu piel. Me preparas la cena y me obsesiona ver cómo meneas el trasero mientras mueves la comida.

—Eso no es cierto —replicó ella, maravillada.

—Claro que sí. Tu trasero ha representado un papel fundamental en mis más recientes fantasías —comentó él, acentuando sus palabras al apretarle suavemente las posaderas—. Maldita sea. Ya no puedo esperar a desnudarte para poder explorarlo con más detalle.

—Riley... —dijo ella, con las mejillas cubiertas de rubor.

—Regina... Sin embargo, lo que más me gusta es el modo en el que te sonrojas. En realidad, me excita todo sobre ti. Créeme, cielo, meterte en la cama es mi objetivo. Cuando estemos allí, no importa lo que hagas. No voy a quejarme.

Oírle hablar de aquella manera casi podía conseguir que Regina lo creyera. ¿Cómo era posible que hubiera permitido que los despreciables comentarios de Luther la influyeran de tal manera? Le habían hecho pasar un periodo tan difícil, una humillación tal...

Sin embargo, Riley no le mentiría. De eso estaba segura.

—Muy bien. Me olvidaré de los libros si prometes decirme lo que te gusta.

—Me gustas tú...

—Ya sabes a lo que me refiero...

—La forma en que me estás hablando me lleva a pensar que mis fantasías se van a hacer realidad en cualquier momento, lo que hace que me sienta a punto de explotar... Sin embargo, hay algunas cosas de las que me gustaría que habláramos antes de que nos distraigamos.

¿Distraerse? ¿Así era como llamaba Riley al hecho de hacer el amor con ella? Muy incómoda, Regina le preguntó:

—¿A qué te refieres?

—A la foto... y por qué diablos has tenido que traértela.

Bendito fuera el bueno de Butch. Eligió precisamente aquel momento para comenzar a ladrar. Regina se incorporó para ver que un golden retriever bastante grande se había acercado a olisquear al pequeño chihuahua. Ella trató de levantarse inmediatamente, completamente alarmada, pero Riley la detuvo.

—Es Blaze. Es una perra muy buena, cielo. No le hará daño.

Efectivamente, la perra comenzó a jugar con Butch, a pesar de que este la recibió algo agresivamente. Blaze comenzó a correr todo lo que le permitía su correa para que el chihuahua la persiguiera. Este se esforzó tanto por alcanzarla que se tropezó con su propia nariz y consiguió dar una voltereta completa sin parar. Cuando se quedó sin correa, comenzó a aullar, por lo que Blaze regresó corriendo al lugar en el que él se había quedado.

—Creo que Butch está enamorado —comentó Regina, con una sonrisa.

—Pobrecillo. Me pregunto si ella guardará fotografías de otros perros sólo para volverlo loco.

Regina se volvió para mirarlo. ¿Estaría celoso? No. Aquello era absurdo. El senador Welling representaba valores morales para ella, no un atractivo sexual. Riley debía comprenderlo.

Él la levantó y se puso de pie. Los perros seguían jugando y estaban armando un buen jaleo. Sin embargo, Regina no les prestó atención. Riley acababa de agarrarse el bajo de la camisa y se disponía a sacársela por la cabeza. Ella ni siquiera parpadeó. La parte superior

de su cuerpo era muy hermosa. El vello negro cubría su bien formado torso. Tenía unos esbeltos y prominentes músculos en los hombros, que se marcaban con cada uno de los movimientos con los que doblaba la camisa y la colocaba encima del respaldo de la silla. A continuación, flexionó un hombro y comenzó a hacer girar la cabeza.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Regina, casi con la boca seca.

Aquí hace bastante calor y me encuentro algo rígido tras haber saltado de tu maldito balcón tantas veces.

De repente, cuando se giró, Regina vio que tenía un hematoma sobre las costillas.

—Riley, ¿qué te ha ocurrido ahí?

—Nada. Debió de ser cuando golpeé el suelo al abalanzarme sobre él. No tenía ni idea de que hubiera tantas piedrecillas por todas partes.

—Lo siento mucho...

—No tienes por qué sentirlo, Red... —susurró él. Entonces, comenzó a desabrocharse los pantalones. Rápidamente, Regina dio un paso atrás—. Voy a cambiarme antes de que tengamos nuestra pequeña charla sobre esa fotografía. Volveré en un segundo.

¿Cambiarle? ¿Y qué iba a ponerse? ¿Menos ropa? Ya lo pasaba Regina bastante mal cuando en el gimnasio sólo llevaba unos pantalones cortos, una camiseta y unas deportivas. Sin embargo, en el gimnasio siempre estaban rodeados de gente. Allí no había nadie. Estaba segura de que, si Riley comenzaba a exhibirse, ella se convertiría en la agresora.

Él tardó sólo un minuto en regresar.

—¿Tienes hambre, Red?

Miró a su alrededor y, automáticamente, dio un paso hacia él. Aquel hombre rezumaba atractivo sexual. Llevaba unos pantalones cortos y —nada más. Se dio cuenta de que nunca antes lo había visto descalzo. Tenía unos pies grandes, salpicados de vello y tan sensuales como el resto de su cuerpo.

Lentamente, Regina permitió que su mirada fuera subiendo. Fue

admirando cada centímetro de su cuerpo. Pantorrillas musculosas y velludas. Bonitas rodillas. Muslos increíbles...

El corazón se le aceleró. Ya sabía de primera mano lo fuertes que tenía los muslos. Tragó saliva y siguió subiendo. Entonces, vio el inicio de las perneras de los pantalones cortos. Un poco más arriba vio... Dios Santo. Regina dejó escapar un suspiro, que fue en parte un silbido y en parte una exclamación. En circunstancias normales, se habría sentido escandalizada consigo misma por su comportamiento tan poco femenino, pero el suave algodón le moldeaba el sexo de una manera... Tenía razón. Los preservativos pequeños no le habrían servido.

Cada vez le resultó más difícil respirar. Como una mujer inteligente, educada y moderna, sabía que el tamaño no importaba. Aquel no había sido en absoluto su problema con Luther. Entonces, ¿por qué parecía haber explotado un volcán en su interior?

Mientras lo miraba, incapaz de apartar los ojos, algo vibró. Fascinada, observó cómo Riley comenzaba a tener una erección. Se llevó una mano a la garganta. Riley, en cambio, no se movió.

Rápidamente, decidió que sería más fácil continuar su viaje visual en vez de concentrarse en aquella parte en concreto. Admiró la firmeza de su abdomen. Aquello no la ayudó en lo más mínimo. El vello que le cubría el vientre parecía tan suave que sintió la tentación de acariciarlo. Lo deseaba tanto...

En aquel momento ya no le importaba si se excedía. ¿Cómo podía retener una mujer el pensamiento racional cuando se veía enfrentada a tal provocación?

Había deseado a Riley casi desde el principio. Cada día, los sentimientos parecían hacerse más fuertes. A parte de su agudo sentido de la cautela y la decencia, no parecía haber razón alguna para esperar.

Se acercó a él. Riley lanzó un gruñido de anticipación. Saboreando el momento, Regina le colocó las manos en los costados, gozando con

el tacto de la cálida piel, tan tensa sobre los fuertes músculos, y comenzó a acariciarlo.

—Quiero tocarte, Riley —susurró.

—Hazlo.

¿Cómo era posible que una simple palabra pudiera parecer tan provocativa? Cuando volvió a mirarlo, vio que la erección que tenía era plena. Muy plena. ¿Y sólo por tocarle la cintura?

—¿Te gusta? —le preguntó, intrigada.

—Sí...

Envalentonada por sus palabras, Regina le rodeó la cintura para llevar las manos hasta la parte inferior de la espalda, muy cerca del trasero. Aquella postura la hizo acercarse al tórax.

—Hueles tan bien, Riley...

—¿Es ahí donde de verdad quieres tocarme, Red?

—No —admitió ella.

—Ya me parecía...

—Estamos en el jardín...

—No puede vernos nadie.

—Pero...

—Soy un hombre, no un colegial. Puedo controlarme. No ocurrirá nada a menos que tú lo digas. Siéntete libre para tocarme todo lo que quieras y detenerte cuando lo desees.

—¿Me besarás mientras lo hago?

—Será un placer, tesoro...

Aquel beso fue diferente. Regina no se dio cuenta de que él se había estado conteniendo, de que, hasta aquel momento, no había sentido toda la carnalidad que podía haber en aquel contacto. Fue un beso devorador, apasionado y abrumador. Le haría el amor en aquel momento. Lo comprendió y gozó ante las perspectivas.

Una y otra vez, le introdujo la lengua entre los labios, acariciándola seductoramente. Ella se sintió consumida por el deseo. A pesar de todo, no se olvidó de su cometido. Comenzó a acariciarle suavemente

el ombligo. Sintió que el vientre se le había puesto muy rígido y que parecía ponérsele más a medida que ella le iba tocando más, tanto que parecía granito más que carne. No obstante, el vello era tan suave como había imaginado.

Al fin, consiguió encontrar la cinturilla de los pantalones. Tocó el suave algodón y, por fin, la firme y larga solidez de su pene. Los dos gruñeron de gozo.

Riley tensó los dedos y apartó la boca de la de ella para poder tomar aire.

—Eso es, Red...

Regina se podría haber pasado una hora explorándolo. La fascinaba a muchos niveles. Recorrió suavemente la longitud de su masculinidad, midiéndolo. Entonces, sin que pudiera evitarlo, bajó un poco más la mano y acogió en la palma los testículos. Oyó que él gemía de placer.

—Tranquila...

—¿Así?

—Sí...

De repente, él volvió a besarla, tan apasionadamente que Regina se olvidó de lo que estaba haciendo. Le soltó y fue a rodearle el cuello con los brazos, al mismo tiempo que él la abrazaba con los suyos. Tenía los labios hinchidos y la cabeza le daba vueltas. Entonces, Riley le agarró el rostro y comenzó a darle suaves besos en la barbilla, en las mejillas, en la frente...

—¿Sabes lo que creo, Red?

—¿Qué?

—Que es justo que ahora me toque a mí... Creo que te encantará que te toque, te lo prometo, aunque, para ello, deberíamos ir al interior de mi apartamento... Mira, Butch se ha quedado dormido con su amiga.

Regina giró la cabeza y vio que Blaze se había quedado dormida de costado, sobre la gruesa hierba. Butch estaba acurrucado a su lado.

Componían una imagen tan adorable que Regina sintió que el corazón se le deshacía y que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Esta noche —susurró Riley—, quiero dormir acurrucado a ti igual de cerca.

No le dio oportunidad alguna de responder. La tomó en brazos y la llevó al interior del apartamento.

—Butch...

—Deja que disfrute de su libertad en el jardín. Dejaré la ventana abierta. No tengas miedo, cielo. Lo oiremos si nos necesita.

Cuando llegó a la cama, se tumbó encima con Regina aún en brazos. Ella había conocido antes su fuerza, pero no por ello dejó de sorprenderla. La trataba como si fuera tan ligera como una pluma.

—Creo que llevas puesta demasiada ropa. Red —susurró—. ¿Qué te parece si te lo quitamos todo?

Antes de que Regina pudiera pronunciar palabra alguna, Riley ya le había sacado la camiseta por la cabeza.

Riley sabía que, si le daba mucho tiempo para considerar las cosas, ella decidiría que no era adecuado que hicieran el amor a media tarde y con la ventana abierta. Sin embargo, estaba cansado de darle tiempo. Se sentía muy cómoda tocándolo sexualmente y él estaba seguro, aunque ella no lo supiera, de que tendrían un futuro juntos.

En el momento en el que le quitó la camiseta, extendió las manos para agarrarle el broche del sujetador. Oyó que ella tenía la respiración entrecortada y sintió la urgencia de sus uñas sobre la piel de los antebrazos.

El sujetador era de encaje blanco. Riley podría haberse pasado una hora admirando el modo en el que realzaba sus pechos. En vez de eso, soltó el broche frontal y apartó las copas para saciarse visualmente.

—Eres tan hermosa...

Regina pareció avergonzarse y se cubrió rápidamente con las manos.

—Harris estaba equivocado. El rosa y el rojo van muy bien juntos.

—¿De qué estás hablando? —preguntó. Su rubor se había transformado en confusión.

Un largo rizo de su cabello se le había soltado. Riley lo utilizó como una pluma para torturarle los pechos.

—El cabello rojo y el pezón rosado... Es una combinación muy sexy.

—Oh —susurró ella, ruborizándose aún más—, pero, ¿qué tiene Harris que ver con...?

—Y ese rubor tan delicioso —dijo Riley. No quería hablar de que Harris había tenido entre los dedos uno de sus tangas—. Eres muy hermosa, Regina, y no quiero que te avergüences conmigo.

Con suavidad, le agarró las muñecas. Entonces, le inmovilizó las manos sobre el colchón, a ambos lados de la cabeza. A continuación, la soltó. Los senos comenzaron a temblar por el modo tan nervioso en el que ella respiraba...

—Pero yo...

Riley ahogó sus protestas inclinándose sobre ella e introduciéndose un pezón en la boca. Regina arqueó la espalda y le enredó los dedos entre el pelo. Suavemente, él siguió chupando, utilizando la lengua para conseguir que el pezón se le irguiera completamente. Cuando levantó la cabeza, vio que ella tenía los ojos completamente cerrados y el labio inferior entre los dientes. Estaba muy tensa.

—¿Te ha gustado, cielo?

Sin abrir los ojos, Regina asintió. Riley sonrió. Entonces, admiró su cuerpo. Tenía el torso tan esbelto y los senos tan erguidos... Le acarició suavemente los costados y centró su atención en el broche de los pantalones.

—Quiero que estés completamente desnuda. Quiero verte entera... —susurró. Regina abrió los ojos rápidamente—. Cuando estés desnuda, podré desnudarme yo también. Piensa lo agradable que será...

—Sí...

Suavemente, le quitó los dedos del cabello y volvió a levantarle los brazos por encima de la cabeza.

—Me encanta verte así, Red, extendida sobre mi cama... Ahora, no te muevas.

Ella accedió y se agarró con fuerza a las sábanas. Riley le quitó las sandalias con facilidad, pero se tomó su tiempo en besarle cada centímetro de su piel. Le desabrochó muy fácilmente los pantalones. Lentamente, le bajó la cremallera y observó cómo ella contenía la respiración.

Riley le extendió los dedos por las caderas y fue bajándole poco a poco los pantalones. Tenía unas piernas hermosas, largas y esbeltas. Las braguitas que llevaba puestas eran del mismo encaje que el sujetador y dejaban entrever los rojizos rizos que le cubrían la entrepierna. La deseaba tanto que le dolía, pero no quería precipitarse.

Con un dedo, trazó el triángulo del vello púbico. Se moría de ganas por saborearla, por tenerla completamente desnuda y abierta...

—Riley...

—¿Sí?

—No creo que pueda esperar tanto. Mi paciencia no es tan fuerte como la tuya...

—Sólo un poco más...

Lo ayudó a que le quitara los pantalones. A continuación, les tocó el turno a las braguitas. Por fin, estaba completamente desnuda ante él.

El aroma de su excitación le resultó embriagador. Le besó el vientre, las caderas y el interior del muslo. Iba alternando entre besos suaves y bruscos. Algunas veces le lamía la piel y se la mordisqueaba suavemente. Regina se retorció de placer, sin saber lo que la siguiente caricia le iba a deparar.

Tras separarle las piernas, Riley comenzó a lamerle la unión del muslo con la entrepierna, justo donde la piel era muy suave y

delicada.

—Riley, por favor...

Sin prestar atención a sus palabras, él volvió a subir sobre su cuerpo. Regina lo agarró con fuerza y lo besó, mientras las manos de él le cubrían los senos. Tenía los pezones tensos y los pechos hinchidos por el placer. Riley le agarró los pezones y comenzó a hacerlos girar, apretándolos, tirando de ellos.

—Riley...

—Shhh...

Volvió a besarla, silenciando sus protestas y sin dejar de atormentarle los pezones. Cuanto más la excitara, más disfrutaría sus caricias. Regina movió las piernas, llena de inquietud, hasta que él la inmovilizó con una de las suyas. Atrapada debajo de Riley, ella casi no podía moverse, lo que convenía perfectamente a Riley.

—Quiero que estés tan lista como lo estoy yo, Red.

—Ya lo estoy.

—No...

Con una sonrisa en los labios, le acarició las costillas, el vientre y, por fin, entre las piernas. Tenía el vello húmedo, los labios hinchados y resbaladizos por el flujo que los cubría. Tuvo que contener el aliento.

—Bueno, ahora, tal vez sí lo estés.

Le introdujo el dedo corazón, aunque sin profundizar mucho. Ella era mucho más sensible precisamente allí, en la abertura, por lo que comenzó a hundirse suavemente, a estimularla. Gozó con los gemidos de placer que ella emitía, con el modo en el que su cuerpo se retorcía de placer para moverse con él.

—Yo debería... debería estar haciendo algo.

—¿Y qué es lo que quieres hacer?

—Tocarte.

—Todavía no. Yo estoy tan a punto como tú.

—En ese caso, deja de jugar.

Riley estuvo a punto de echarse a reír. Regina lo divertía tanto...

—Muy bien. Dime qué te parece esto.

Ella echó la cabeza hacia atrás al sentir que él le introducía un poco más el dedo, que empezaba a meterlo y a sacarlo y a hacer que se humedeciera aún más. Mientras lo hacía, le iba besando el cuerpo. Cuanto más se acercaba al sexo de Regina, más se tensaba ella.

—Riley...

—Calla...

Le separó los muslos y, tras tomarse un momento para disfrutar de su aroma, la cubrió con la boca. Ella lanzó un grito de placer y se arqueó con fuerza.

Cuando sintió el primer roce de la lengua, tensó el cuerpo alrededor del dedo de Riley. Él no dejaba de lamer, de acariciar y, finalmente, de apretar el clítoris suavemente entre los dientes para besarlo más profundamente.

Regina trató de apartarse de él, pero él se lo impidió, inmovilizándola por completo. Le encantaba sentir la curva voluptuosa de las posaderas entre las manos, su sabor, escuchar los sonidos apasionados y salvajes que ella emitía. A medida que su excitación fue alcanzando el clímax, comenzó a acariciarla con otro dedo, tensándola, llenándola por dentro. Regina se levantó para ofrecérsele más plenamente, para unirse más íntimamente a él.

Cuando Riley sospechó que ella estaba a punto de alcanzar el orgasmo, se incorporó y sacó un preservativo de la mesilla de noche. Regina protestó con un grito por la espera por lo que, en el momento en el que se colocó el preservativo, Riley se le colocó entre las piernas y la penetró sin dejar de besarla. Ella estaba muy tensa, pero tan húmeda que sabía que no le haría daño. Con un profundo movimiento, se hundió en ella completamente. Regina levantó las piernas para rodearle la cintura. Riley encontró un ritmo que comenzó a conducirlos a los dos rápidamente hasta el clímax.

La boca de ella devoraba la suya, le mordía el labio inferior, le aspiraba la lengua. Le encantaba... De repente, comprendió que la

amaba. Ojalá pudiera hacérselo comprender.

Con el corazón saliéndosele del pecho, le deslizó una mano por el trasero y le levantó las caderas para poder penetrarla más profundamente. Aquello fue lo único que hizo falta. Ella comenzó a sentir los espasmos del orgasmo y comenzó a gritar y a jadear de modo que llevo a Riley hasta el suyo. Cuando Regina comenzó a temblar y a retorcerse debajo de él, se dejó caer sobre ella y gritó su nombre.

Dos segundos después de que el cuerpo de Riley se quedara completamente inerte, Butch comenzó a ladrar histéricamente. Sintió que Regina se tensaba, por lo que se ofreció inmediatamente.

—Yo iré a por él.

—Gracias...

Cuando se incorporó de la cama, vio que ella tenía los ojos cerrados, la trenza completamente deshecha y el maquillaje corrido. Estaba cubierta de sudor, tal y como él había predicho.

Gracias a Dios, por fin era suya.

Riley trató de despertarla con un beso en la frente. Regina gimió, se colocó de costado y siguió durmiendo. Se habían pasado la noche haciendo el amor y, aparentemente, Regina no estaba acostumbrada a tales excesos. En realidad, él tampoco.

Le había sorprendido la frecuencia con la que la deseaba y, lo mejor de todo, era que a ella no le había importado en absoluto. Después de la cuarta ocasión, Riley había notado que Regina estaba completamente rendida. Por eso, la había ayudado a ponerse el pijama y había permitido que Butch entrara en la habitación. Ella no había protestado cuando el perro se les metió entre las sábanas ni cuando él la había tomado entre sus brazos y la había tenido abrazada toda la noche.

Ni siquiera se había despertado. Riley comprendió en aquel momento lo agotada que había estado y cómo habían terminado por pasarle factura sus preocupaciones.

Odiaba tener que despertarla en aquel momento, pero no quería marcharse sin despedirse de ella. Butch parecía igual de decidido a impedirle que lo consiguiera. El animal se había colocado a los pies de la cama y parecía estar protegiéndola... de él. Cuando levantó al perro de la cama, Regina abrió por fin los ojos.

—¿Riley?

Al escuchar su voz, él sintió que una insidiosa calidez se le extendía por el pecho.

—Después de lo de anoche, ¿de verdad esperabas que fuera otro hombre el que te despertara?

Riley vio cómo la expresión de su rostro reflejaba primero confusión y luego comprensión.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? —le preguntó ella, cubriéndose inmediatamente la cabeza con la sábana.

—Yo duermo aquí. Esta es mi cama, ¿recuerdas? Como te vi tan cansada, decidí ponerte el pijama, así que no tienes por qué esconderte.

—No se trataba de eso...

Riley se dio cuenta de que se refería a su aspecto. Tonta.

—¿Tienes idea de lo sexy que estás así de desaliñada?

—¿De verdad?

—Sí. Me hace desear volver a desnudarte y meterme de nuevo en la cama contigo... pero, desgraciadamente, tengo cosas que hacer, así que sólo quería despertarte para despedirme de ti.

Una esbelta mano salió de debajo de las sábanas. Hizo un gesto con el que lo animaba a que se marchara.

—Estaré fuera dentro de un segundo. Con una sonrisa, Riley se puso de pie. —Tendré el café listo y esperando.

—Iré enseguida.

Diez minutos más tarde, Regina entró en la cocina con el cabello bien cepillado y recogido con una coleta y un vestido de color verde. Tenía los ojos hinchados, pero, a pesar de todo, Riley deseó volver a

poseerla de nuevo. La noche anterior ni siquiera había conseguido quitar el hambre que sentía por ella. De hecho, no creía que lo consiguiera en cien años.

—Mira, Riley. Supongo que debería admitir que mi mejor momento no es por la mañana —dijo, justo antes de dar un enorme bostezo.

—Creo que el café te ayudará. Siéntate y te serviré una taza.

—Gracias.

Regina tomó asiento y el perro se dirigió directamente a ella. La joven se inclinó para colocárselo en el regazo y depositar varios besos en la redonda cabeza del animal.

A Riley le habrían ido muy bien algunos de aquellos besos. No era que estuviera celoso del animal, ni que no comprendiera cómo se sentía, pero Regina casi no lo había mirado.

Le entregó una taza de café y, al mismo tiempo, se inclinó sobre ella para depositarle un beso sobre los labios.

—Esa sí que es la manera adecuada de saludar después de una noche de satisfactoria lujuria —dijo él.

Regina lo miró asombrada y tomó un sorbo de café. No volvió a hablar. Con dos sorbos más, la taza quedó completamente vacía. Riley le preparó rápidamente otra taza y se sentó enfrente de ella.

—Te acuerdas de lo que ocurrió anoche, ¿verdad?

—Claro que sí. Ninguna mujer en sus cabales se olvidaría de una noche pasada contigo, y mucho menos de una noche como esa.

—Gracias. Sólo quería asegurarme, dado el modo en el que perdiste la consciencia.

—Lo siento —susurró ella. Entonces, se tapó el rostro con una mano.

—Yo no. Necesitabas dormir.

—Esa no es excusa para ser grosera.

—No fuiste grosera, sino que yo me excedí. Créeme, no tengo queja alguna.

—Pero...

—No tengo quejas, Red. ¿De acuerdo?

—Yo tampoco tengo quejas. De hecho, creo que te debo algunos favores...

—Puedes devolvérmelos esta noche.

—¿Por qué esta noche? Yo creía que tal vez podríamos...

—No me tientes, Red. Nada me agradaría más que llevarte de nuevo a la cama, pero tengo que marcharme. Regresaré por la tarde.

—Yo creía que estabas de vacaciones.

Y así es, pero quiero hablar con esos dos tipos, con Carl y Luther, y luego pasarme por la comisaría para ver cómo van las cosas con nuestro intruso.

—No estoy segura de que me guste la idea.

—¿Por qué?

—No tengas ese aspecto tan receloso, Riley. No te estoy ocultando nada importante.

—Entonces, ¿significa eso que me estás ocultando algo que consideras de poca importancia?

—¡No! No tergiverses mis palabras. Es que estoy segura de que ni Carl ni Luther tienen nada que ver con mis problemas.

—En este tipo de situaciones. el agresor suele ser alguien que la víctima conoce y, más frecuentemente, alguien con el que se ha relacionado sentimentalmente. Mira, no te tomes esto a la tremenda, pero me gustaría que me prometieras que no te vas a marchar a ninguna parte mientras yo esté fuera.

—No tengo ningún sitio adonde ir. De hecho, había pensado en terminar mi artículo. Cuando lo haya hecho, podré comenzar con tu entrevista.

Riley no quería hablar de la maldita entrevista en aquellos momentos. Se puso de pie y se acercó a ella.

—Hoy tenemos muchas cosas que hacer, cielo.

—¿Sí?

—Sí. Hoy vamos a comenzar con tus clases particulares, ¿te acuerdas?

—Sí.

—Pero me aseguraré de que las disfrutes — sugirió él al ver lo desilusionada que Regina parecía.

—De acuerdo.

—Esta noche, es la ceremonia de la Sociedad Histórica. Van a hacer un homenaje al senador Welling. Pensé que, tal vez, deberíamos ir.

—¿Lo dices en serio? —preguntó ella, muy emocionada.

Riley se puso muy celoso al ver su reacción. Welling representaba su ideal de hombre, y para Riley ese ideal estaba tan lejano como la luna.

—No será una visita social, cielo. Quiero tener la oportunidad de hablar con tu senador y parece que esta será la mejor ocasión para hacerlo.

—No es sólo mi senador. Además, sé que sientes mucha simpatía por él, Riley. Lo sé.

—Si coopera conmigo, no tendré queja alguna.

—No creo que haya nada que pueda decirte, pero me gustará volverlo a ver.

Como Riley no quería seguir hablando sobre Welling, se inclinó sobre Regina para besarla. Sintió que Butch comenzaba a mordisquearle la barbilla y la oreja, haciendo todo lo posible para alejarlo. Riley se apartó para mirar al perrito.

—¿Dónde está tu juguete?

Butch irguió las orejas y se bajó rápidamente al suelo para dirigirse al recibidor. Regresó a los pocos segundos con el pequeño chihuahua de peluche y lo depositó a los pies de Riley. Este se echó a reír.

—Eres un perro muy listo. Muy bien. Puedo jugar durante unos minutos, pero eso es todo. Regina, téminate el café. Tienes cereales en el armario y fruta en el frigorífico. Sírvete lo que te apetezca, ¿de acuerdo?

—Gracias.

Diez minutos más tarde, Riley salía por la puerta. Aún seguía jugando con Butch, que se esforzaba todo lo que podía para arrebatarse el peluche.

—Estáis los dos locos —comentó Regina, riendo.

—Es un perro muy fuerte y no se cansa de jugar —dijo, lanzando por última vez el peluche para Butch. Cuando el animal regresó con él corriendo, Riley negó con la cabeza—. No. Ahora que juegue Regina contigo.

El animal recogió el juguete y se lo llevó rápidamente a su dueña.

—Genial. Muchas gracias —observó ella, entre risas.

Riley le hizo levantar la barbilla para darle un largo beso.

—Si necesitas algo mientras yo esté fuera, sólo tienes que llamarme al móvil.

Sabía que tenía que marcharse rápidamente, antes de que decidiera que no se iba a marchar en absoluto. Aquel día iba a obtener algunas respuestas. Cuanto antes, mejor. Entonces, regresaría casa con Regina. Muy pronto, todo habría quedado resuelto.

En el momento en el que Riley salió por la puerta, Regina se puso a hacer sus planes para el día. Llamó a Rosie a su trabajo para averiguar el horario de Ethan y de Harris. Como eran bomberos, su horario era muy variado y no quería llamar y correr el riesgo de despertarlos. Rosie confirmó que al menos Ethan estaría levantado.

Lo llamó y lo invitó a acudir a casa de Riley. A continuación, llamó a Buck y le dejó un mensaje, dado que no contestó la llamada. Por último, se decidió a llamar a Harris. Una mujer respondió el teléfono, dejando completamente asombrada a Regina.

—Hola, ¿está Harris?

—¿Quién le llama? —preguntó la mujer, con la sospecha dibujada en la voz.

Se oyeron unos ruidos de fondo e, inmediatamente, la voz de Harris resonó al otro lado de la línea telefónica.

—¿Sí?

—Soy Regina. Siento mucho haberte interrumpido.

—No interrumpes nada —dijo él, aunque sus palabras provocaron otro revuelo. Harris tapó el auricular durante un momento y luego volvió a hablar—. ¿Qué pasa? ¿Va todo bien?

—Oh, sí. Es sólo que voy a hacerle una entrevista a Riley y, dado que va estar fuera la mayor parte del día y no quiere que yo abandone este apartamento, me imaginé que podría empezar charlando con sus amigos. Ethan va venir dentro de unos minutos Y esperaba que, si no estabas demasiado ocupado, tal vez pudieras venir después de él.

—¿Sabe Riley que nos has invitado? —preguntó Harris, muy divertido.

—No. ¿Por qué?

—No hay razón alguna —respondió él, tras lanzar una carcajada—. Sí, me encantaría ir a charlar contigo. De hecho, no me lo perdería por nada del mundo. ¿Quieres que vaya a buscar a Buck y lo lleve también? Así podrás matar dos pájaros de un tiro.

—Ya lo he llamado. Está trabajando.

—Es su propio jefe. Si no puede tomarse un par de horas libres, ¿quién puede hacerlo?

—No, déjalo —comentó Regina, riendo—. Prefiero hablar con vosotros individualmente

—¿De verdad? Muy bien. Como tú prefieras. Esto va a ser muy divertido.

Entonces, colgó antes de que Regina pudiera preguntarle a qué se refería.

Riley llegó a Cincinnati en menos de una hora. Le resultó muy fácil encontrar el edificio donde estaba el periódico. Pensó en ir a hablar con Carl en primer lugar, pero cambió de opinión y aparcó delante de la empresa de seguros. En recepción, pidió ver a Luther y le indicaron que subiera a la cuarta planta.

Mientras subía, pensó qué iba a decir. Se dio cuenta de que deseaba que el antiguo prometido de Regina fuera culpable, sólo por tener así la satisfacción de sacar a aquel tipo de su pasado en caso de ella siguiera sintiendo algo por él.

Al llegar arriba, se dio cuenta de que no había nadie tras el mostrador de recepcionista de planta. Miró el reloj y se dio cuenta de que era la hora de comer. A pesar de todo, se decidió a ir al despacho de Luther. Con decisión, llamó a la puerta. Entonces, captó un humo de olor dulzón. Era marihuana.

Trató de abrir la puerta, pero estaba cerrada con llave. Después de volver a llamar, decidió hacerlo en voz alta.

—¿Luther Finley?

Se oyó un gran revuelo al otro lado de la puerta. Cuando por fin se abrió, Riley se encontró con un hombre de más o menos su altura, de cabello negro y ojos azules. Iba vestido con un traje muy caro, impecable y de muy buen gusto. Maldita sea. Primero el senador y después aquel payaso. Si Regina se sentía atraída por aquel tipo de hombres, no tenía ninguna posibilidad.

—¿S? ¿Quién es usted? ¿Qué desea?

¿Aquel era el hombre para el que Regina había comprado aquellos libros? ¿El hombre al que esperaba agradar en la cama? Riley sintió el deseo de pegarle un puñetazo, pero se controló. No quería mostrarse como un estúpido celoso.

Miró el despacho y vio que tenía la ventana abierta y que uno de los cajones del escritorio estaba ligeramente abierto. Perfecto. Al menos tenía las de ganar.

—¿Puedo ayudarle en algo? —insistió Luther con impaciencia.

—¿Es usted Luther Finley? Me llamó Riley Moore —replicó, mostrándole su placa—. Trabajo para el departamento de policía de Chester. Necesito un momento de su tiempo.

—¿La policía? ¿Qué diablos he hecho?

—Quiero preguntarle por una conocida suya. Comprenda señor Finley que esta es una visita informal y que no está usted metido en ningún lío. Sin embargo, me gustaría que me diera información.

—¿Sí? ¿Sobre quién se trata? —preguntó Finley, más relajado. Pensaba que iba a dejar pasar lo de la marihuana.

—Regina Foxworth. Parece estar teniendo algunos problemas.

—¿Dice usted que Regina tiene problemas? —replicó él. La curiosidad se había desvanecido bajo una repulsiva sonrisa—. Sí, estoy seguro de ello. Pase y siéntese. Estaré encantado de ayudarlo.

Regina le ofreció a Ethan un vaso de refresco de cola.

—Ahora, dime todo lo que sepas sobre Riley.

—No creo que esto sea una buena idea, Regina —replicó él, con

cierta cautela.

—No te preocupes. Riley me ha dado permiso para entrevistarlo. Como no quiere que me marche del apartamento, esto es lo único que puedo hacer por el momento. No le importará.

—Está bien —dijo Ethan, aunque sin parecer muy convencido—. ¿Qué es lo quieres saber?

Regina observó a Ethan y se preguntó qué podía preguntar primero. Al final, se decidió rápidamente.

—¿Ha tenido Riley alguna relación últimamente?

Ethan se atragantó, la miró y volvió a atragantarse. Ella se levantó para darle palmadas en la espalda, pero a Butch no le gustó y comenzó a aullar. Por alguna razón, parecía sentir una profunda antipatía por Ethan.

—¿Y bien? —insistió ella, cuando Ethan se hubo recuperado.

—¿Qué tiene esto que ver con tu entrevista?

—Sus hábitos sociales serán de interés para cualquiera que lea el artículo. Querrán saber cosas sobre él, no sólo sobre su trabajo.

—Ha salido con algunas chicas —dijo Ethan por fin—, aunque no muy a menudo ni muy en serio.

—¿De verdad? ¿Significa eso que es muy selecto?

—No tengo ni idea. Sólo sé que Riley es... diferente. No es como la mayoría de los hombres que conozco. Piensa de un modo diferente y ve las cosas de un modo diferente.

—Es peligroso.

—Sí, supongo que podríamos decir eso, aunque sólo para los que están en el lado equivocado de la ley. Para la mayoría de la gente es un santo. Riley utiliza toda su energía para proteger a la gente. Si hubieras visto cómo derribó al tipo que encontramos en tu apartamento... No pareció hacer mucho esfuerzo. Lo hizo de un modo rápido, frío y eficaz. El tipo iba corriendo y, un segundo después, estaba completamente inmovilizado por Riley. Resultó espectacular y algo aterrador. Aún me sorprende que dejara las Fuerzas Especiales

para venir aquí.

— ¿Por qué lo hizo? ¿Lo sabes?

— No tengo ni idea. Riley no habla mucho de sí mismo. Yo le confiaría a mi esposa y sé que es uno de los mejores hombres que hay por aquí, pero su pasado es un secreto. Lo conozco desde hace seis años y nunca me ha dicho nada.

— ¿Quién lo ha visto con más frecuencia últimamente? — preguntó ella, desilusionada, tratando de no ser demasiado descarada.

— Tú.

— No. Me refería antes de que yo viniera a vivir aquí.

— Tú.

— Pero nosotros no...

— ¿Que no salíais? Eso no importa. Recuerdo que cenamos todos juntos el día después de conocerte. Riley habló mucho sobre ti.

— ¿Y qué dijo?

— No fue tanto lo que dijo, sino cómo lo dijo. Inmediatamente, todos supimos que se sentía interesado por ti. Y el día del fuego... A pesar de que yo estaba muy distraído con lo de Rosie, no me pasó por alto cómo te trataba como si fueras suya.

— ¿Qué?

— Que te trataba como si fueras suya.

— Eso es ridículo.

— ¿Qué te pareció a ti que le pasaba cuando te tomó en brazos y no quería dejarte en el suelo?

— Me sangraba la cabeza. Además, estaba algo aturdida.

— ¿Y tampoco podías andar? Te tuvo en brazos porque quería hacerlo y porque decidió que eras suya. Todos nos dimos cuenta.

— Pero no me ha pedido que salga con él ni se ha mostrado interesado por mí... Hasta hace muy poco — añadió Regina al ver cómo la miraba Ethan.

— Tonterías. Ha estado tratando de enseñarte a defenderte y te ha estado siguiendo por todas partes, vigilándote y haciendo de tu

bienestar el motor de su vida. Además, está como te mira, Regina... Riley no es la clase de hombre que diga lo que siente, pero, si yo tuviera que adivinarlo, diría que tú eres una distracción muy importante para él.

—¿De verdad crees eso? —preguntó ella, sin evitar sentirse esperanzada.

—Lo sé. Bueno, ahora siento tener que marcharme, pero es que Rosie tiene algunas horas libres...

Con una sonrisa, le dijo a Regina lo que necesitaba saber. Se amaban tanto... Deseaba tener lo que la pareja compartía, la cercanía, el cariño... Si pudiera tenerlo con Riley, sería mucho más de lo que alguna vez se hubiera atrevido a soñar.

Riley rodeó el escritorio para dirigirse a la ventana abierta.

—Según tengo entendido, Regina y usted estuvieron comprometidos.

—¿Es eso lo que ella le dijo?

—¿Está diciéndome acaso que me mintió?

—No —respondió Luther con mofa—. Ella pensó que estábamos comprometidos, pero ya sabe usted cómo son las cosas. Regina es una de esas mujeres para las que todo tiene que ser adecuado y decente. Nunca se habría acostado conmigo sin un anillo en el dedo...

—Entiendo. Entonces, usted le mintió — dijo Riley, conteniéndose para no romperle la nariz de un puñetazo.

—Le dije lo que necesitaba escuchar. Si la ha conocido, me comprenderá. Es muy femenina en apariencia, por lo que pensé que sería una gata salvaje en la cama. Sin embargo, se mostró tan rígida como una escoba. No hubo satisfacción en absoluto. Fue como acostarme con una maldita tabla. Por cierto, ¿qué tiene esto que ver con los problemas en los que está metida? —añadió.

Alguien la está molestando, dañando sus bienes y asustándola. Estoy tratando de averiguar de quién se trata —replicó Riley, volviéndose para mirar a Luther con una fría sonrisa.

—¿Me está acusando a mí?

—Sólo estoy reuniendo los hechos, aunque me parece que usted siente cierta animosidad por ella.

—No, claro que no. Cuando cortamos, mandé a esa mojigata a paseo.

—Entonces, no hay arrepentimientos al respecto.

—Claro que no. ¿Sabe lo que esa estúpida tuvo la cara de hacer? Se compró unos libros de sexo y quería hablarme de ellos. Se comportó cómo si yo fuera responsable de su falta de placer en la cama. Yo le dije que resultaba muy difícil satisfacer a un trozo de carne congelada. Se enfadó y comenzó a comportarse con mucha superioridad hacia mí, así que le dije que ayudaría a solucionar el problema si se esforzaba un poco más en conseguir mi interés. Está tan delgada que le sugerí que se operara el pecho —comentó entre risotadas.

Riley vibraba de furia, pero mantuvo perfectamente la compostura.

—No he notado que le falte de nada.

—En ese caso, es que no la ha visto desnuda. Tiene un trasero bonito, pero lo de arriba deja mucho que desear. Pues se puso hecha una fiera. Me dijo que no estaba dispuesta a casarse con un hombre que no la quería como era.

—¿Y así terminó el compromiso? —preguntó Riley, lleno de satisfacción. En silencio, se felicitó por la reacción de Regina.

—Sí, y a mí me pareció bien. Me tiró el anillo y se marchó. No la he visto desde entonces. Ni quiero verla. ¿Sabe una cosa? Creo que ha debido de fastidiar a otro tío y que él se está vengando de ella. Se lo merece. Tal vez así se suelte un poco y consiga vivir la vida.

Riley ya no pudo soportarlo más. No podía consentir que aquel tipo siguiera insultando a Regina de aquel modo.

—Déjeme explicarle una cosa —dijo. Sin prisa, agarró el brazo de Luther y se lo retorció del modo adecuado hasta que el tipejo lanzó un grito de dolor—. Regina Foxworth es mía. Terminaré casándome con

ella. Cualquiera que la insulte me insulta a mí.

—Eso no me lo había dicho. ¡Lo siento!

—Con eso no me sirve. Verá, ¿cómo sé yo que no va extendiendo esos rumores tan desagradables por ahí? Creo que debería hacerle entender lo que yo sería capaz de hacerle si vuelve a mencionar de ese modo su nombre.

—Por favor...

De repente, Riley lo soltó. Luther se incorporó sujetándose el brazo.

—Puedo hacerle más llaves como esa. Conozco lugares que, manipulados adecuadamente, pueden causarle un dolor que ni siquiera se imagina. ¿Cuántos necesito demostrarle antes de que lo comprenda?

—Con uno ha sido suficiente, se lo juro...

—No sé...

Luther se colocó al otro lado del escritorio, lo que le dio un falso sentido de seguridad.

—Es mejor que se marche de aquí. Usted es policía. No me puede hacer esto. Lo denunciaré...

—¿Sí? —replicó Riley, volviendo a abrir el cajón del escritorio—. Bueno, pues yo puedo denunciarlo por fumar marihuana en su lugar de trabajo. ¿Qué cree que les parecerá eso a sus superiores?

Luther abrió los ojos de par en par.

—Sólo le diré esto una vez, Luther —añadió Riley—, así que preste atención. Manténgase alejado de Regina y mantenga su sucia boca cerrada y, entonces, lo que haga en sus horas de trabajo es asunto suyo. A mí no me importa en absoluto.

—Pero a mí sí —dijo otra voz desde el umbral.

Riley se dio la vuelta y vio a una esbelta mujer, vestida muy elegantemente. Estaba mirando a Luther con odio en los ojos.

—¿Es usted la recepcionista? —preguntó Riley.

—Sí. Y también era su prometida —dijo mientras se quitaba un

minúsculo anillo del dedo y se lo tiraba a Luther a la cara—, pero ya no.

—¿Ha escuchado usted nuestra conversación?

—Sí. Por completo. Regresé a mi puesto hace unos minutos.

—Yo debería disculparme por...

—No. Es un cerdo y siento que haya hecho daño a su novia.

—No lo ha hecho. Regina es demasiado inteligente como para verse herida por él.

—Lo que le hizo... El modo en el que, casi sin tocarlo, lo hizo aullar de dolor... ¿Cómo la consiguió?

—¿Por qué quiere saberlo?

—Creo que me vendría bien saberlo.

—Si va alguna vez a Chester, pásese por mi gimnasio y se lo enseñaré —comentó Riley con una sonrisa. Entonces, se sacó una tarjeta de la cartera y se la entregó a la mujer.

—Gracias.

Mientras se marchaba del edificio, Riley tuvo que admitir que, probablemente, no era Riley el que estaba molestando a Regina. No había detectado engaño alguno en sus palabras. Seguiría pendiente de él, pero dudaba que estuviera implicado.

Cuando salió al exterior, se detuvo en la acera para mirar el edificio del periódico. Uno menos.

Regina sonrió ante la determinación de Buck para hacerse amigo de Butch, pero el perro no parecía cooperar. Por mucho que tratara Buck de acercarse a él, el animal seguía gruñéndole a modo de advertencia.

—¿Estás segura de que este maldito perro no es medio tejón?

—No lo entiendo. Conmigo es siempre tan cariñoso...

—Bueno, Regina, contigo es muy fácil ser cariñoso —comentó Buck mientras se ponía de pie.

—Gracias —susurró ella, algo avergonzada—. Ahora, si quieres tomar asiento, te traeré algo de beber.

—No, gracias. Vayamos al grano. Quieres que te cuente cosas de Riley, ¿verdad?

—Bueno, sí. Estoy haciendo una entrevista sobre él.

—Pues te diré que está completamente colgado contigo —afirmó él, tras sentarse en el sofá—. Nunca pensé que llegaría el día en el que vería a Riley con una debilidad. Resulta muy divertido ver cómo se comporta estando completamente enamorado.

—Oh, pero yo no me refería a...

—¿Qué? ¿No querías saber lo que siente por ti? Claro que sí. A mí no me importa. Riley es muy duro, de eso no hay ninguna duda, pero cualquier hombre que oculta su pasado tan celosamente tiene muchas heridas. Me gustaría verlo feliz y da la casualidad de que creo que tú puedes conseguirlo. Así que, sea lo que sea lo que yo pueda hacer para animar las cosas, cuenta conmigo.

—Yo...

—Si quieres saber mi opinión, creo que una mujer lo hizo sufrir mucho. Creo que eso tiene sentido, ¿no te parece? Si hubiera sido un hombre, Riley le habría dado una buena patada en el trasero, no habría dejado su trabajo y se habría mudado de ciudad. Ahora, por fin has llegado tú, para despertar de nuevo la vena posesiva en él y ayudarlo a centrarse. Me alegro mucho de que te hayas venido a vivir con él. Deberías mantenerlo ocupado. Bueno, ¿es eso todo lo que querías?

—Yo... —susurró Regina, atónita—. Había esperado averiguar algo más sobre el trabajo de Riley, lo que hace...

—Lo siento, yo de eso no sé nada. Antes era miembro de las Fuerzas Especiales de la policía, pero dejó la ciudad para venir aquí. Dado que Chester no tiene cuerpo de Fuerzas especiales, Riley se hizo técnico de investigaciones. Ese es el principio y el final de lo que sé de él. Bueno, hay algo más.

—¿Sí?

Buck se levantó la camiseta y dejó al descubierto un hombro

enorme. Entonces, flexionó el brazo para mostrar un bíceps impresionante.

—¿Ves eso?

—Sí. Me resultaría difícil no verlo.

—Yo soy fuerte. Hago mucho ejercicio físico todos los días. Si me enfado, los hombres se alejan de mí, pero no me cabe la menor duda de que Riley podría convertirme en carne picada si quisiera hacerlo. Esa clase de preparación va más allá de lo que se aprende para un trabajo, aunque uno sea un miembro de los Cuerpos Especiales de la policía. Es un estilo de vida, una personalidad, una parte inherente del hombre. Riley es como un guerrero nacido en el siglo equivocado. Moriría por proteger a las personas que ama y, a cambio, espera lealtad.

¿Le estaba advirtiendo Buck? Regina no estaba del todo segura, pero decidió tranquilizarlo.

—No te preocupes. Yo nunca le haría daño.

—Lo sé. Por eso creo que eres perfecta para él.

Buck se levantó y se dirigió hacia la puerta. Tanto Regina como Butch lo siguieron.

—¿Sabes una cosa, Buck? Me has sorprendido un poco. Suelen ser tan callado...

—No. Es sólo cuando estoy con Harris. ¿Quién va a poder decir algo con él cerca?—comentó, entre risas. Entonces, abrió la puerta y se encontró con Harris en persona, que se disponía a llamar—. Vaya, hablando del rey de Roma...

Riley contempló a Carl Edmond. Era un tipo alto, delgado, con gafas y el cabello rubio pulcramente peinado. Llevaba un traje con chaqueta y corbata. Todos los demás que había en la sala se habían quitado la chaqueta y remangado la camisa. Él no.

Estaba inclinado sobre el teclado, con el ceño ligeramente fruncido. Escribía algo en su ordenador. Riley tomó una silla y se sentó frente a él. Carl estaba tan absorto en su trabajo que no se dio cuenta de su

presencia hasta que Riley no se hubo sentado.

— ¿Puedo ayudarle en algo? — preguntó Carl cortésmente.

— Es usted Carl Edmond, ¿verdad?

— Así es.

— Estoy aquí informalmente — comentó Riley, mostrándole su placa—. Si no le importa me gustaría hacerle unas preguntas.

— Tal vez deberíamos ir a algún lugar más' privado — sugirió Carl mirando a su alrededor.

Se había sonrojado.

— Claro.

Riley acompañó a Edmond a una sala, en la que estaban completamente a solas.

— ¿Le apetece un café? — le preguntó Carl cortésmente.

— Por favor.

Edmond tardó unos minutos en colocarle una humeante taza de café delante junto con una servilleta.

— Usted conoce a Regina Foxworth — dijo Riley, sin andarse por las ramas.

Carl acababa de empezar a dar un sorbo a su café, pero se detuvo en seco. Tenía el rostro iluminado de placer.

— Sí, sí. Así es. Está bien, ¿verdad? — añadió con repentina preocupación.

— Sí, pero alguien la ha estado acosando.

A continuación, Riley explicó todas las cosas que le habían estado pasando sin dejar de observar a Carl. Tenía la esperanza de descubrir algo en la expresión de su rostro.

Nada.

— Es terrible. Regina es... Es una persona maravillosa. No me refiero a su aspecto... bueno, a su aspecto también, pero es una de las mujeres más amables que conozco. Yo le debo mucho. Si hay algún modo en el que pueda ayudarle a encontrar a esa persona malvada...

—¿Por qué ha dicho usted que le debe mucho?

—Bueno, es una larga historia, pero yo creí estar enamorado de ella. Me temo que me convertí en una verdadera molestia para ella. La seguía a todas partes, como un cachorro enamorado. Sin embargo, ella siguió siendo amable conmigo. Me hizo sentarme y me explicó que sólo me quería como amigo. Entonces, me sugirió que me espabilara y que le prestara más atención a la chica de los donuts.

—¿La chica de los donuts?

—Sí, viene a esta sala para traer donuts dos veces al día. Al principio, yo no lo comprendí. Pero hice lo que Regina me había sugerido. Gracias a ella, ahora estoy casado con Carolyn. Al menos para mí, fue amor a primera vista.

—Estupendo. Enhorabuena.

Tampoco iba a sacar nada de aquella entrevista. A pesar de todo, se sacó una tarjeta y se la entregó a Carl.

—Si se le ocurre alguien que pudiera querer molestar a Regina, ¿le importaría llamarme?

—Estaré encantado de hacerlo. ¿Señor Moore? —dijo Carl, agarrando del brazo a Riley en cuanto se puso de pie—. Cuide bien de ella, ¿de acuerdo? Es una persona muy especial.

—Tiene mi palabra —afirmó Riley.

Riley oyó el jaleo antes de terminar de abrir la puerta. Había música, risas, alegres ladridos... Frunció el ceño y abrió en silencio la puerta. Nadie se dio cuenta de su presencia.

Regina estaba sentada en el suelo con las piernas cruzadas, de espaldas al sofá en el que Harris estaba tumbado de costado, con la cabeza apoyada sobre una mano. Butch correteaba por todas partes.

Los hombros de Regina estaban tocando el vientre de Harris... La nariz de él estaba prácticamente al lado de la oreja de ella...

Riley cerró con la puerta con un sonoro clic, que pareció más eficaz que un portazo. Butch levantó la cabeza e inmediatamente se le dibujó la alegría en el rostro. A todo correr, se dirigió a él lleno de júbilo.

—Hola, chiquitín —dijo Riley tomándolo en brazos. El perro le bañó la cara a lametazos.

—Hola Riley —observó Harris, incorporándose en el sofá con la boca torcida, como si quisiera ocultar una sonrisa.

Regina se acercó rápidamente al equipo de música y lo apagó. Con las manos a la espalda, le sonrió tímidamente. ¿Tímidamente? ¿Qué estaba tramando?

Ella dudó un segundo y entonces, con menos entusiasmo del que había mostrado Butch, se acercó a él y, tras ponerse de puntillas, le dio un beso. No fue un cortés beso en la mejilla. No. Le enmarcó el rostro con las manos y deslizó sus dulces labios sobre los de Riley hasta que él olvidó que Harris también estaba en el salón. La agarró por la

cintura y le introdujo la lengua entre los labios. Cuando ella se quedó inmóvil, Riley acabó el beso de mala gana.

—Estás en casa —susurró ella.

—¿Antes de lo que habías esperado?

—Eh, Riley. ¿Tienes una pistola en el bolsillo o es que te alegras de ver a Regina? —bromeó Harris.

—No. Es un regalo para el perro.

—Oh —musitó Regina, tras observar con detenimiento el bulto que tenía bajo el cinturón.

—Creo que ha llegado el momento de que me marche —anunció Harris.

Tuvo el descaro de acercarse a Regina, darle un beso en la mejilla y luego guiñarle un ojo a Riley.

Al ver que este entornaba los ojos, Harris se echó a reír.

—No me hagas daño, ¿de acuerdo, Riley?

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó él.

—Ah, bueno. Sólo soy uno más en una larga fila de hombres que han estado en tu casa en el día de hoy.

Regina le dio un codazo. Entonces, Riley la agarró por el brazo y la llevó a su lado para que no pudiera darle más codazos a Harris. Este, por su parte, estaba tratando de salir por la puerta. Fue el propio Riley quien se la abrió.

—Ya hablaremos más tarde, Harris.

—De acuerdo.

Con eso, su amigo se marchó. Riley cerró la puerta y le echó la llave. Entonces, tras ignorar a Regina por un instante, se dirigió hacia el sofá.

—Bueno, muchacho —dijo a Butch mientras tomaba asiento—. ¿Me has echado de menos? —añadió. El perro comenzó a ladrar, muy emocionado—. Quieres tu regalo, ¿verdad?

—Lo mimas demasiado, Riley —comentó Regina, con una sonrisa, acercándose también al sofá.

—Pensé que podría mantenerlo ocupado mientras yo te metía en la cama.

Riley escuchó que ella contenía el aliento, pero no dijo nada. Estaba tan tenso, tan... necesitado después de hablar con Carl y Luther que sabía que, si no la poseía pronto, terminaría por explotar. Se sacó un enorme hueso del bolsillo y lo dejó en el suelo.

—¿Crees que podrás con él, compañero? — le dijo al perro.

—Pero si es mayor que él —observó Regina, llena de diversión.

Butch agarró el hueso por un lado y comenzó a tirar de él hasta que quedó completamente oculto debajo de la mesa.

—Creo que eso lo mantendrá ocupado — afirmó Riley. Entonces, se puso de pie y se dirigió a Regina—. Ahora te toca a ti.

—¿Sí?

—Te he echado de menos...

—Yo también te he echado de menos a ti — musitó ella con una dulce sonrisa.

Riley le deslizó los brazos alrededor de la cintura. Entonces, la miró muy fijamente y dijo:

—Iba a ir muy lentamente contigo, Red. Iba a comenzar por enseñarte unos movimientos de defensa personal porque eso es importante y luego te iba a llevar a la cama.

—Llevas ya un tiempo enseñándome movimientos de defensa personal...

—Pero prefiero hacerlo en privado, donde puedo mezclar las clases con besos y caricias.

—¿Y has cambiado de opinión sobre lo de darme clase?

—No, pero creo que no puedo esperar. Ya nos ocuparemos de las clases más tarde.

—Me alegro — musitó ella con una sensual sonrisa en los labios—. He estado pensando en ti todo el día. No quiero esperar.

Riley la tomó en brazos y la llevó al dormitorio. Entonces, cerró la puerta con un suave empujón del pie y se sentó en el borde de la cama

con ella sobre el regazo.

—¿Cómo has podido pensar sobre mí cuando has tenido aquí a Harris entreteniéndote?

—Hemos estado hablando sobre ti —respondió ella mientras lo ayudaba a quitarse la chaqueta. A continuación, empezó a desabrocharle botones.

—¿De verdad? —le preguntó. No le gustaba mucho aquello.

—Sí —contestó ella. Entonces, se inclinó sobre él para besarle la garganta—. Yo quería empezar tu entrevista charlando con tus amigos. Te respetan mucho, Riley.

—¿Que me respetan?

—Sí. Ethan, Buck y Harris.

—¡Red! ¿Es que los has hecho venir a los tres?

—Mmm —susurró ella. Tras quitarle la camisa, había comenzado a depositar suaves besos sobre el torso de Riley—. No saben sobre ti más que yo —añadió. Entonces, lo empujó sobre el colchón y se sentó sobre él a horcajadas para comenzar a desabrocharle el cinturón.

—Tú sabes todo lo que hay que saber sobre mí.

—No, pero puedo ser muy paciente. He decidido no hacer la entrevista hasta que no te sientas cómodo hablándome de tu pasado.

—Red...

—Levanta las caderas...

Con un hábil movimiento, le bajó los pantalones y los calzoncillos al mismo tiempo. Entonces, se levantó para quitarle los zapatos y dejarlo completamente desnudo.

—Eres un hombre muy atractivo, Riley Moore...

—Me alegro de que tengas esa opinión. Ahora, ven aquí.

—Un momento. ¿Has hablado con Luther? —le preguntó. Seguía de pie, al lado de la cama.

—Sí. Hable con él.

—Te contó todo sobre nuestra ruptura, ¿verdad? —dijo mientras se quitaba las sandalias.

—Me explicó que fue un estúpido que no te merecía.

—Estoy segura de que Luther no diría eso ni en un millón de años.

—No, pero es el resumen de lo que dijo. Tanto si él se dio cuenta como si no, tú eres una mujer muy sexy, Red. Yo me di cuenta en el momento en el que te vi.

—Gracias...

Se agarró el bajo del vestido y se lo sacó por la cabeza. Después de dejarlo a un lado, se bajó las braguitas y se las quitó. Entonces, se irguió y esperó.

Riley sintió una extraña sensación. Estaba temblando de deseo y, al mismo tiempo, experimentando una infinita ternura. Nunca lo había sentido antes, tal y como le había dicho a Regina. Desde el primer momento, había sentido que ella sería diferente.

Extendió una mano para agarrarla y la hizo caer sobre de la cama. Inmediatamente, se colocó encima.

—Eres perfecta —susurró mientras le cubría un seno con la mano.

—Yo...

—Perfecta. Yo conozco muy bien el dolor, Regina. La gente dice y hace cosas que, si se lo permitimos, pueden hacernos mucho daño por dentro.

—¿Es que te ha hecho alguien daño a ti?

—Sí... Mi esposa —confesó.

—¿Estuviste casado? —preguntó ella, atónita.

—Sí... Luther es un idiota. Yo no te cambiaría en nada... —susurró antes de meterse un pezón en la boca

—Riley, espera...

—No puedo.

Suavemente comenzó a chupárselo mientras le presionaba la entrepierna con la mano. Regina era tan cálida y suave. El vello que le cubría la entrepierna ya estaba húmedo...

—¿Riley? —le preguntó ella, agarrándole la muñeca para detenerla—. Hay algo que siempre he deseado probar.

—¿El qué? —replicó Riley, tras obligarse a detenerse.

—Esto.

Le empujó de espaldas sobre la cama. Entonces, se colocó encima de él, con los senos sobre su torso y una pierna entre las de él. El cabello le caía suelto, sedoso y alborotado.

—No te muevas...

De repente, Regina se levantó y le ofreció una hermosa vista de su trasero mientras abría el cajón de la mesilla de noche para sacar un preservativo.

—¿Es que tienes prisa?

—Sí. Dime si te lo pongo mal.

Abrió el pequeño paquete y se inclinó sobre él, concentrándose mucho en la tarea. Riley sentía el aliento de ella sobre su masculinidad, lo que le hizo gruñir de placer. Regina lo miró muy sorprendida.

—Pero si todavía no te he tocado.

—Lo sé... —susurró él, a duras penas.

Le miró el pene erecto y sonrió. Entonces, se lo agarró y apretó suavemente.

—¿Te gusta así?

—Me gusta todo lo que me hagas.

—¿Te gustaría que te besara?

—Sí... Oh, Dios... —musitó mientras arqueaba la espalda presa de un delicioso placer. Regina tenía la boca muy cálida y la lengua curiosa. Riley le agarró la cabeza entre las manos y la guió, animándola a profundizar más. Había soñado con aquello, con la maravillosa Regina dándole un placer que él iba a disfrutar tanto. La realidad fue mucho mejor que la fantasía.

Durante varios minutos, ella lo volvió loco. Saboreaba, lamía, tragaba... Finalmente, se levantó y Riley sintió que el corazón se le henchía de alegría ante la evidencia de su excitación. Regina tenía los ojos iluminados por la pasión y las mejillas cubiertas de rubor.

—Sabes muy bien, Riley —dijo, maravillada.

—Y tú también —replicó él. Sentía una profunda necesidad de estar dentro de ella.

Se miraron durante un largo momento antes de que Regina se inclinara para depositar el último beso en su sexo. Entonces, con mucho cuidado, le colocó el preservativo y Riley vio como se sentaba a horcajadas encima de él.

—¿Y ahora qué? —quiso saber él.

—Ahora quiero que lo hagamos así, conmigo encima.

—¿Sí? Me gusta esa idea. Eso significa que puedo verte y tocarte por entero.

—Sí... —susurró ella con los ojos oscurecidos por el deseo.

Regina se levantó un poco y guió el pene hasta la abertura de su vagina. Entonces, lentamente, comenzó a hundirse en él. Riley le agarró los muslos y ella le colocó las manos sobre el pecho.

Fue increíble poder ver el rostro de Regina, observar sus expresivos ojos y ver el modo en el que se le separaban los labios y trataba de tomar aliento.

—Un poco más —la animó él.

Regina, con los ojos completamente cerrados, consiguió por fin sentarse encima de él.

—Te siento vibrar...

Riley lanzó un gruñido. Sin poder evitarlo, levantó las caderas y, entre dientes, susurró:

—Estoy a punto de llegar...

—¿De verdad? —dijo ella, con una sonrisa. Entonces, volvió a levantarse.

—De verdad, Regina...

—Me gusta esto. ¿Y a ti?

Con un nuevo gruñido, Riley le cubrió los pechos para estimularle los pezones con los pulgares. Entonces atrapó ambos entre los dedos y comenzó a pellizcarlos y a tirar de ellos ligeramente. Regina arqueó la

espalda, conduciéndolo más profundamente dentro de sí.

Riley sabía que no iba a poder aguantar más, así que le colocó una mano entre las piernas y deslizó el dedo corazón en los suaves pliegues de su feminidad. Inmediatamente, llegó hasta el clítoris.

—Muévete, cielo. Móntame.

Regina extendió los dedos sobre el tórax de Riley y comenzó a levantarse y a dejarse caer cada vez más rápido. A él le encantaban los sonidos que emitía, el modo en el que se le tensaba el rostro con la concentración, con el placer. Riley mantuvo los dedos justo donde ella los necesitaba, dándole una fricción casi constante que funcionaba con los propios movimientos de ella. Muy pronto, ella estuvo tan excitada como él, a punto de explotar.

Riley levantó las rodillas para que así apoyara la espalda y devolverle así sus propios movimientos; aquello provocó que ella tuviera que levantar las rodillas de la cama. Con un grito ahogado, Regina se desmoronó encima de él. Entonces, con la boca abierta sobre el hombro, le suministró un embriagador chupetón.

El pequeño dolor que aquello le causó le hizo alcanzar la cima del placer y perdió el control. Le agarró el trasero y se hundió con fuerza en ella, gruñendo ante las sensaciones de su propio orgasmo y las oleadas de placer que iban y venían...

No estuvo seguro de cuánto tiempo pasó hasta que Butch saltó sobre la cama para pedir que le prestaran atención.

—Eh —susurró mientras apartaba el cabello de Regina para poder verle el rostro—. ¿Te encuentras bien?

—Mmmrrmf...

—¿Qué significa eso? —preguntó con una sonrisa.

—Que estoy bien. De hecho, me encuentro mucho mejor que bien. Estoy extraordinaria.

—Eso ya lo sabía yo...

La risa de Regina era la más dulce que hubiera escuchado nunca. Se mostraba totalmente relajada con él. Muy pronto lo amaría tanto

como él la amaba a ella.

—Tenemos tres problemas. Los dos estamos cubiertos de sudor y estamos pegados el uno al otro. El preservativo no va a servir de nada si no nos separamos y no creo que a Butch le esté gustando que no le prestemos atención.

—Hueles muy bien estando así, sudoroso. ¿Y yo?

—Casi tanto como para comerte.

Regina sonrió y se sonrojó. Entonces, centró toda su atención en Butch.

—Tienes que esperar, cielo le dijo dulcemente al perro—. Dame unos segundos para que pueda recuperar la sensibilidad en las piernas. Entonces, me levantaré y comenzaré a jugar contigo.

—Ese perro es peor que un niño.

—¿Y cómo lo sabes? ¿Es que has tenido alguna vez un hijo?

—No, pero sí me apetecía tenerlo —respondió, colocándola encima del colchón.

—¿De verdad?

—Sí —afirmó. A continuación, se sentó en la cama—. Quédate ahí quieta. Volveré enseguida. Se dirigió al cuarto de baño para deshacerse del preservativo. También ese gesto le proporcionó un momento para ordenar sus pensamientos y decidir cómo quería decir lo que deseaba que ella supiera.

Cuando regresó, Regina estaba sentada contra el cabecero de la cama, con la camisa de él puesta y Butch entre los brazos. El perro miró a Riley y trató de mantenerlo fuera de la cama con sus ladridos.

—Eres un mal perro. ¿Es que no te acuerdas que fui yo el que te trajo el hueso?

Al oír la mención de su golosina, Butch levantó las orejas y se fue al borde de la cama, gimoteando para que lo ayudaran a bajar. Con un suspiro, Regina lo colocó en el suelo. Entonces, el animal salió corriendo del dormitorio.

Riley encontró sus calzoncillos y se los puso. A continuación, se

sentó en el borde de la cama.

—Te sienta bien mi camisa.

—¿Sabes lo que creo? —preguntó ella entre risas—. Que te gusta echar piropos.

—Sólo a las personas que se lo merecen — susurró él. Suavemente, acarició el cuello de la camisa y, sin poder evitarlo, desabrochó el botón que tenía entre los pechos. No sabía si se cansaría alguna vez de ella.

De repente, sintió que algo duro le caía sobre el pie. Butch le había llevado el hueso y volvía a estar al lado de la cama.

—Oh, no. No quiero esa cosa encima de mi cama —le ordenó él.

Sin embargo, el perro insistió y estaba tan ridículo con aquel objeto tan grande en la boca, que Riley terminó ayudándole a esconderlo entre la ropa de cama. Después, captó la indulgente expresión del rostro de Regina.

—¿Qué pasa?

—Cuando te conocí, supe que eras un hombre muy fuerte y muy capaz. Eso es tan fácil de notar como tus ojos azules y me dije que tendría que acercarme a ti para aprender algo de defensa personal.

—Algo que todavía tenemos que hacer.

—Entonces, después de un tiempo, decidí que también eras un estupendo amigo. Se nota que estás muy a gusto con los chicos y con Rosie. Yo deseaba tanto llegar a formar parte de eso...

—Y ya lo eres.

—Sí. Cuando compré a Butch, conseguí ver lo dulce que eres. Eso fue muy especial para mí, Riley. Ahora, al ver tu paciencia y generosidad, se me ocurre pensar que serías un padre maravilloso... aunque probablemente no harías más que mimar a tus hijos —añadió mientras le acariciaba suavemente los labios.

Riley giró la cabeza y le besó los dedos. Pensó que, hasta aquel momento, Regina había admitido que le gustaba y que sentía admiración por él. Quería más. Deseaba su amor.

—Creo que podemos pasar unos minutos charlando antes de tener que vestirnos para la ceremonia.

—Me gustaría hablar... de ciertas cosas.

—¿Sí? —preguntó él, tras meterse en la cama con ella—. Hace mucho tiempo desde la última vez que quise hablar con una mujer.

—¿Prefieres llevártelas a la cama?

—No he sido ningún santo, Regina, pero tampoco me he sentido atraído por muchas mujeres. Ahora has llegado tú, y siento que deseo estar dentro de tu cuerpo y hablar contigo al mismo tiempo. Me resulta muy extraño.

—Gracias...

—Tú primero.

—Nunca me he avergonzado de mi físico ni pensé que tuviera muchos defectos. Sin embargo, me esfuerzo mucho por estar lo mejor que puedo, pero, aunque me di cuenta de que Luther era un idiota, me sentí... preocupada de todos modos.

—Sin razón alguna. Eres increíble. Una hermosa mujer por dentro y por fuera.

—Gracias.

—Todos los problemas que había entre vosotros eran de él. Nunca fueron tuyos.

—Sí, ya lo sé, especialmente ahora —susurró Regina, mientras le acariciaba suavemente el abdomen—. Hoy, después de estar contigo, ya no me preocupa más. Sin embargo, tú sigues echándote la culpa por la mujer que te hizo daño.

—No es lo mismo, cielo —replicó Riley, muy tenso.

—¿Quieres decirme lo que ocurrió? No es por la entrevista ni por husmear en tu vida, sino porque me importas, Riley. Sé por propia experiencia que ayuda hablar.

—No se lo he dicho nunca a nadie... —musitó. No obstante, deseaba de todo corazón que Regina lo supiera. Se echó a temblar al sentir el dulce beso que ella depositó en su pecho, justo encima del

corazón—. Murió, Red.

—¿Tu esposa?

—Sí —respondió. Se alegraba de que Regina tuviera el rostro contra su pecho y que no lo estuviera mirando. No era un cobarde, pero aún recordaba los días de las mentiras y de los engaños—. Estaba teniendo una aventura con Phil, uno de mis amigos del cuerpo de Fuerzas Especiales, un hombre al que yo respetaba.

—¿Cómo lo sabes?

—Los sorprendí en la cama juntos. Regresé del trabajo temprano y los encontré en mi dormitorio, en mi cama.

—Lo siento mucho...

—Siempre me he controlado muy bien, Regina, pero, cuando los vi, no pude hacerlo. No puedo afirmar que sufriera un periodo de locura temporal o que estuviera cegado por los celos. Eso sería una mentira. Estaba furioso y quería darle una buena paliza a Phil, así que lo hice. Fría y metódicamente le hice daño. No fue nada que le dejara secuelas permanentes, pero le hice mucho daño.

—Escucha bien lo que estás diciendo, Riley. Podrías haberlo matado. Eres más que capaz de eso, pero no lo hiciste. En vez de eso, sólo le hiciste daño...

—Nadie consiguió lo que se merecía aquel horrible día... Mi esposa no hacía más que corretear a mi alrededor, chillando y llorando. Phil... era bueno, pero no tenía posibilidad alguna conmigo.

—Estaba en la cama con tu esposa, Riley. La mayoría de los hombres reaccionarían del modo en el que tú lo hiciste.

—Yo no soy la mayoría de los hombres.

—¿Significa eso que sabes luchar mejor que ellos?

—No hubo lucha alguna.

—¿Es que no te das cuenta? Otro hombre sin tu autocontrol podría haberlo matado, aunque no hubiera querido hacerlo.

—¿Sabes una cosa? Lo más extraño de todo fue que una parte de mi ira se debía a la esposa de Phil. En aquel momento, estaba

embarazada de siete meses. Cuando por fin se marchó de mi casa, mi esposa se fue con él y... los dos murieron en un accidente de coche.

—Tomaron sus propias decisiones, Riley.

—Los dos estaban muy disgustados. Físicamente, Phil no estaba en condiciones de conducir. Yo debería habérselo impedido o al menos evitar que mi esposa se fuera con él, pero no lo hice. Quería perderla de vista. Quería que se fuera.

—Sin embargo, no la querías muerta.

—No, eso es cierto —admitió, creyéndose por fin a sí mismo—. De hecho, ni siquiera quería que muriera él. Cuando recibí la llamada, mi máxima preocupación era por la esposa de Phil. No hacía más que verla mentalmente, lo feliz que era y los planes que estaba haciendo para cuando naciera su hijo. Estaba muy guapa embarazada y siempre que salíamos juntos nos mostraba la ropita o las cosas que había comprado para el bebé.

—Dios... ¿Cómo se tomó la noticia de que Phil y tu esposa...?

—No se lo dije nunca, Red. No se lo dije nunca a nadie... Tú eres la única que lo sabe.

—¿Cómo explicaste que estuvieran juntos en el coche? —quiso saber ella.

Yo trabajaba en la investigación de asesinatos, así que sabía muy bien cómo cubrirme. Me aseguré que nadie supiera nunca que yo estaba en casa cuando Phil y mi esposa se marcharon juntos. Luego dije que seguramente mi esposa había ido con Phil para ayudarlo a elegir un regalo para el bebé. Le dije a todo el mundo que lo habían estado hablando y que querían comprar algo muy especial porque Phil quería sorprender a su esposa. Nadie lo dudó ni me cuestionó a mí. Nadie se dio cuenta de que tenía los nudillos amoratados ni vieron tampoco los hematomas que tenía Phil. El accidente fue bastante grave y el coche terminó ardiendo. Ninguno de los dos estaba reconocible.

—¿Resultó alguien más herido en el accidente?

—No, gracias a Dios. Se salieron de la carretera y el coche se golpeó contra un árbol. No se vieron implicados más vehículos.

—¿Qué pasó con la esposa de Phil?

—Yo me quedé hasta después del nacimiento y traté de ayudarla. Tuvo un niño al que puso Phil, como su padre. Como él tenía un buen seguro de vida, su situación económica era bastante buena. Después de eso, decidí marcharme. Dejé mi trabajo y me mudé aquí. Me enteré de que ella volvió a casarse hace un año. El niño debe de tener... No sé, unos cinco años. Espero que los dos sean felices.

De repente, Regina comenzó a sollozar. Asombrado, Riley trató de mirarle el rostro, pero ella se lo impidió. Butch comenzó a gimotear y se subió a la cama para tratar de lamer el rostro de Regina.

—Cielo, ¿qué te pasa?

—Quiero darte una cosa, Riley. ¿Te parece bien? —susurró con voz ahogada.

Mientras hablaba, levantó el rostro. Tenía los ojos enrojecidos, al igual que la nariz.

—Sí, claro, pero, por favor, no llores. No puedo soportarlo.

Aquellas palabras provocaron que ella comenzara de nuevo a sollozar. Se levantó de la cama y salió del dormitorio.

—¿Regina?

—Volveré enseguida —aulló.

Regreso al cabo de un breve instante. Tenía la foto enmarcada del senador Welling en las manos. Se tumbó de nuevo en la cama y se acurrucó contra Riley. Entonces, le dejó la foto encima del regazo.

—Toma, puedes quedártela.

—Sí, genial —comentó él con cierto desagrado, antes de dejarla sobre la mesilla de noche—. Justo lo que siempre había querido.

Regina soltó una carcajada a pesar de las lágrimas.

—Antes me preguntaste por qué me la había traído.

—Sí.

—Cuando veo esa foto, me acuerdo del compromiso que ese

hombre tiene para con su familia y cómo defiende todas las cosas que representa, y que yo valoro. Me da la esperanza de que, algún día, yo también pueda disfrutarlas.

—Regina...

—Sentí esperanza el día en el que conocí a un hombre como él, pero ya no lo necesito como inspiración. Tú eres el mejor hombre que conozco, Riley —susurró, con una dulce sonrisa—. Nadie podría compararse contigo.

—No, no, Regina. Yo soy sólo un hombre.

—Un buen hombre. Un hombre de verdad y eso es mucho mejor que un político.

Riley sintió que le daba un vuelco el corazón. ¿Sería posible que ella también lo amara? ¿Lo habría conseguido por fin? Se disponía a decirle lo que sentía cuando el teléfono comenzó a sonar. De mala gana, Riley extendió la mano hacia la mesilla de noche y tomó el auricular.

—¿Sí? Hola, Dermot —dijo con un mal presentimiento—. ¿Qué pasa?

Como había sospechado, habían soltado a Earl. El juez había regresado hacía sólo unas pocas horas, pero Earl había hecho una llamada y había acelerado el proceso.

—Gracias por la información. Supongo que lo único que podemos hacer ahora es esperar que no se salte la libertad bajo fianza —afirmó antes de colgar el teléfono—. Parece que estamos otra vez en el principio, a no ser que el senador Welling recuerde algo de importancia.

—¡Oh, no! ¡El senador Welling y la ceremonia! Vamos —a llegar tarde —exclamó ella.

—Llegaremos a tiempo si nos damos prisa —replicó él, tras mirar el reloj. Apartó las sábanas y se puso de pie.

Regina permaneció en la cama, apretándose el labio inferior entre

los dientes.

—Riley... ¿estás seguro de que no nos podemos perder esa ceremonia? Ya no me emociona tanto ver al senador como antes.

—No, no podemos perdérsela —replicó él, tirando de ella para sacarla de la cama—. No quiero perder esta oportunidad. Si llegamos temprano, podremos hablar con el senador antes de que comience la ceremonia y así nos lo quitaremos de en medio.

—¿Y entonces podremos regresar aquí y seguir haciendo el amor?

—¡Señorita Foxworth! —exclamó él, fingiendo estar escandalizado—. Me sorprende usted.

—Pues cuando lleguemos a casa —repuso ella, con una— sonrisa—, te sorprenderé aún más.

Casa. Le encantaba el sonido de aquella palabra.

—Trato hecho.

Butch armó un buen revuelo cuando comprendió que el hecho de que Regina y Riley se estuvieran vistiendo significaba que lo iban a dejar solo. No le gustaba la idea y se aseguró de que los dos la comprendieran perfectamente por medio de unos sonoros aullidos.

Regina y Riley trataran de tranquilizarlo, pero no lo consiguieron. Además, Riley comenzó a temerse que los vecinos se quejarían si se marchaban dejándoles aquel escándalo.

Al final, debido a que la ceremonia se desarrollaría principalmente al aire libre, Regina decidió llevárselo. Lo metió en un enorme bolso y, como precaución extra, le puso una correa. Contento con lo que había conseguido. Butch cerró los ojos y se quedó dormido inmediatamente.

—¿Y tú eras la que decías que yo lo mimaba en exceso?

—Aún se está acostumbrando a nosotros — dijo Regina, a la defensiva—. Todavía no ha tenido estabilidad alguna en su vida con tantos cambios de residencia...

—Entendido —respondió él—. Comprendo que los cachorritos necesitan que se los tranquilice. Sólo espero que recuerdes que los perros viejos también lo necesitan —añadió, con una sonrisa.

En cuanto regresaran, Regina estaba decidida a decirle que estaba enamorada de él. Sabía que el amor es algo muy importante y que no debe negarse. Eso era precisamente lo que se había dicho cuando escogió a Butch y estaba dispuesta a aplicárselo a Riley. Le daría su corazón y esperaba recibir el de él a cambio.

Riley condujo el coche para acudir a la ceremonia. Regina aún se

sentía asombrada por las revelaciones que él le había hecho sobre su esposa y su mejor amigo, a lo que se unía la presión de su conciencia profesional por haber mentido. Recordó la consideración que había demostrado por la esposa de Phil y el hecho de que él había dejado a un lado su dolor para protegerla. Aquello, más que nada, definía la clase de hombre que era.

Una multitud de personas se arremolinaba frente al museo donde la Sociedad Histórica había planeado la ceremonia. Riley tuvo que mostrar su placa para tratar de llegar al interior de la sala donde el senador Welling pasaba el tiempo hasta que llegara el momento de su intervención. Al final, fue Regina quien consiguió que les dejaran pasar.

Dio su nombre al oficial de seguridad y le pidió cortésmente que informara al senador Welling de que ella le agradecería muy sinceramente un momento de su tiempo. El guardia hizo lo que ella le había pedido, a pesar de mostrar poca convicción de que el senador fuera a recibirlos. Al final, regresó y dijo que al senador Welling le encantaría volver a verla.

Los guardias no querían dejar pasar a Riley, por lo que Regina tuvo que insistir en que fueran a hablar con el senador para que autorizara la entrada de su acompañante.

El senador Welling, tan sonriente y jovial como la última vez que lo vio, se levantó de detrás de un enorme escritorio y pareció alegrarse sinceramente de volver a verla.

—Senador Welling, espero que no le estemos robando su tiempo.

—Claro que no y, por favor, nada de formalidades. Llámame Xavier. Después de todo, ya somos viejos amigos.

—Gracias. Me siento muy honrada.

—Siento la incomodidad que os haya podido causar la seguridad del museo. Son bastante insistentes en su trabajo —dijo Welling, cuando se acercó otro guardia para registrarlos.

—Oh, lo comprendo perfectamente. Eres un hombre muy

importante.

Regina extendió los brazos y dejó que el guardia la cacheara. Butch no se lo tomó muy bien y comenzó a ladrar al guardia cuando este miró en el interior del bolso. Al senador, al que le gustaban mucho los animales, le hizo mucha gracia.

— ¡Qué pelaje tan distinguido! ¿Es un chihuahua de pura raza?

— Sí. A mí también me parece muy bonito. A Riley no le gustó la invasión de su intimidad mucho más que a Butch, pero, al menos, no trató de morder a nadie. Se presentó, mostró su placa una vez más y permitió que le cachearan. Cuando terminó el chequeo de seguridad, simplemente asintió.

— Senador Welling...

— Llámame Xavier, por favor.

— Xavier entonces. Muchas gracias por recibarnos.

— Es un placer. Aún me queda mucho tiempo para la ceremonia y lo único que estaba haciendo aquí era desear que no me trabucara con las palabras.

— Estoy segura de que su discurso le encantará a todo el mundo — comentó Regina.

— Es mi mayor seguidora, Riley — replicó Xavier, riendo—. O al menos eso es lo que me dice ella.

— Sí, también me lo dice a mí también — dijo Riley con sequedad.

Regina frunció el ceño ante el tono que él había empleado. ¿Podría ser que estuviera celoso? Tal vez por eso había hecho aquel comentario sobre los perros viejos. Rápidamente decidió cambiar de tema.

— Senador, ¿cómo está tu becaria, esa joven tan encantadora que conocí en el parque?

— ¿Mi becaria? — preguntó él. Parecía confundido.

— Recuerdo que era muy callada, pero me dijiste que trabajaba muy duro y que tenía mucha dedicación para su trabajo.

— Sí, sí... — dijo Xavier, tras aclararse la garganta—. Trabajaba muy

duro. Lo siento, pero me resulta imposible recordar a todas las becarias. Van y vienen y... —añadió. De repente, se volvió hacia los guardias—. Esperad fuera.

Los guardias se miraron sin saber qué hacer. Xavier frunció el ceño y se acercó a ellos para pedirles que se marcharan.

—De verdad. Estoy completamente seguro con esta joven y su amigo. Idos. Me gustaría tener algo de intimidad. Ya está —añadió cuando los guardias se hubieron marchado—, mucho mejor. Bueno, sentaos. Ahora, Regina, cuéntame qué has estado haciendo.

Riley se lo impidió, algo que Regina no comprendió.

—Con tu permiso, me gustaría hacerte unas preguntas sobre lo que ocurrió aquel día en el parque —pidió Riley, tomando la palabra. Xavier palideció.

—¿Es que hay algún problema? —preguntó. —Desde aquel día, Regina ha estado siendo amenazada por alguien. Creo que comenzó todo con el coche que la sacó de la carretera —dijo Riley.

Xavier tragó saliva.

—Gracias a Dios que no resultó herida aquel día. Habría sido terrible que una mujer tan joven hubiera fallecido en aquel accidente.

—Sí, así habría sido —comentó Riley—. Y ese no ha sido el único incidente. Se ha visto agredida en varias ocasiones. La peor de todas ellas fue el fuego.

—¿El fuego? —repitió Xavier sin comprender.

—Sí. En mi opinión se trató de un fuego provocado. Destruyó un edificio completamente y estuvo a punto de hacer que Regina y una amiga suya perecieran.

—Es horrible... Horrible —susurró Xavier. Tenía los ojos cerrados y no dejaba de sacudir la cabeza.

Poco a poco, Riley iba empujando a Regina hacia la puerta por la que habían entrado. La sensación de que se avecinaba algo era tan fuerte que casi flotaba en el aire y provocaba que fuera imposible respirar.

—¿Senador? —susurró Regina.

—Tengo mis fallos, maldita sea...

—¿Qué diablos significa eso? —quiso saber Riley.

En aquel momento, el senador levantó la mirada y el rostro se le puso de un cierto color cetrino. Alguien había entrado en la sala, a sus espaldas.

Asustada, Regina se dio la vuelta y dejó escapar un suspiro de alivio. Era la señora Welling, elegantemente vestida con un traje de color turquesa y un collar de perlas.

—Hola. Me había enterado de que Xavier tenía invitados —dijo la mujer, extendiendo la mano para saludarla.

—¡Señora Welling! —exclamó Regina, encantada—. Me alegra tanto poder conocerla por fin. No sabía que estuviera aquí usted también, pero siempre acompaña a Xavier, ¿verdad?

—¿Xavier? Vaya, veo que debe de ser una amiga íntima para llamarlo por su nombre de pila —replicó la mujer mientras lanzaba una mirada burlona a su marido.

—Oh... No, no, en absoluto. Él sólo...

—No importa, señorita Foxworth. Mi marido me ha hablado de usted.

Inesperadamente, la puerta volvió a abrirse. Regina no reconoció inmediatamente al recién llegado, pero oyó que Riley lanzaba una maldición. Se dio cuenta de que el hombre no les sonrió y que miraba fijamente a Riley. Por su altura, dedujo que sería un guardia.

Regina trató de acercarse un poco más a Riley, pero la señora Welling, que aún le estaba estrechando la mano, se lo impidió.

—Le presento a Earl Rochelle, señorita Foxworth —dijo la mujer—. Creo que, últimamente, se ha convertido en una pesadilla para usted.

De repente, la confusión se transformó en miedo.

—Usted... usted... es el hombre que entró en mi apartamento, ¿verdad?

—Sí —replicó Earl—. Tu amiguito me dio una buena paliza, pero

ahora me ha llegado la hora de vengarme.

—Eres un canalla —le espetó Riley—. Entonces, ¿estás trabajando para el senador?

—No, no —dijo Xavier, negando violentamente con la cabeza—. Yo no he hecho nunca daño a nadie...

—Xavier, sé sincero. Me has hecho daño a mí constantemente —comentó la señora Welling, haciendo una desagradable mueca—, cada vez que te metes en la cama con otra mujer. Sin embargo, ya no lo vas a hacer más. Te he soportado durante mucho tiempo y no voy a permitir que destruyas ahora a nuestra familia.

—Señora Welling... —susurró Regina, sin poder creer lo que estaba escuchando—. Lo siento, yo no sabía...

—Claro que no lo sabía, junto con una buena proporción de los votantes —replicó la mujer—. Todo el mundo cree que Xavier es un hombre honrado, un hombre de familia. En realidad, querida mía, es un cerdo mentiroso.

—No, no, querida —suplicó Xavier—, sólo fueron unas cuantas veces...

—No soy estúpida, Xavier. Sé todos y cada uno de los líos que has tenido. Tu becaria, quien por cierto, señorita Foxworth, no es más que una prostituta bien pagada, era sólo una más en una larga línea de jovencitas. Tú predicas el amor a la familia mientras que no haces más que pagar para tener relaciones sexuales con una vulgar prostituta.

—Señora Welling, por favor. Es necesario que sea discreta —le aconsejó Earl.

—He hecho que se marchen los guardias por el momento —afirmó ella, soltando a Regina por fin—. Les dije que regresaran cuando llegara la hora de la intervención de Xavier. Al menos nos quedan quince minutos más.

De repente, Regina lo comprendió todo.

—La fotografía —susurró, mirando a la señora Welling—. La becaria aparece en ella. Es decir... la prostituta en la fotografía con el

senador. Estaban... ¿Estaban teniendo una aventura en el parque? — añadió, asqueada.

— Veo que está empezando a comprender. Ese estúpido parque no tenía que inaugurarse en aquel momento. Xavier sabía que yo lo estaba vigilando y pensó que podría perder a mis espías entre los bosques, pero no consiguió despistar a Earl. Él lo vio todo, incluso la maldita fotografía que usted tomó — añadió, mirando con odio a su esposo—. Xavier, el muy idiota, creía que no había nada de qué preocuparse, pero yo no soy de la misma opinión. Si esa fotografía se difundiera, toda su campaña, tan basada en la familia, se vería arruinada. Hice que Earl la sacara de la carretera, pero usted se llevó la cámara y Xavier fue a ayudarla.

— No podía permitir que le hicieras daño — dijo él.

— ¿Del mismo modo en que me lo hacías a mí? En el fuego, conseguimos por fin la cámara, pero tenía una nueva película. Desde entonces, no hemos podido encontrar ni la fotografía ni los negativos.

Riley soltó una carcajada.

— Ella la tiene enmarcada en el cajón de su mesilla de noche — comentó.

— Riley — musitó ella, avergonzada.

Riley no le prestó atención alguna y avanzó hacia el escritorio. Entonces, con un gesto casual, apoyó la cadera sobre la mesa. Earl se tensó, pero permaneció inmóvil.

— Entonces, también te has acostado con él — replicó la señora Welling. Había sacado una conclusión equivocada de las palabras de Riley—. Gracias por decírmelo — añadió, refiriéndose a él—. Ahora conseguir esa maldita fotografía será mucho más fácil con los dos fuera de juego.

— ¿Y cómo piensa hacerlo exactamente?

Al escuchar la pregunta de Riley, la señora Welling sacó una pistola de aspecto extraño, de una clase que Regina no había visto nunca.

—¿Por qué no deja que sea yo la que se preocupe de eso, señor Moore? —le dijo. Regina comprendió que Riley estaba tramando algo. Deseó que interviniera con rapidez, pero, desgraciadamente, la señora Welling la agarró a ella por el pelo. Acababa de dirigir la pistola contra ella cuando Butch emergió del bolso como si se tratara de una jauría de perros salvajes.

Mordió a la señora Welling en el brazo y luego se le subió a la cara e hizo lo mismo con la nariz. La mujer comenzó a gritar y a pegar al perro. Aquello enfureció a Regina. No creía haber aprendido nada de las clases de Riley, pero agarró al perro con una mano y con la otra, consiguió diestramente que la señora Welling cayera al suelo. La mujer se golpeó la cabeza con el parqué y perdió el conocimiento.

Regina le arrebató rápidamente la pistola. Casi al mismo tiempo, Riley se movió muy rápidamente. Golpeó al senador en la cara con el pie. Cayó al suelo, pero, cuando Earl quiso reaccionar, él volvía a tener la ventaja. Agarró la pistola de Earl y le pegó un codazo en la garganta que lo hizo caer al suelo.

Este cayó de rodillas y soltó la pistola. Riley le dio una patada para alejarla y, tras asegurarse de que Earl no podía moverse, fue a recogerla.

De repente, las puertas se abrieron y la sala se llenó de guardias. Riley levantó las manos y cuando había comenzado a dar explicaciones, se echó a reír. Vio que acababan de entrar Dermot y Lanny.

—Lo hemos seguido —explicó Dermot señalando a Earl—. Parecía que estabas bastante seguro de que se trataba de algo más que de allanamiento.

—Sí —prosiguió Lanny—, por eso, cuando el juez lo dejó libre, decidimos seguirlo.

—Buen trabajo —les dijo Riley, haciendo que los dos policías se hinchieran como pavos.

—Sin embargo —protestó Dermot—, explicárselo a estos tipos no

fue igual de fácil — añadió, señalando a los guardias.

Uno de ellos dio un paso al frente y recogió la extraña pistola de la señora Welling.

—¿Una pistola para disparar tranquilizantes? —dijo.

Al escuchar aquellas palabras, Regina se echó a temblar.

—Iba a utilizarla contra nosotros —susurró—. Luego ese hombre iba a matarnos — concluyó, señalando a Earl.

Justo en aquel momento, entró una mujer con gafas y un traje negro.

—Senador, ha llegado la hora de su... presentación —dijo. Consiguió terminar la frase a duras penas. Estaba atónita.

Uno de los guardias la agarró del brazo y la sacó de la sala. Entonces, cerró la puerta con llave. El senador lanzó un gemido y la señora Welling, que estaba ya sentada ya en el suelo, dijo:

—Olvídalo. Ya no habrá más honores para él. Regina miró a alrededor y sintió ganas de echarse a llorar. Lo que se iba a producir a continuación era mucho más que un escándalo político, debido a los intentos de asesinato contra Riley y ella. Acababa de ver cómo se desintegraba algo en lo que había creído.

—Cielo —le dijo Riley, tras acercarse a ella—, vas a estrujar a Butch —añadió. Era cierto. Estaba apretando al perro con demasiada fuerza—. Venga, déjame que lo tome yo.

El perro, que parecía bastante nervioso por todo lo ocurrido, estaba hecho un ovillo y miraba a su alrededor con el terror reflejado en los ojos. Cuando Riley lo tomó en brazos, pareció sentirse menos amenazado.

Con el otro brazo, él estrechó a Regina contra su cuerpo.

—No puedo creer que les dijeras dónde tenía la fotografía...

—Sólo lo hice para ganar tiempo, para conseguir que siguieran hablando del tema y poder preparar mi ataque.

—Oh... —susurró ella. Comprendió que Riley había tenido que rescatarlos de la situación en la que los había metido.

—Maldita sea, Red. Ya sabes que nunca dejaría que nadie te hiciera daño.

Ya lo sé, Riley...

—Red, has hecho que me sienta tan orgulloso...

—¿Orgulloso? —repitió ella, sorprendida—. Me he comportado como una estúpida.

—No. Te has ocupado muy bien de la situación. Has desarmado a la señora Welling, has protegido a Butch y me has ayudado a mí.

—Yo nos metí a los tres en esta situación por ser una idiota...

—No. Tú eres tú, una mujer dulce, confiada y sincera, de la que estoy completamente enamorado.

Regina se sobresaltó. De repente, se olvidó de lo que les rodeaba y se centró en Riley.

—¿Cómo has dicho?

Riley la agarró del brazo y la llevó al rincón más apartado de la sala. Allí, le agarró la cabeza por la nuca y colocó la frente contra la de ella.

—Escúchame, Regina. Conozco la basura humana que existe en nuestro mundo. Me he enfrentado a ella más veces de la que quiero recordar. Todo están ahí fuera y tenemos que tener cuidado, pero también hay personas buenas en el mundo, la clase de personas en las que tú crees.

—Como tú.

—No, como tú. Yo no soy perfecto, Red. De hecho, creo que tengo tantos fallos como tu senador, pero nunca te engañaría ni te haría daño deliberadamente. Siempre trataría de hacerte feliz. De esto tienes mi palabra. Yo te amo por quien eres y no deseo que cambies. Me gustan las cosas en las que tú crees. Demonios, yo también deseo creer en ellas. No has cambiado, ¿verdad? Prométeme que no dejarás que ese hombre haga cambiar tu modo de ver las cosas.

Regina recuperó lentamente la sonrisa. De repente, comprendió que el senador no era el hombre que ella creía ser, sino que lo era

Riley. Efectivamente, no era perfecto y cometería equivocaciones en su vida, igual que ella. Sin embargo, era un hombre firme, sólido y de fiar. Un hombre al que le podía confiar su amor.

—No. No dejaré que me desilusione. Yo también te amo, Riley — confesó mientras le acariciaba suavemente el pecho—. Traté de rebelarme, pero anoche comprendí que había perdido la batalla.

—Yo conozco hace tiempo lo que siento.

—Y Buck, Harris y Ethan también.

—¿Cómo dices?

—Me lo dijeron, pero yo no quise creerles. Pensé que sólo buscabas sexo.

—Por supuesto que quiero sexo —susurró—, pero te estaba dando tiempo, Red, y tratando de solucionar este asunto para que no nos distrajera durante mucho tiempo. Al menos, ahora ya se ha terminado todo y puedo concentrarme en ti.

—En nosotros —especificó ella.

—Sí —musitó él antes de darle un beso en los labios.

—Te amo, Riley, pero, ahora que todo esto ha terminado no tengo razón para quedarme contigo. No soy la clase de mujer que pueda vivir en pecado con un hombre... —dijo, dejando completamente atónito a Riley—... ¿Quieres casarte conmigo?

Aliviado y divertido a la vez, Riley la abrazó con fuerza. Butch se quejó hasta que pudo zafarse de ambos y sacar la cabeza.

—¿Y bien, Riley? —insistió ella, rezando para que dijera sí.

—Sí, Regina, me casaré contigo. Me gusta tener una mujer decente a mi lado.

—¿Qué crees que ocurrirá ahora con ellos? —preguntó Regina, señalando a las personas que había en el resto de la sala.

—No lo sé y no me importa mientras ninguno de ellos vuelva a amenazarte.

—Es extraño, pero sigo creyendo que es un buen senador... aunque no un buen marido.

—Tal vez, pero yo te prometo que sí lo seré. Sólo una cosa, Red.

—¿Qué?

—¿Te acuerdas de lo que dije sobre los niños?

—Sí —susurró ella, muy emocionada.

—En el fondo soy un sentimental. Quiero una casa...

—Yo tengo la casa. —... y un perro.

—También tengo el perro. Un perro perfecto al que envidiarán los demás —comentó ella frotándole las orejas al pequeño Butch.

—Pero, en realidad, lo que más me gustaría sería tener hijos, si tú crees que es posible.

Los ojos de Regina se llenaron de lágrimas. Todo a su alrededor era un caos, pero nada le importaba. Sólo lo que estaba ocurriendo entre ellos.

—Dado que nos amamos, que vamos a casarnos y que tenemos la intención de seguir casados para siempre, yo diría que sería lo más adecuado y decente

Riley entró por la puerta, miró a Regina y volvió a salir. Con la música que estaba escuchando no lo había oído a él. Se volvió a sus amigos y les dijo:

—Esperad aquí un segundo.

—Si vas a tenerme esperando en la calle sólo para que tú puedas conseguir un beso, estás muy equivocado —protestó Buck.

—Los hombres enamorados resultan tan previsibles —dijo Harris, riendo.

Rosie le dio un codazo por aquel comentario tan poco elegante.

—Algún día te tocará a ti, Harris —le auguró—. Espera y verás.

La expresión horrorizada de Harris hizo que Riley y Ethan se echaran a reír.

—Dadme dos minutos, chicos —dijo Riley—. No necesito más.

Atravesó la puerta y la cerró con llave. Le encantaba la casa que había elegido Regina. No era muy grande, pero resultaba muy acogedora, hecho que se veía acrecentado por la presencia de la joven.

Dado que ella ya se había ocupado de pagar una letra considerable, Riley se había encargado de los muebles. Entre los dos, las cosas iban saliendo adelante.

La música seguía sonando. Regina tenía su delicioso trasero en pompa, dado que estaba mirando debajo del sofá para buscar el hueso de Butch. El perro estaba a su lado, con una expresión ansiosa y preocupada.

— ¿Puedo ayudarte?

— ¡Qué bien! ¡Has llegado pronto a casa! — exclamó ella, tras darse la vuelta.

— Terminé antes de lo que esperaba.

Había ido a testificar al tribunal por un robo y luego había ido a ver a sus amigos. Se habían invitado ellos mismos a ir a su casa, pero, evidentemente, Regina no estaba lista para recibir visitas. Antes de que pudiera explicarle nada, se puso de pie y se acercó corriendo para saludarlo, seguida por Butch.

Iba vestida con una de sus camisas, algo que a él le encantaba. Tenía el cabello enrollado en unos enormes rulos que le cubrían toda la cabeza. Desde el día de la Sociedad Histórica, se había mostrado muy a gusto con él. Con los otros, seguía comportándose de un modo muy cortés y educado, pero con Riley compartía cada faceta de sí misma, hasta sus peores momentos.

Cuando terminó el delicioso beso, Butch pidió su parte de atención con un ladrido. Se puso sobre las patas traseras y comenzó a bailar como si se tratara del perro de un circo.

Riley lo tomó en brazos y lo acarició antes de volver a hablar con Regina.

— Siento darte esta noticia, pero todo el mundo ha venido conmigo.

— ¿Todo el mundo? — preguntó ella, con los ojos muy abiertos.

— Sí, Harris, Buck, Ethan y Rosie. Se han invitado a sí mismos. Están esperando en el porche.

Riley no había terminado de pronunciar aquellas palabras cuando Regina se dio la vuelta y desapareció en el dormitorio. Sonrió al ver cómo se le adivinaba el trasero por debajo de la camisa.

—Los entretendré hasta que tú hayas terminado de arreglarte.

Ella se limitó a responder con un portazo. Quince minutos más tarde, salió vestida con unos pantalones muy bien planchados, un jersey de algodón beige y una enorme sonrisa. —Siento haberos tenido esperando. Normalmente estoy vestida a estas horas, pero me retrasé un poco cuando me llamó Barbara Walters.

Rosie se quedó boquiabierta. Ethan se dio la vuelta para mirar a su esposa. Buck se quedó completamente inmóvil y Harris miró a Regina con incredulidad.

A Riley no le sorprendió que Barbara Walters hubiera llamado. Parecía que todos los medios de comunicación querían obtener la exclusiva sobre la repentina retirada del senador. Con sus influencias, él había conseguido amordazar a todo el mundo. Ni los guardias ni Dermot ni Lanny se atrevían a decir nada por miedo a perder sus trabajos. Riley había asegurado a la gente del senador que no podrían amenazarlo a él en aquel sentido. Lo único que le preocupaba era que Regina estuviera a salvo. Si esa condición se cumplía, podrían contar con su silencio. No toleraría que Regina recibiera más amenazas.

Por lo tanto, ella era la única que podía hablar... aunque no estaba dispuesta a hacerlo.

—¿Qué quería? —preguntó Buck.

—Lo mismo que los otros.

—¿Escuchar lo que ocurrió con el senador? —preguntó Rosie, fascinada.

—Eso es —respondió Regina mientras se sentaba sobre el regazo de Riley—. Les dije que tendría que descubrir los detalles como todo el mundo cuando hubiera terminado la investigación federal.

—No me puedo creer que no quieras vengarte después de lo que te ha hecho pasar la esposa de Welling —dijo Buck.

—¿Y de qué me serviría vengarme? —replicó Regina—. El senador ha perdido mucha credibilidad entre los votantes. Aparentemente, no les gustan los secretos, pero, con su esposa procesada y su propia culpabilidad en todo el asunto, ¿qué otra cosa podría hacer sino guardar silencio?

—Podría no haber dicho mentiras desde el principio —comentó Harris—. ¿Qué pasa? —añadió cuando todos lo miraron—. Yo también tengo moralidad.

—Es una pena —suspiró Regina—. Tienen dos hijos y creo que los pobres ya han sufrido más que suficiente. Incluso aunque ella culpe de todo a Earl, estoy segura de que la historia terminará en titulares. Toda la familia va a sufrir mucho. Yo no quiero participar en eso.

—Tienes razón —dijo Harris—. Eres una mujer de principios, Regina. ¿Lo sabías?

—Vaya —comentó Riley, lleno de ternura—, y yo que creía que eras sólo una curiosa reportera.

—Y lo soy, pero me gustan más las historias humanas y personales. Por eso, le dije a esa Walters que si quería conseguir una exclusiva de verdad debía venir aquí a Chester y estudiar a los héroes que hay en nuestra localidad.

Riley se atragantó. Ethan gruñó como si tuviera un dolor muy fuerte.

—Nunca conseguirías que vinieran para algo como eso —dijo Rosie—. Les gustan las historias que atraigan a un público más amplio.

—Bueno, no sé. ¿Qué podría resultar más atractivo que los héroes locales que nos mantienen seguros a todos? Mencioné especialmente a Harris y a Buck.

—¡Yo no soy ningún héroe! —protestó Buck—. Sólo soy el dueño de un almacén de madera.

—Estabas al lado de Riley el día en el que él capturó a Earl. Tal vez no tengas la ocupación de un héroe, pero sí el alma.

—¡Eso no es cierto!

—Claro que sí —insistió Regina—. Piensa en esa entrevista como publicidad gratuita para tu negocio.

—Dios, Regina —comentó Harris, muy disgustado. Eso ha estado mal. Muy mal.

—Cuando les dije que los dos seguíaís solteros, parecieron mucho más interesados. Me dijeron que están haciendo una serie sobre los solteros de los Estados Unidos y que los héroes serían, naturalmente, los más adecuados para aparecer en ella. Quieren que los llame para darles más información.

Buck y Harris se miraron el uno al otro. Estaban atenazados por el pánico.

—No serás capaz.

—No lo habrás hecho.

—Yo os aseguro que sí —afirmó Riley—. Por alguna extraña razón, creo que los dos representáis todo lo bueno de la humanidad.

—Bueno —comentó Regina—, son amigos de Ethan y tuyos y los dos sois muy heroicos.

—Eso, eso —afirmó Rosie.

—Así que, por lo tanto, tienen que ser buenos hombres. Dado que ellos no me dejan que los entreviste...

—Oye, que yo sí te dejé —señaló Ethan.

—Y yo también —añadió Riley.

Regina había editado cuidadosamente su entrevista. Había omitido todo lo que pudiera resultar demasiado personal o demasiado doloroso. A pesar de las burlas de Buck y Harris, a todo el mundo le había encantado la entrevista y su jefe había pensado que era una buena publicidad para el departamento de policía. Además, Regina le había dado las gracias tan dulcemente que se alegraba de haber cedido.

—Regina, sé razonable —suplicó Buck—. Tienes que llamar a esa Walters y decirle que no venga.

—Podría hacerlo... si accedéis a darme a mí una historia —añadió, mirando a Harris—. Los dos.

—Trato hecho —dijeron los dos al unísono, rindiéndose así a lo inevitable.

Regina se relajó inmediatamente.

—Muy bien. La llamaré después de cenar, pero necesito que me concedáis las entrevistas antes de la semana que viene y, por lo tanto, de nuestra boda...

—¿Y por qué tanta prisa? —protestó Harris.

—Después de la boda, pienso estar muy ocupada durante un rato... con mi héroe personal.

Riley la estrechó entre sus brazos. Sabía la verdad. En realidad, era Regina la heroína. Con su gran corazón y su inquebrantable fe en la naturaleza humana, le había llenado completamente el corazón. Tenía la intención de protegerla durante el resto de sus vidas. Si aquello lo convertía en un héroe, al menos para Regina, estaría encantado de vivir con aquella etiqueta.

Fin